

María Virginia y yo



SINDO PACHECO
(Cabaiguán, 1956)

Narrador. Ha publicado los libros: *Quiéreme mucho* (Universidad Central de Las Villas, 1989), *Oficio de Hormigas* (Editorial Letras Cubanas, 1990), *Esos muchachos* (Editorial Gente Nueva, 1994), *María Virginia está de vacaciones* (Editorial Casa de las Américas, 1994; Editorial Letras Cubanas, 1994; Editorial Plaza Mayor, 2003 y Editorial Gente Nueva, 2010), *María Virginia, mi amor* (Editorial Norma, 1998; Editorial Gente Nueva, 2009 y Eriginal Books, 2012), *Las raíces del tamarindo* (Editorial Edebé, 2001, con traducciones el mismo año al catalán, alemán y portugués, y Editorial El Barco Ebrio, 2012), *Mañana es Navidad* (Editorial Iduna, 2010 y Eriginal Books, 2011), *El beso de Susana Bustamante* (Editorial Gente Nueva, 2011), *Un pie en lo alto y otras encerronas* (La Pereza Ediciones, 2013) y *Retrato de los Tigres* (Eriginal Books, 2014).

Ha obtenido los premios literarios: Premio Abel Santamaría (1987), Premio Abril (1991), Premio Bustar Viejo (1995) y segundo lugar Premio Edebé (2001).

Las novelas publicadas en este volumen le hicieron acreedor de los galardones: Premio El Caimán Barbudo (1990), Premio Casa de las Américas (1994), Premio La Rosa Blanca (1995), Premio de la Crítica (1995) y Mención Norma-Fundalectura (1997).

Sindo Pacheco

MARÍA VIRGINIA
y YO

CAPIRO



Santa Clara
CUBA
2018

Edición: Rebeca Murga Vicens
Diseño e ilustraciones: Ernesto Alejandro Cárdenas Montero, *Ale*
Corrección: Yamilé Pérez García
Perfil de colección: Antonio Gómez Santiago

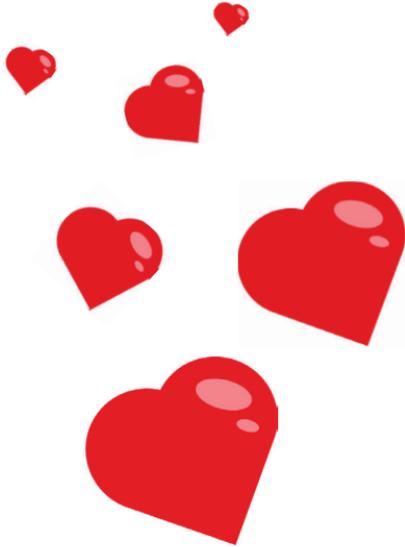
© Gumersindo Pacheco Sosa, 2018
© Sobre la presente edición:
Editorial Capiro, 2018

ISBN: 978-959-265-432-7

Editorial Capiro:
Gaveta Postal 19, Santa Clara 1, Cuba, CP: 50100
Email: ecapiro@cenit.cult.cu / www.cubaliteraria.com

A mis nietos Gabriel y Daniel Vázquez Pacheco

MARÍA VIRGINIA, MI AMOR



*A mi hija Zarahy, que ya tiene más de cuatro espinas
para defenderse del mundo*

UNO

iA rriba!, dijo la voz y me apreté contra la almohada. Cuando yo estoy durmiendo y escucho una voz que dice Arriba, inmediatamente me aprieto contra la almohada. Ese estado seminconsciente, mediodormido y sonámbulo es el momento clave del día, el que te dice si este será bueno o aburrido, porque según lo que sientas puedes sacar tus conclusiones (a mí me gusta sacar conclusiones). Así que me apreté a la almohada, y respiré tan aturdido, tan fresquito en la sospecha del amanecer, que supe que tendría un día fenomenal, colmado de aventuras y de sorpresas... ¡Ricardo, dale!, volvió a decir mamá y llegó la primera urraca. El De pie de mamá son tres urracas amarillas que entran a la casa, al cuarto, al mosquitero, abriendo todas las puertas, y cuando vienes a ver están metidas en el mismísimo sueño. A mí no me gusta interrumpir los sueños. Soñar es una de las mejores cosas que se ha inventado. De modo que intenté seguir el hilo de lo que iba soñando, del naufragio y todo eso, cuando llegó el otro pajarraco y ahí mismo se acabó la expedición, la travesía y cuanto



Dios creó, porque una está bien, pero quién ha visto dos urracas en el Océano Índico.

Entonces recibí un olorcito cálido y aromático. Yo no tomo café, pero me gusta ese olor. El café huele a mamá está en la cocina, y eso es lo mejor que puede ocurrirle a uno por la mañana, que mamá esté siempre en la cocina. Y ya estaba a medio vestir, poniéndome los zapatos y estirándome, cuando de pronto se apareció la tercera urraca, la mayor de todas, con las siete y media en su reloj de pulsera, y di un brinco en la cama porque soy un poco mentiroso y aún no me había levantado.

No es que sea tan mentiroso, sino que a veces, algunas veces, tengo demasiado sueño, y me pongo a soñar que estoy levantándome. Es como si me engañara yo mismo, palabra.

Cuando papá está en la casa el De pie es a las siete y no hay urracas que valgan. Papá se pasa la vida criticándolo todo. Criticar es un buen pretexto para introducir un tema de conversación. Si papá desea contarnos algo de cuando él era muchacho, y como nunca realizó aventuras interesantes, empieza a criticarlo todo para después asegurar que antes era distinto. ¡Quién ha visto a los hermanos discutiendo como perros y gatos!, que ellos eran catorce y jamás tuvieron ni un sí ni un no... Qué tipos. ¡Catorce hermanos! Una tripulación completa y ni una sola aventura que contar. Cuando yo tenga catorce hijos, nunca les diré que de muchacho no peleaba ni discutía. En primera porque no van a creérmelo; y en segunda, si me lo creen,

pensarán que yo era un pobre desgraciado... Y papá sigue hablando tonterías de antes, que no hacía falta pedagogía, ni psicólogo ni el copón divino (un día que él esté de buen humor voy a preguntarle qué diablos es el copón ese), y que el psicólogo de ellos estuvo toda la vida colgado a un horcón de la cocina: era un gajo de guayabo de este gordo.

DOS

Me tomé el vaso de leche sin penas ni glorias, cogí los libros y salí para la Secundaria.

A esta hora las calles parecen un hormiguero. Las hormigas grandes y cabezonas, que pasan montadas en carros o en motores o en bicicletas, no tienen tiempo de otra cosa que no sea piropear a las hormigas amarillas, que casi siempre andan con una hormiguita del brazo. Nosotros, que somos unas hormigas intermedias, incoloras e insípidas, pasamos inadvertidas. Estamos en una edad inadvertida. La Secundaria es para los tipos de edad inadvertida.

Lo mejor de la Secundaria es que tenemos muchos profesores, cada uno con su estilo, con su forma diferente de impartir las clases, y a veces uno puede pasar sin aburrirse; y lo peor de la Secundaria es que tenemos muchos profesores, cada uno con su estilo, con su forma diferente de vigilarnos el día entero. Con tantos profesores, lógicamente siempre hay alguno al que le caemos mal, pero esto también nos da cierta ventaja, porque naturalmente con tantos profesores siempre hay alguno que nos cae mal a nosotros.

Aquí a todo el mundo le gusta hacerse el chulo. En cuanto ven a una muchacha con las piernas gordas,

empiezan a derretirse: ¡Qué clase jeva, ahí sí hay carne!, y un montón de boberías. Y todo por hacerse los tipos duros. A lo mejor un día se encuentran a una tipa así en un desierto y no le dicen ni pío. A mí no me ocurre eso. Cuando yo me enamoro, me pongo medio zonzo. A mí me gusta la muchacha que tenga la cara cómica, los ojos grandes, catastróficos. Y si además habla despacito, con elegancia, entonces sí me arrebato. Después ya no me importa si tiene o no las piernas gordas.

También en la Secundaria, así como en las becas, uno consigue algún amigo. La amistad es otra de las mejores cosas que se ha inventado, aparte de las aventuras y los barcos. Dice Ferna que nadie se da cuenta cuando tiene un amigo, que todo sucede poco a poco, como sin querer.

Yo lo conocí el año pasado en la beca, y no supe que era mi amigo hasta que hace poco me preguntaron por él. Ese es mi amigo, dije, y me quedé loco: realmente no lo sabía. Ferna parece un tipo pesado, es uno de los tipos que más pesados parecen, pero luego que hablamos con él, la cosa cambia. Siempre hay tipos así, que aparentan lo que no son hasta que hablamos con ellos. La gente se conoce quién es por lo que habla. Si la humanidad fuera muda, fuera también desconocida. Aunque hay tipos como Charles Chaplin que no les hizo falta hablar. Y qué películas hablan más que las de Charles Chaplin. En las películas de Charles Chaplin uno siempre está riéndose, pero es una risa rara, rarísima, porque allá dentro, donde nace la gracia, aparece también una tristeza, y como unos

deseos de llorar y de ser bueno... A mí me gustan las películas de tipos como Charles Chaplin.

Un día Ferna empezó a mentar a un tal Tom Sawyer y a otro Huckleberry Finn. Eso fue en la beca, durante aquellos días que me enfermé de aburrimiento, que es la manera más tediosa que hay de enfermarse. Fíjate si es de madre, que casi nadie es capaz de comprenderte. Durante ese tiempo solo toleras una actividad de cada tipo. Como asignatura: la Historia, siempre que sea esa de los griegos y Helena de Troya. Como deporte, el ping pong, porque es un juego bobo que entretiene bastante. Como películas, las de Charles Chaplin, y como aventuras todas las que se te ocurran porque ahí se rompe la regla. También comienzas a sentir que todos los días son iguales: levántate, desayuna, clases, almuerzo... Luego viene el dolorcito de cabeza, y la voz dulzona adentro de ti mismo que no se cansa de invitarte a fugar, a bañarte en los ríos, montar caballos, y todo lo que no sea la disciplina. Esa voz la sientes dentro de ti, pero realmente proviene de unas sirenas que hay en los ríos y en las arboledas de nísperos y los guayabales. A veces no te puedes aproximar mucho a las cercas porque la escuela está rodeada de sirenas. Esta situación puede durar hasta quince días. Finalmente, cuando decides fugarte, ya no solamente no resistes que los días sean iguales, sino tampoco que estés en la misma escuela, con la misma gente, que vengan los mismos profesores de la semana anterior a darte las mismas clases. Es desesperante. Estás a punto de contraer el Virus de la Fiebre Aburrida (VFA), que termina por contagiar a los anticuerpos, y estos se

aburren de atacarlo. Ya entonces no hay aventura que te calme. Ni siquiera un naufragio en el Océano Índico...

Te decía que Ferna empezó a mentar a esa gente cuando caí en estado de coma y lo había contagiado. Nadie como Ferna para contar una historia. Te juro que allí mismo solté la raqueta de ping pong, y no descansé hasta leer esos libros y bañarme con Jim y Huck en el río Mississippi, y sentir el agua fría, y el ruido de los vapores, mientras las orillas del río se veían a los lejos con sus árboles oscuros y sus poblados y aserraderos mezclados en la sombra del atardecer. Yo nunca había leído un libro tan importante ni tan gordo. A mí me aburren todos los libros gordos. Todos menos esos de Mark Twain. Los libros pueden ser cualquier cosa siempre que no sean aburridos ni gordos. Leer un libro aburrido es peor que hacer una cola... Y a quién le gusta hacer colas... Si todos los libros fueran como los de Tom y Huck, yo me pasara los días estudiando matemática, y las bibliotecas no fueran tan silenciosas, incoloras e insípidas.

Una vez la profe nos recomendó que leyéramos un libro ahí de la selva, gordísimo, con unas letras chiquiticas, y ya iba como por la página veinte y nadie se había fajado con un tigre ni con una serpiente Cascabel. Cada vez que el tipo se encontraba a un tigre y pensabas que se iba a armar la gorda, seguías leyendo emocionado, a millón, casi loco ya, y decía el libro: ... el hombre y la bestia frente a frente, los ojos del uno clavados en el otro, todos los músculos en tensión..., pero el felino comenzó a retirarse lentamente... Yo nunca había visto felinos tan idiotas. Un libro así no

hay quien se lo dispare. Además, no era cómico, ni tenía maldades, ni misterios ni el copón divino.

El hombre que escribió los libros de Tom Sawyer y de Jim y Huck y de la tía Polly fue un tipo buena gente. Si estuviera vivo, yo lo iba a conocer...

Toda la beca me la pasé con esos libros. Esa fue una de las buenas cosas de la beca. La otra fue que conocí a un amigo. Todos los días no se conoce a un amigo.

TRES

Ya estaba llegando a la Secundaria cuando tuve la impresión de que alguien me seguía. Sin embargo, en vez de mirar atrás, como uno de esos tipos cobardes, me limité a caminar media cuadra con cierta cautela, pero la maldita sensación no desaparecía. Esta sensación consiste en un erizamiento por la espalda, que llega y se va, llega y se va, como marcando los pasos del perseguidor. Después el erizamiento puede subirle a uno hasta la nuca, junto al nacimiento del pelo, y algunas veces te afecta la parte derecha de la cara. Yo disminuí el paso, y avancé sigilosamente, bastante atento a todos los detalles, crucé la esquina sin volverme ni fijarme si venían carros ni un carajo, pero seguía con el maldito cosquilleo. Por último di cuatro saltos con los pies juntos, bien juntos, y los puños listos, que es lo mejor que hay para esos casos, y nada, compadre. Entonces no me quedó otro remedio y me volví rápido, enérgico, mediante un pequeño salto mortal, pensando sorprender al perseguidor y arrebatarse los puñales y desarmarlo, y me encuentro con un perrito de un color que no era ni negro ni carmelita ni amarillo ni azul, aunque tenía su propio color. A mí nunca me había caído atrás un perro, a no

ser para morderme. Lo azoré como cien veces, pero el muy porfiado no quería entender. Hasta que cogí genio y le fui para arriba (cuando yo cojo genio no creo en nadie), y oye, se volvió un león, una fiera gruñendo y mostrándome los dientes. Yo no tuve miedo, pero me detuve para evitar un problema (a mí me gusta evitar problemas), y seguí para la Secundaria.

Entonces fue cuando apuré el paso, un poco preocupado, casi al cruzar la puerta, y vi un moñito rubio, y unos ojos catastróficos y llenos de inundaciones.

Imagínate. Di una especie de resbalón con el pie izquierdo, y en un segundo se me fueron al piso los libros, y luego el reloj, y un botón de la camisa, y los pensamientos y los instintos. Seguramente se trataba de alguna alumna nueva, súper nueva, acabadita de llegar. Me acordé que una vez en la Terminal de Santa Clara había visto unos ojos similares y también se me cayó el maletín, pero ya iba montado en la guagua y no pude seguirlos. Otra vez en Guanabo, estábamos de vacaciones y yo venía con una jaba de pan y un litro de leche, cuando tropecé con dos ojos del mismo color. De más está decir que todo fue al suelo. Me quedé tieso, pasmado como una estatua. Después llegué a la conclusión de que hasta los pensamientos se me habían caído. La muchacha se dio cuenta que había sido culpa suya, o mejor dicho, de sus ojos, y me alcanzó la jaba. Yo miré para otra parte, no fuera a ser que se me cayera de nuevo, mientras ella, con un pañuelo, me iba secando las salpicaduras de leche del pantalón. A mí nunca me había ocurrido algo tan fenomenal. No hay nada más fenomenal que una muchacha cortés, siempre que

tenga aquellos ojos. No supe qué decirle, y me alegré. De no haberseme caído los pensamientos, seguramente me hubiera puesto a balbucir cualquier tontería como un excelentísimo estúpido. Sin embargo hice peor, y me incliné y le eché mano al primer pensamiento que pude, y que casualmente era el mismo que hubiera pensado, y me recomendó que huyera (el pobre estaba más nervioso que yo). Salí de allí disparado, sin decirle nada, ni hablar, sin preguntarle si deseaba ser amiga de este caballero, ni el copón divino. Todas las vacaciones me las pasé yendo a la esquina, pero ella desapareció. Tampoco había visto más ese tipo de ojos hasta ahora que solté los libros, y volví a quedarme en vilo, en la nada, en la luna de Valencia, que es una luna bastante deshabitada y distraída, mientras el moñito rubio y los ojos del color de las catástrofes siguieron como si nada, tumbando medio mundo escaleras arriba hasta que entraron al aula del grupo B.

Yo la seguí porque era inevitable, y era septiembre, y brillante y limpia la mañana. Y además porque allí mismo era mi grado y mi aula y mi pupitre. Si fuéramos Tom Sawyer y Bekis Tacher, me gustaría pararme de manos y recoger todas las flores que ella quisiera.

De pronto entró la profe de Español, gorda como ayer, con sus dichosos espejuelos. Con ellos puede ver a través de los objetos, realizar curvas con la vista, subir, bajar, izquierda, derecha. A ver, Ricardo, déme acá esos libros, y quitarme los libros de Tom y Huck, y ponerse echa una fiera. Sobre todo cuando se trata de un libro. No hay nada más incompatible que el Español y la Literatura. Y si no, qué diablos tendrán que ver los

gerundios con Ulises o con Helena de Troya... A lo mejor esta profe se graduó con la ayuda desinteresada de sus espejuelos, dando ojo a diestra y siniestra (antes pasaba de todo). Si yo tuviera unos espejuelos así, además de coger cien en todas las pruebas y convertirme en tremendo excelentísimo, y de volver a leer los libros de Tom Sawyer mientras ella habla de gramática, además de eso, me gustaría mirar bien de cerca a esa muchacha nueva sin que ella se diera cuenta. Miraría su pelo ensortijado y pelusiento, su cara comiquísima, y sus manos flaquitas y sinceras. Finalmente miraría adentro de sus ojos, para desde allí verme luego a mí mismo a ver si no se me caían los espejuelos...

La profe ya iba a pasar la lista cuando puso cara de descubríalgo.

—¡Y eso qué cosa es...!

Como lo dijo mirando hacia el final, todos volvimos la cabeza. Imagínate. En el último asiento, como un alumno más, estaba el perrito que me había seguido.

—¿De quién es ese perro...? ¡Azórenlo de aquí!

La gente le fue arriba, pero no había forma de agarrarlo. Cada vez que alguien se le acercaba, se ponía a gruñir. De pronto Mariano Jesusón lo cogió por el lomo, con todo y su gruñido, y sin importarle la gritería de las muchachitas, le dio una patada como si el pobre fuera un balón de fútbol. El perrito se elevó por el aire, casi hasta el techo, y cayó medio vencido, sin fuerzas ni para quejarse. Entonces todo el mundo—incluyendo los miedosos— empezaron a patearlo. Cuando alguien está medio vencido, los miedosos son quienes primero se aprovechan. Pobre perrito. Se

puso a aullar de lo más triste y dolorido. En el fondo no era más que un infeliz. A veces los infelices tienen que hacerse pasar por guapos. Sin embargo no se fue del aula. Más bien vino a mi lado, mansito, caminando con mucha dificultad, y me miró de una forma como pidiéndome ayuda. A mí nunca me habían pedido ayuda y me dio sentimiento.

—¿Es suyo ese perro, Ricardo? —preguntó la gorda de lo más despreciativa.

—Mío y suyo —le dije, pero enseguida lo acaricié para que viera que era mío solo, y me lo llevé del aula.

Y como no era grande ni bajito, ni gordo ni flaco ni mocho, ni tenía tampoco un color determinado; y como además no le pegaban esos nombres de Campeón, Tigre, Pantera por ser un tanto miedoso e indefenso, no tuve más remedio que ponerle simplemente Cobarde.

Yo pensé que se había afligido por lo que le había hecho la gorda. No le hagas caso, le dije para consolarlo, y le expliqué que ella era más desgraciada que él. Pero inmediatamente supe que no me creía ni media palabra, y para convencerlo empecé diciéndole que los gordos eran gente curiosa.

Casi todo el mundo tiene algún gordo en la familia (o fuera de la familia), le dije, o entre los amigos o fuera de los amigos, lo que no significa que sea un enemigo. De modo que no es conveniente afirmar que los gordos que no son mis amigos, son mis enemigos, sino más bien que los gordos que no son mis enemigos, son mis amigos. Porque para qué echarse un gordo de enemigo.

Imagínate. Cuando llegué a este punto, noté que Cobarde estaba algo confundido, y sospeché que

tendría que desarrollar el tema completo. Entonces le aseguré que los gordos eran curiosos porque eran especiales; aunque no siempre lo especial tuviera algo que ver con lo curioso. Mira, le dije mientras lo acariciaba, curioso puede ser un gordo esmerado de esos que siempre forran los libros con cartulina, y cuyas libretas están al día y llenas de márgenes en colores, y nunca se olvidan de poner la fecha y la asignatura y el asunto, ¿entiendes? Esos son los especiales. Pero curioso también puede ser un gordo de esos otros que se pasan la vida metidos en lo que nos les importa y dando opiniones por todas partes. Como andan metidos en todo, son gordos metódicos. A veces, curiosamente, el gordo especial y el gordo metódico son el mismo gordo...

Aquí me pareció que el pobre había captado algo porque sacó una lengua larguísima y flaca, y me miró absorto, con unos ojos amarillos. Si vieras cuán profundos y cuán llenos de interés. Yo continué de lo más embullado.

Sin embargo hay que reconocer que los gordos tienen una gracia rara para expresarse y hacer amistades, y algunos son hasta medio jaraneros. También les encanta tener perros, pececitos, jaulas con canarios y tomeguines. Y no porque quieran proteger a los animales, sino porque sienten necesidad de alimentarlos, por lo que son caritativos y pequeño burgueses. Eso para que no pienses que yo tengo algo contra los gor...

En ese momento me interrumpí al ver que Cobarde estaba mirándome desconcertado. Seguramente pensaba que si los gordos eran caritativos y tan buena gente con los animales, entonces por qué diablos la gorda lo

había despreciado de esa manera tan pública... Después de todo me dio risa verlo tan confundido. Y para redondear mi explicación le aseguré que esas características eran para los gordos en sentido general, pero cuando sucedía que un gordo, o específicamente una gorda, si además de gorda, que ya era bastante, era profesora de Español, carirredonda, y con unos espejuelos belicosos, la pobre sufría un aforismo africano en las cuerdas vocales y en algunas consonantes, y todos los factores se invertían para alterar el producto. El orden de los factores sí alteraba el producto. De modo que ya no se trataba de una gorda curiosa y especial, sino hipodérmica y plana, algo despreciativa e irritable, ¿se daba cuenta...? Era una gorda inconforme que deseaba cambiar su figura por sobre todas las cosas, y se pasaba la vida volando almuerzos y desayunos y haciendo ejercicios donde no la veían para que nadie supiera que no quería estar gorda. Por tanto, ese tipo de gorda profesora de Español no soporta otro animal a no ser las cotorras y los papagayos, ya que los pobres, no solo siempre están de acuerdo con ella, sino que todo el tiempo están repitiendo sus palabras.

Así terminé mi exposición. Y cuando miré a Cobarde de lo más emocionado, con el orgullo ese de saber que al fin me había entendido, me lo encuentro por allá por casa del diablo, como si nada, lambuceando un dulce viejísimo, como de cien años. Qué genio me dio, compadre. Es verdad que a los perros no se les puede explicar nada. Me dieron ganas de castigarlo, pero enseguida recapacité. Le hice ver que aquel dulce estaba malo, pero no con explicaciones, sino con un empujoncito y cuatro cocotazos.

CUATRO

Al fin Cobarde decidió esperarme en el patio, y ya en el aula me dispuse a buscar a la muchacha nueva, mientras la gorda pasaba la lista y yo iba escuchando a ver cómo se llamaba. Sin embargo primero tomé asiento, y me aseguré de no tener nada encima que pudiera caérseme. Cuando di con ella, se me cayeron los párpados y un empaste medio flojo (los empastes medio flojos siempre están locos por caerse). Luego me sobrepuse y comencé a voltearme lentamente, bien concentrado, con la vista fija y una cara de tipo más fenomenal que Billy el niño. Pero no tuve tiempo ni de pensar. Ella disparó primero, y de una sola mirada me tumbó los párpados y el revólver, al mismo tiempo que la profe decía María Virginia, y antes de que ella dijera presente supe que era su nombre porque se fueron al diablo los libros de Tom y Huck. Y cuando me incliné a recogerlos, se me cayó el pupitre junto a los libros. Y cuando fui a levantar el pupitre un poco turbado, me caí yo junto al pupitre y los libros, y me puse más rojo que el triángulo de la bandera.

—A ver, Ricardo, déme acá esos libros —dijo la profe de lo más insinuante, incolora e insípida—. Tal parece que estás muy nervioso.

Imagínate. Decir eso después de haber dicho María Virginia. Ella lo hizo para que me diera más nerviosismo estar nervioso; pero rápidamente me puse a pensar en Helena de Troya y me calmé los nervios. (Cuando yo quiero olvidar algo, o calmarme los nervios o excitármelos, me pongo a pensar en Helena de Troya). Luego me sujeté el párpado derecho, y me volví hacia María Virginia, bien decidido, pensando en su voz tan especial, tan como si nada que parecía ser la mismísima Helena. Cuando me vio, me aguanté más fuerte aun el párpado derecho, pero se me cerró el izquierdo. Por lo que en lugar de ser el príncipe Paris, debí parecer un maldito pirata del Caribe, rayos y truenos, y no le agradó en nada esa expresión. El pirata vio que hizo un gesto de molestia. El gesto fue lindo, pero estaba tan fea en sentido general, que el viejo marino, acostumbrado y todo a la rudeza y a los rigores y avatares de la vida, no pudo seguir mirándola y cerró el ojo al tiempo que la gorda aseguraba que debía darnos vergüenza a estas alturas no saber distinguir un sustantivo de un adjetivo, que aquellos nombraban, y estos califican. Y ya nunca olvidaré que los profesores son unos dichosos adjetivos que se pasan la vida calificando, dándole regular a los regulares, bien a los buenos y mal a los malos. Aunque si somos regulares, buenos y malos, ya estamos calificados.

La profe siguió con su perorata. Y cuando nos pusimos indisciplinados —porque como somos el grupo más indisciplinado del mundo, siempre ocurre que nos ponemos indisciplinados—, la gorda se enardecía tanto que de un tirón se quitó los espejuelos. Y

ella, que sin espejuelos no se fija bien en lo que dice, nos dedicó cuatro verbos consecutivos. Y no conforme con eso nos soltó cuatro gerundios, cuatro artículos, cuatro participios, nueve preposiciones, y como dieciocho adjetivos y predicados y formas gramaticales. El copón divino no lo dijo porque la pobre no habla en lenguaje figurado, sino más bien en lenguaje desfigurado, incoloro e insípido. Y cuando ella se impulsa de esa manera, casi siempre sucede el timbre, que es lo único que nos salva.

Así que sonó el timbre, altísimo, en medio de dos infinitivos, y entró la Hipotenusa con sus cálculos y triángulos rectángulos. Fue Silvio quien le puso ese nombre. Y a los jimaguas le puso Catetos. Y ahora se cumple bien el teorema de Pitágoras porque la profe al cuadrado es igual a la suma al cuadrado de los jimaguas. Este Silvio tiene gracia para los nombretes. Esa es otra de las buenas cosas que se ha inventado: los nombretes. La vida sin nombretes sería demasiado solemne. Un día Mariano trataba de meter cabeza en la cola de la merienda, cuando Silvio le dijo, dándole un empujoncito: ¡Échate para allá, Jesusón! Para qué fue aquello. Casi nos morimos de la risa, que es la manera más cómica que hay de morir. A nadie le importó lo que quería decir esa palabra, pero miramos a Mariano y nos dimos cuenta que era eso mismo: un Jesusón. Los nombretes son así: regionalistas. Fíjate, que él también se dio cuenta de que lo habían retratado, y la cosa se puso tan fea, que tuvimos que intervenir. Por poco se arma la gorda. Desde entonces Mariano y Silvio no se hablan. Y aunque nadie lo dice delante de

él, el Jesusón no se lo quita ni quedándose tuerto: le dirían Jesusón el tuerto, o el tuerto de Jesusón. A Silvio por su parte le dicen nada menos que Trompetilla, que es el nombrete más sonoro que hay, y que él mismo se buscó la vez que nos juntamos cuatro o cinco a ver cuál era el más mal malhablado que decía la más mala mala palabra. Imagínate. Se formó tremenda discusión por el primer lugar. Mariano Jesusón sostenía que era suyo porque Pinga no solamente era la mala palabra más usada, sino también la que primero acudía a la memoria. Pero Ferna no estuvo de acuerdo ya que era una palabra femenina. Ella, la Pinga, era femenina. Jesusón se defendió alegando que también se le llamaba Pene, él, el Pene, que era bien masculino. Y ahí mismo perdió legal porque Pene no es una mala palabra, sino una palabra científica. A veces las palabras científicas y las malas palabras quieren decir lo mismo. En ese momento saltó Bemba para aprovecharse y declaró que había ganado él, que entonces había ganado él, porque Cojones, los Cojones, además de masculinos y de ser dos, uno más uno, eran una mala palabra encojonada, pero Mariano Jesusón que ya estaba irritado, le dijo que ni pinga, que en definitiva Cojones no era una mala palabra tan mala sino más bien dos bolitas ahí forradas de pellejo, en cuyos ocultos laberintos se fabricaban los espermatozoides, que daban lugar a una vida, a los hijos del alma.

Yo me callé la boca y no dije el nombre de unos pe-litos ahí, que tampoco podían aspirar al primer premio. Nadie dijo malas palabras con los órganos de la mujer porque como somos machistasleninistas, sabíamos que

estaban descalificadas. Y también, porque —de haberla conocido— a mí me hubiera dado una lástima de madre pensar en María Virginia, tan flaquita y tan sincera, con tantas malas palabras en su cuerpo; pensar que por muy bien que se vistiera la pobre, y mucho perfume que se untara, me hubiera dado lástima pensar que llevara en su cuerpo unas cuantas malas palabras de las cuales no tenía la más mínima culpa.

De modo que nos pusimos a buscar otras candidatas, y oye, cuando parecía que ya no quedaba ninguna, y todo el mundo estábamos en primer lugar, saltó Silvio con su Trompetilla y se llevó el premio. Sin embargo se ganó también el nombrete, el más ruidoso de los nombretes...

La Hipo seguía con su clase de monomios y binomios y polinomios y cuarenta mil nomios. Tú la ves siempre con el luego entonces: si a y b son no sé cuánto, luego entonces no sé qué. Si el lado ab es paralelo al cd , y este a su vez es perpendicular al lado opuesto y suplementario de la bisectriz del ángulo y la base del pentágono irregular y el copón divino, luego entonces...

Si mi abuela tuviera ruedas y catalina y manubrio y sillín y cadena, y si además no estuviera ponchada, ni bajita de aire, luego entonces yo no vendría a pie a la escuela.

Al fin terminó el turno mientras la mitad del grupo estábamos dormidos, luego entonces cabeceando, o mirando ese otro mundo que está más allá de las persianas.

CINCO

Entonces entró Geografía, con un bulto de mapas y planisferios. Esta clase me gusta un poco porque casi nunca se habla de lo mismo. Y cada vez que se menciona algún sitio, casi siempre nos muestran la fotografía. Una vez le toca al río Ural o a los Montes Urales, otra al Himalaya, al río Zambeze (las dos veces con zeta) o a las cataratas de Iguazú. También en Geografía de Sexto dimos los cometas y las galaxias y las nebulosas. Y en el espacio hay unos huecos negros que no tienen fin. Esta profe no se conforma con la clase, sino que además nos cuenta historias como esa de que hasta hace poco nadie había podido ascender el Monte Everest. Ella dice la palabra Ascender muy bonito. Es como Migdalia, la profe de Historia que yo tenía en la beca. Las dos hablan bonito, se parecen en la forma de hablar. No es que las palabras sean lindas o feas, sino que se ponen lindas cuando ella las pronuncia así, como si estuviera haciéndonos algún regalo. A mí Migdalia me caía muy bien. No porque fuera de un pueblo chiquito igual que yo; ella me caía bien porque no era regionalista. Las profesoras de Historia casi nunca son regionalistas. Seguramente saben que por eso los mambises perdieron la primera

guerra. Si en las becas hubiera muchas profesoras de Historia, no habría tantos problemas de regionalismo. Porque esa es otra de las cosas que tienen las becas: el regionalismo. Desde que uno se acuesta la primera noche, estallan las discusiones: todo el mundo gritando, fajándose por los pueblos donde viven como si fuera un asunto de vida o muerte: que si Santa Clara, que si Cienfuegos, que si Placetas, que si Cumanayagua. Los albergues se ponen de madre. Me acuerdo que una noche la discusión estaba en su punto. Yo no podía dormirme tirado en la litera, cuando un tipo de esos de Santa Clara me dijo:

¿Y tú de dónde diablos eres, que estás tan callado...?
Seguramente pensó que yo era un miedoso o algo.
Yo soy de Cabaiguán...

¿De dónde?
Cabaiguán.

Eh, caballeros, oigan, este es de Cabaiguán, ja, ja.

Qué rabia me dio, compadre. Porque una cosa es llegar haciéndose el chulo por vivir en una ciudad importante, y otra es permitir que un guanajo de aquellos se ría del pueblo de uno. Pero el tipo continuó:

Oye, guajiro, ¿cuántas casas hay en Cabaiguán...?

Allá no hay casas, sino bajareques, dijo uno por allá con la voz finita; y la mitad del albergue estalló en risotadas.

Yo estaba que no me quería, palabra. Y el tipo de Santa Clara sin callarse:

Guajiro, ¿en qué mapa viene tu pueblo?

Y el mismo de la voz finita:

En el mapa de su madre.

Seguramente no tenía valor para hablar frente a frente. Cuando la gente no tiene valor para hablar frente a frente, utilizan la vocecita esa de jeva arrepentida.

Yo, por si acaso, empecé a medir al tipo de Santa Clara. Era más grande que yo, pero lo estaba midiendo. Cada vez que un tipo grandulón de esos viene a coger mangos bajitos conmigo, enseguida lo mido y lo mido. Con tal que diga otra cosa, le voy a partir la cara, pensé. Pero me adelanté a mí mismo. Yo casi siempre me adelanto a mí mismo. A veces hasta respiro un momento antes de respirar. El asunto fue que desde que el tipo abrió la boca —a lo mejor iba a hablar de otro tema—, le metí un trompón en la frente que lo dejé loco. Imagínate. Enseguida me volví un ciclón.

La gente había formado un coro alrededor nuestro.
¡Dale, José Luis, pártelo un ojo al guajiro ese!

Casi todo el mundo estaba de parte suya. Eso parece que le dio un poco de valentía, y en un intercambio sentí un golpecito ahí en la frente, encima de la ceja, y quedé medio ciego. El golpe me había cortado la ceja contra el hueso, y el párpado me cubrió un ojo. ¡Qué manera de echar sangre! Pero yo estaba en candela y no sentía nada. El tipo de Santa Clara iba para atrás y para atrás. Lo tenía liquidado, palabra. Tuvo suerte que en aquel momento se acercara el profesor de guardia (los profesores de guardia siempre se acercan cuando uno está ganando la pelea). Todo el mundo se tiró rápidamente en su litera, y yo fui al baño a lavarme el ojo. El profesor se llevó tremendo susto con mi herida. No quería creer que me había caído haciendo la parada de manos.

Desde entonces la gente empezó a respetarme. Me decían Cabaiguán para acá y Cabaiguán para allá. Y yo iba para allá y venía para acá como si fuera un rey, porque eso sí me cayó bien, tú ves. Cuando uno se halla lejos, le gusta mucho escuchar el nombre de su pueblo.

Aunque lo más curioso del caso fue que al llegar a Cabaiguán el sábado siguiente, y contarle a mis socios del pueblo la historia de la herida, empezaron a burlarse. Hallaban ilógico que alguien se fajara por un pueblo tan basura, donde hacía como dos meses que no daban una fiesta ni había donde tomarse un refresco. ¡Qué estúpidos...! No les conté más nada, para qué. Estas cosas no las sabe sino el que ha vivido fuera de su pueblo. Mi pueblo es especial, así basura y todo es especial. A mí pueden taparme los ojos y llevarme por el país y por el mundo, y estoy seguro de saber cuando llegue a él, a su basura de Parque, a su Paseo...

La profe empezó de pronto a hacer preguntas. Ella siempre hace preguntas cuando termina la clase. Esta profe se ve que tampoco es regionalista. Se le ve en la cara.

Un día le pregunté por el río Mississippi, que fue por donde navegaron Jim y Huck, y lo buscamos en el mapa. Y le pregunté por la isla de Jackson y me dijo una cosa que no me gustó, pero yo la perdoné porque no lo hizo adrede. Me dijo que la isla de Jackson no era muy importante, por eso no venía en el mapa. (Le pasaba lo mismo que a Cabaiguán). Y me mostró a Groenlandia, a Japón, las Filipinas; pero para decirte la verdad no le creí ni media palabra. Yo sé que fue

culpa del gracioso que hizo el mapa. Donde quiera que hay un gracioso lo ponen a hacer mapas...

Cuando sonó el receso no tenía hambre. Yo estaba ansioso porque llegara, para hablar con María Virginia y eso. Pero no hago más que comprar el dulce de la merienda, cuando la veo con un grupo de muchachitas, todas con el pelo largo, larguísimo, los ojos casi grandes, los dientes afuera, y unas lenguas de cotorronas, perpendiculares, y me puse mal. A mí esas tropas me ponen mal. Y lo peor fue que ella me clavó la vista en aquel momento, y se me cayó el dulce en pleno pasillo, para que aquella tropa empezara a reírse, así como así, de una cosa que no tenía la más mínima gracia. Aunque María Virginia estaba sorprendida, como diciéndose: quién será este tipo que me mira de esa forma, y que luego se le cae todo de las manos. Me gustaría tanto hablar con él. Pero entonces llegó Cobarde, y se comió mi dulce como si nada, sin ningún tipo de complejos, y para que todos vieran quiénes éramos nosotros, inmediatamente Cobarde y yo fuimos hasta la cantina, y nos comimos otro dulce sin pensar en María Virginia, total...

SEIS

as clases de Biología suelen ser después del receso. Después del receso, si uno no decide escaparse, por lo menos refresca un poco con el Paramecio y sus demás bichos inútiles. Otras veces toca Español o Laboral, y entonces uno decide fugarse. En ese caso puedes ir a varios lugares como son el salón de limpiabotas subiendo por el parque, o ir al Paseo a respirar en paz la sombra de los laureles, y luego entonces ir al salón de limpiabotas bajando por el cine para saber la película que va. Antes no había salón de limpiabotas, pero un buen día recogieron a todos los viejitos náufragos que limpiaban zapatos por las esquinas, y los juntaron en el salón, y les pusieron sillones nuevecitos y sueldo fijo y todo. Sin embargo ellos dicen que antes era mejor porque son un poco malagradecidos, y les encanta eso de ser viejitos náufragos. Viejitos que tienen mal genio. Viejitos diciéndose nombretes el día entero. Y como los pobres son gente sin familia ni nadie que hable de ellos a mí me gusta ir allí y me gusta hablar de los viejitos.

En fin, el asunto fue que hoy no me fugué, y estoy aquí con Paramecio. Lleva un mes soltándonos cada palabrita: zilioz, unizelularz, vacuolaz digeztivaz

(porque habla así, con la zeta). Una vez se apareció con un microscopio y una bata blanca como Luis Pasteur, para demostrarnos cómo los paramezios eran capaces de reaccionar ante ciertos estímulos. Oye esto. Colocó una gota de agua en el Portaobjeto, y uno a uno fuimos viendo los Paramecios. Luego echó unos granitos de azúcar en la gota de agua, y lógicamente los animalitos se amontonaron de lo más golosos: Conclusión: reaccionaban (él también es muy concluyente. Siempre está con eso de conclusión). Después, cuando le echó sal, los pobres Paramecios salieron tan disparados que les faltó poco para abandonar la gota de agua y salir volando por la ventana. No digo yo. Eso lo hace hasta un bobo. Sin embargo había que ver la cara de Paramecio: le brillaban los ojos como si hubiera descubierto el cañón del Colorado. Cuántos Paramecios no habrían en el río Mississippi, y jamás vi que mencionaran a ninguno.

Todo el tiempo se lo pasó hablando de cilios y de vacuolas, y de la enorme importancia de los protozoos. Cuando se entere que le decimos Paramecio, seguramente se sentirá orgulloso de un apodo tan importante.

—A ver, Aleida Zantoz: un ejemplo de animalez unizelular.

—La ameba.

—Muy bien. Usted Juan José, otro ejemplo para concluir.

—No sé, profe.

—¡Cómo que no sabe! Dígame el nombre del que más se ha estudiado.

No se daba cuenta de que a Juan José le subían y le bajaban los colores porque no quería decirlo, mientras

todos estábamos a la expectativa, y siguió insistiendo hasta que el pobre no tuvo más remedio:

—El Paramecio profe.

Pero así, sin coma, que es lo mismo que decir el profe Paramecio. Y el aula entera se vino abajo. Todos queríamos aguantar la risa, pero desde que se disparaba alguno... Era una situación contagiosa. Y cuando parecía que ya todo estaba en calma, empezó uno por allá con un ja ja sonoro y brusco que daba más risa todavía. Estábamos en el mundo de la cosquilla. Hacíamos un silencio pequeñito esperando que alguien no pudiera contenerse y se lanzara primero. Luego estallaba el aula completa. Había risas de todos los matices. La mayoría nos reíamos con la A: ja ja; pero por la izquierda había un grupito que usaba la E: je je; y la mayoría de las muchachitas, que para darse importancia y hacerse las débiles, preferían la I. Imagínate qué concierto. Y si agregamos en medio de ese despelote el vozarrón de Mariano Jesusón, que tiene delirio de inglés y se reía con una O redonda como una pelota. Paramecio llamó al director y más difícil se puso la cosa. Ni con el ministro se arreglaba aquello. Ya nos reíamos de no poder aguantar la risa. El director, en lugar de aprovecharse y reír junto a nosotros, demostrando buena camaradería, nos echó la misma descarga del día anterior, que somos el grupo más indisciplinado de América Latina y el Caribe, y que nunca vamos a saber lo que es la disciplina. Siempre está con la disciplina en la boca. Antes, cuando uno hacía las cosas bien, era un alumno aplicado. Ahora todo se vuelve disciplina. No sé quién diablos habrá inventado esa palabra. La

disciplina es aquello que permite que mucha gente haga lo que dicen pocos. Así por ejemplo, un profesor solo dice: pueden sentarse, y todos nosotros, por disciplina, nos sentamos. Luego dice: pónganse de pie, y hacemos lo mismo. Eso es disciplina. Ahora bien: Si nosotros que somos muchos, la mayoría, nos reímos sin que al profe le guste, enseguida manda a buscar al director porque eso ya no es disciplina aunque sea la risa más sana y más buena gente del mundo.

Además, he visto que las mismas palabras, con el mismo significado y todo, no siempre quieren decir lo mismo. Una vez mamá estaba hablando de mí; y para elogiarme, y que la gente viera lo dichosa que era ella al tener un hijo como yo, decía que yo era muy estudioso y muy interesado, por lo que ser interesado me aportó cierta alegría. Otra vez, sin embargo, me mandó a buscar el petróleo a la bodega, y cuando le dije que tenía que darme cinco pesos, mamá se enfureció porque yo era un oportunista y un interesado. Esa vez ser interesado me aportó cierta cantidad de dinero. Por tanto no es lo mismo ser interesado que ser interesado. Y cuando estés triste o sin dinero o las dos cosas, no tienes más que ponerte interesado.

El director seguía hablando cada vez más rápido, dando puñetazos en el buró, pero la risa continuaba. Venía el silencio, y no hacíamos más que vernos las caras, y volvía la risa. En ese momento, Paramécio rectificó su actitud personalista y con una carcajada rara y nerviosa con la letra O (joz joz joz), como si riera para adentro, se unió a nosotros. Eso parece que irritó aun más al director, y ordenó que le llamaran urgente

al director municipal. Nosotros seguimos de lo más embullados con la incorporación de Paramécio, hasta que al poco rato llegó el otro director en un carro verde. Usaba espejuelos de esos, de cristales gordos, súper gordos, y sus ojos se veían chiquitos por allá por casa del diablo, como a un kilómetro de la cara. Sin embargo era un tipo solidario. Cuando vio aquella situación de despelote general, en lugar de echarnos otra descarga, inmediatamente nos aportó su risa, que era especial y metálica de tanto tiempo que llevaba el pobre sin reírse. Aquí sucedió una cosa extraña, extrañísima, y todos al mismo tiempo nos callamos. Era tanto el silencio, que al hombre le dio más risa todavía. Y como tenía los ojos chiquitos, de tanto reírse se le fueron achicando y achicando, hasta que se quedó casi ciego y el director tuvo que llevarlo al hospital. Entonces se produjo un murmullo largo, como de luto, y quedamos en paz.

Y cuando ya estábamos recogiendo los libros, pensando que no había más clases pues el Histórico estaba enfermo, entró al aula una muchacha con un arito de luz en la cabeza, como los santos, y me quedé loco. Porque para enamorarse de una profesora tiene que ser una suplente y llegar así, como por casualidad, como un regalo. No voy a explicarte lo que dijo y lo que no dijo, porque eso más o menos lo hacen todas, ni que tenía una dulzura así o unos ojos asaos. Pero desde que entró al aula y la vi, y la miré de cerca, y vi que me miraba, fue como si me hubiera cogido la corriente. Ella hablando de los egipcios y los faraones, y yo más tieso que una momia siguiéndola con la vista.

Y cuando mentó Roma, pensé en Italia y en lo felices que éramos ella y yo contemplando la torre de Pisa.

Y cuando dijo los griegos no pude resistir más y el príncipe Paris la rapté, burlándome de Agamenón y del maldito Ulises.

Y cuando sonó el timbre y todo el mundo se fue porque era el último turno, escapé de las murallas de Troya y llegué a su lado de náufrago solitario y mal herido y le pregunté quién diablos era ella.

Y cuando me dijo profe de Historia yo me di cuenta que era la esposa del Menelao ese, tan incoloro y tan insípido, y le dije soy el príncipe Paris que viene a raptarte, y le declaré mi amor advirtiéndole que debía aceptarme según la leyenda.

Y cuando sonrió pensando en una broma, le mostré mis heridas y mis ropas hechas jirones y se me aguaron los ojos para que viera que la cosa era en serio, pero no dijo nada de que el mar había destruido mi apariencia pero no mis modales.

Y cuando le dije no te ofendas, pero verdad que eres muy linda y muy... se puso brava, mala cara, y por poco se me cae el corazón del desaliento.

Y cuando le dije que la quería de verdad a pesar de todos los obstáculos, me dijo que estaba bueno ya.

Y cuando no tuvo otro remedio, porque siempre ocurre que no hay otro remedio, se puso más linda que Afrodita, pero de la soberbia, y me arrastró a la Dirección de tal suerte que todo el mundo tenía que ver con aquella pareja que iba por los pasillos, los dos bajo un arito de luz.

Y cuando Júpiter, que ya había venido del hospital, me ordenó que le pidiera disculpas, tan fresco como soy, le pregunté si él nunca se había enamorado, tan dios como era.

Y cuando escuchó esto (seguramente los dioses no se enamoran), me levantó un acta y me insultó estremeciendo todo el Olimpo y me expulsó de la escuela.

Y cuando le aseguré que habría que expulsarme de este mundo, me miró sorprendido.

Y cuando repetí que la quería de verdad, y que estaba resuelto a llevármela a Troya a pesar de todo, de Ulises y su caballo, y del mismísimo copón divino, me trajeron un vaso de agua y Minerva volvió a matricularme.

Y cuando dije que no tenía sed, y que el vaso de agua no venía en la leyenda, me subieron a un carro que tampoco venía en la leyenda para ensañarse conmigo.

Y cuando llegamos al hospital totalmente fuera de libreto y de lógica, la doctora preguntó. Ricardo Armas, dije. Preguntó si mi padre también se llama así. Qué rayos le importará que tengo dos hermanas ni que vine a firmar la paz con los griegos. Pero preguntó sin gracia, sin dulzura así. Y empezó a cogerme la corriente de nuevo. Y yo también pregunté: Se llama Ana. Seguí preguntando: Sí, soltera. Y se dio cuenta de que soy un tipo normal, excelentísimo señor, que no solo responde sus preguntas, sino que también pregunta sus respuestas. Y me hizo salir y llamó al director y a Helena de Troya y les dijo que yo no había naufragado, ni era ningún príncipe Paris, sino más bien un troyano loco, desajustado y demente, con más de quince tablonés bajo

el agua, y que ellos debían sobrellevarme, y un grupito de sandeces. Yo sé que la doctora lo hizo para ayudarme, porque entre ella, Helena y yo, no hay secretos.

—Perdone, profe —le dije cuando salió con su arito de luz, y pensando que me daría pena.

Y no me dio pena decirlo, pero luego me subieron los colores y la luz solar, y estoy llorando, y Helena me acaricia: No ha pasado nada. La pobre, no sabía que yo estoy llorando por eso precisamente, porque no ha pasado nada, y ella volverá a los brazos del Menelao ese. ¡Qué difícil es el mundo...! Y nos fuimos a almorzar.

SIETE

Mamá me echó un pleito del diablo porque había llegado tarde y un día iba a acabar con ella. Como si llegar atrasado fuera lo más terrible del mundo. Cuando yo llego a tiempo es porque no me ha ocurrido ninguna aventura por el camino, ni siquiera el más pequeño incidente. ¿Y acaso hay algo más terrible...?

No obstante le dije que no se preocupara, que había ido a dar una vuelta con Helena de Troya.

—Ya estás con tus boberías. No se puede hablar en serio contigo —dijo, y me sirvió el almuerzo (arroz, frijoles, huevos, tomates), así, sin penas ni glorias.

Antes en la casa era distinto. Se ponía la mesa con su mantel blanquísimo y estirado, y comíamos todos juntos, mamá, papá, Susana y yo, porque Vivian no hacía otra cosa que embarrarse. El humo salía de las fuentes para luego unirse en el centro de la mesa y subir como un tallito que iba creciendo. Finalmente se abría sobre nuestras cabezas. Era lindo comer debajo de aquella sombrilla. Se podían hacer chistes y todo. Mamá encendía el radio bajito, y siempre tocaban unas melodías suavécitas y zonzas, y no sabía que era feliz. ¡Qué apetito me daban aquellas comidas musicales!

Esa es otra de las buenas cosas que se ha inventado: las Comidas Musicales. Yo miraba hacia el patio, la mata de almendras, a través del portalón, en aquellas horas en que la tarde iba cayendo, y nunca supe que mi casa estaba en el centro del mundo, de frente a las estrellas, y teníamos vista al cielo y sonrisa a la Tierra y a la gente. Luego, y como donde únicos nos reuníamos la familia era en la mesa, mamá aprovechaba la ocasión para enterar a papá de nuestras últimas fechorías. Imagínate. Papá, que jamás tuvo ni un sí ni un no con sus trece hermanos, se enfurecía repartiendo amenazas, y las Comidas Musicales fueron dando paso a las Comidas Pendencieras, mientras nuestra casa se iba desplazando, y perdíamos la vista al cielo y la sonrisa y la gracia. Y como ya nadie quería sentarse juntos a la mesa, terminaron apareciendo estas comidas sin penas ni glorias, que son las formas de comer más tristes que se han inventado. Ahora cada cual come solo. El humo es un infeliz tallito inadvertido, el radio hace una bulla molestísima, y hay que tratar por todos los medios que la gente pueda hablar en serio con uno. Y si por casualidad un día te animas (siempre hay un día en que te animas), y hablas de comer todos otra vez debajo de la sombrilla, y pones el radio aunque sea bajito, es porque ya eres un muchacho insoportable que va a saber lo que es bueno cuando te lleve el Servicio Militar (aquí la palabra bueno quiere decir malo: no me gusta esa forma de hablar). Y todavía quieren hacerme un chequeo porque he perdido el apetito. Pobre gente. Ellos son quienes debían tratarse a ver si mamá no anda más con el pelo asustado de gorriones, ni papá

con esos dolores de cabeza, perpendiculares y agrios, que le quitan los deseos de hablar. Ahora papá y mamá son especialistas en conversaciones breves: sí, no, está bien, correcto, okay; pero pronunciado en un tono de nonehablesmás, que me da espanto.

—¿Y ese perro? —se asombró mamá.

Allí estaba Cobarde, agitado, con la lengua afuera. De un brinco caí a su lado. Seguramente me había seguido hasta el hospital y todo.

—Es mío —dije, y empecé a acariciarlo.

Para qué fue aquello. Mamá se puso como nunca la había visto, eso era lo único que me faltaba: ¡un perro!, que le botara (Me botas) a ese perro ahora mismo, y me le lavara (Te me lavas) las manos. Soy incorregible, insoportable, y ahora sí estoy a punto de acabar con ella. Imagínate. No hubo que botar a Cobarde. Salió corriendo ante aquella cantaleta. Sabía que todo era por él, y no quiso buscarme problemas. O a lo mejor ya lo habían botado de otras casas. Yo le caí atrás y vi que se sentó a esperarme afuera. Le di un pedazo de pan y enseguida perdió el mal humor: los perros no se ofenden con nada.

OCHO

Por la tarde tocaba Educación Física. Antes yo practicaba pelota. Pero me fui el día que descubrí que tenía un chino montado. Porque ese asunto del chino es otra historia.

Resulta que yo siempre había sido un tipo fatal, pero normalmente fatal, como todos los que nacemos con mala suerte. Yo nací un martes trece a la misma hora que los rebeldes cortaron la electricidad y mientras se efectuaba el cambio de turno. Tuvieron que nacerme mediante unos ganchitos ahí, que se llaman fórceps, y a la luz de una vela; con lo cual, además de nacer un minuto antes de nacer, lograron hacerme esta marca en la cabeza. Dice mamá que la partera se apuró demasiado por causa de un dolor de muelas que la tenía loca. Lo único bueno (porque todas las cosas por muy malas que sean siempre tienen algo bueno) fue que mamá y la partera se consolaban entre sí con sus respectivos dolores.

Pero primeramente, para que yo naciera, debieron suceder las casualidades más casualidades de la historia. Eso, para que no vayas a pensar que yo vine al mundo así como así. Voy a partir de mis cuatro abuelos, y verás el trabajo que me ha costado nacer.

Mi abuelo por parte de padre, que viene siendo mi abuelo paterno, estaba casado con doña Juana no sé qué (antes se usaba eso de don y doña). Tenían una finca en Pinar del Río. Vivían de lo más felices comiendo perdices hasta que un día llegó el aviso de que su hermano de Galicia había recibido un cañonazo en la Guerra Civil Española —que fue una guerra que hubo donde no había militares sino civiles matándose por todos lados—, y Filiberto Márquez, que así se llamaba mi abuelo, preparó sus equipajes y se fue una mañana. Cuando llegó a España, ya su hermano estaba en La Gloria, pero gracias a ese viaje conoció en Madrid, junto a un lugar que le decían La Puerta del Sol, a una jovencita llamada Benigna Armas. Se miraron, se hablaron, se enamoraron, y lógicamente se acostaron para que pudiera nacer mi padre nueve meses después cuando mi abuelo ya ni se acordaba de España.

Posteriormente mi abuela y Filibertico, mi padre, arribaron de polizontes a Cuba —que es la mejor forma de llegar a cualquier sitio—, con la esperanza de que el viejo cumpliera su promesa de matrimonio. ¡Qué ingenuidad! Mi familia es así: una mitad demasiado lista y la otra súper estúpida. Mi abuelo no solo se negó a casarse con mi abuela, sino que tampoco reconoció a mi padre ni le dio el apellido ni un carajo. Finalmente mi abuela se casó con Juan para que mi padre tuviera los trece hermanos que nunca tuvieron ni un sí ni un no.

Mi otra abuela, Anastacia, que nació en Canarias, estaba enamorada de un piloto francés ahí, cuando quince días antes de la boda el pobre se precipitó en el Océano Índico. Lo único que apareció, por suerte, fue

su cofre personal conteniendo varias cartas de amor que el muy pillo intercambiaba con dos filipinas y una brasileña de Río de Janeiro. Mi abuela, que jamás se hubiera casado, sintió tal humillación con aquellas cartas, según me cuenta, que al poco tiempo, ya en Cuba, aceptó por esposo a mi abuelo Gualterio. Este a su vez había nacido porque hallándose su madre de tránsito entre Camagüey y Sancti Spiritus, fue asaltada por un enmascarado violador de doncellas y salteador de caminos —entonces no había Carretera Central—, quien se la llevó al río y luego se fue encabronado, diciéndole a todo el mundo que él pensaba que mi abuela era mozuela, pero que tenía marido. De ese asalto nació mi abuelo. La gente, que conoció la historia, terminó llamándolo Gualterio Salteador.

Anastacia y Gualterio se casaron y tuvieron a mi madre dos meses antes de que el pobre de mi abuelo, que era desmochador, se cayera de una palma.

Ahora bien: mi padre vivía en Pinar del Río, que viene siendo Vueltabajo, y mi madre en Camagüey. Para que pudieran conocerse, fue necesario que mi padre viniera a Cabaiguán a un asunto de vegas de tabaco, y a mi madre tuvo que morirle un pariente de Canarias en el preciso momento en que abuela Anastacia sufría un catarro muy fuerte, para que la enviaran a ella con el pésame. Esto todavía no es casualidad. Pero si te digo que se bajaron en la estación al mismo tiempo, se miraron al mismo tiempo, y se quedaron a vivir el mismo tiempo, qué me dices entonces...

Luego por suerte para mí, mi madre abortó su primer hijo, y yo ocupé su puesto tres meses después.

De lo contrario, la barriga de mi madre hubiera estado ocupada por mi hermano.

Todo eso hubo de pasar para que este que veis aquí, de rostro aguileño, viniera al mundo. Eso sin contar las cosas que a su vez debieron ocurrir para el nacimiento de mis ocho bisabuelos y de sus respectivos dieciséis padres y treintidós abuelos.

De modo que debo estar agradecido de la Guerra Civil Española.

De la buena puntería del artillero que liquidó a mi tío, sin lo cual mi abuelo no hubiera ido a España a conocer a mi abuela.

Del desastre del piloto francés.

De la bendita manía de violador de doncellas que practicaba mi bisabuelo desconocido y enmascarado.

De la oportuna muerte del pariente de Canarias.

Del virus que atacó a mi abuela Anastacia para que mi madre viniera a Cabaiguán con el pésame.

Finalmente debo dar gracias a la providencia por el aborto de mi madre, y porque todas esas personas lograran sobrevivir y alcanzar la madurez a pesar de tantas plagas y enfermedades, accidentes, ciclones, duelos, terremotos, naufragios, y hasta dos guerras mundiales.

Y con todo el trabajo que me ha costado nacer, todavía hay quienes no soportan que uno sea indisciplinado. Y lo más curioso es que toda la gente de mi grupo ha podido nacer luego de historias parecidas. Por eso somos el grupo más indisciplinado de América Latina. Y el pobre director es incapaz de perdonarnos. Figúrate: él también tiene su historia.



Am

Ya que conoces estos antecedentes, para seguirte el cuento del chino, te diré que de chiquito me hicieron daño todas las leches, todas las aguas, y fui creciendo entre altas e ingresos y cucharadas de bicomplex. Fíjate si era fatal, que dicen que lo único que me gustaba era el aceite de hígado de bacalao.

Ahora bien, no solo eran problemas de salud. Luego vinieron los trompos, las bolas, los deportes, y fui adquiriendo esta fama de fatal. Los socios se reían de mí, y gozaban con mi fatalidad. Al principio me ofendía, me ponía de madre, pero luego hasta yo mismo empecé a divertirme. No hay risa más saludable que reírse de uno mismo, palabra.

Con todo, creo que hubiera hecho una vida normal de no ser por el maldito chino. Porque un chino montado es la última categoría de la mala suerte, de la fatalidad, el colmo de la salación.

No puedo asegurar cuándo diablos fue. Seguramente los chinos esos se montan cuando están las condiciones creadas, igual que una revolución. Pero debió ser durante las vacaciones aquellas que tuve una racha de pocos amigos: la bicicleta se me ponchó como quince veces. Con el último ponche fui al suelo y terminé con diez puntos en la cabeza. Al otro día, cuando iba a curarme la herida, el taxi chocó y me partí los dos brazos. Y para colmo, me dieron las varicelas, el sarampión y las rubeolas al mismo tiempo.

Sin embargo no me di cuenta del chino hasta el día que batié el jonrón con las bases llenas. Ya iba llegando a segunda base de lo más emocionado —yo nunca había bateado un jonrón—, la gente gritando,

enloquecida, cuando viene el árbitro a decir que había Tiempo. Allí tuve la primera certeza de la existencia del chino. Se formó la chiveta, la discusión, pero no me quedó más remedio que batear de nuevo, y lógicamente me ponché. Esa vez nadie se burló de mi fatalidad. La gente comprendió que lo mío debía ser grande y me miraron compasivamente, que es una forma miserable de mirar a uno, porque de la lástima para allá, no hay más nada, palabra.

Pero no me acobardé. Al contrario. Me retiré de la pelota y me propuse no descansar un segundo hasta liquidar al maldito chino.

Primeramente traté de averiguar cómo era (al enemigo hay que conocerlo), y súbitamente levantaba la vista hacia arriba, lo mismo de día que a media noche cuando me despertaba, pero el chino siempre estaba alerta. Los chinos casi siempre están alertas.

Después ya no me interesó cómo era el muy oportunista, y a cada rato, cuando menos lo pensaba el chino, o cuando menos pensaba yo que el chino lo pensaba —estos chinos del diablo siempre la están pensando—, estiraba las manos hacia arriba lo más rápido posible, pero nunca pude atraparlo.

Fui a ver a un tipo ahí, que era curandero, y ni con eso. Me tiró unas barajas y unos rezos, pero yo sentía la risita del chino encima de mi cabeza.

Hasta que me cansé de perseguirlo. Todavía no sé cómo fue eso porque yo no me cansaba tan fácilmente. Sin embargo fue lo mejor que hice: olvidarme del chino, ignorarlo, hacer mi vida y buscarme una novia aunque también tuviera otro chino montado o lo que

fuera. ¿Y sabes por qué fue lo mejor que hice? (yo eso no lo sabía). Porque los chinos montados no soportan que los ignoren. Si algún día se te monta un chino, ignóralo. La ignorancia mata a los pueblos y acaba con los chinos montados. Fíjate que últimamente parece que ya no podía vivir y hasta se dejaba ver y todo por tal de llamar la atención. Yo sabía que era un chino chiquito, más chiquito que yo, peliparao y jodedor, y donde quiera que lo agarrara lo iba a sonar.

La última gracia me la hizo el año pasado en una fiestecita. Me acuerdo que estaba mirando a una muchacha, chinita ella —yo siempre estoy mirando a las muchachas chinitas como si fuera un mirachinas—. Si vieras qué ojos, qué pelo más engrifado, que manera de mirarme igual que en la películas. Y aunque no tenía los ojos catastróficos, sino más bien medio dormidos y náufragos, te juro que nos gustamos de entrada y sonreímos al mismo tiempo como un par de berracos. Y quién te dice que cuando voy a invitarla a bailar —ya ni me acordaba del chino—, el muy desgraciado se apareció no sé por dónde y vino a atravesarse entre la muchacha y yo. Imagínate. Allí mismo lo cogí por el cuello para hacerlo tierra, y oye, chiquito y todo, tuve que ponerme duro, qué manera de tirar patadas. Los chinos se fajan tirando patadas como loco, o como potros salvajes, qué sé yo. Esa es la forma de fajarse más rara que se ha inventado.

El asunto fue que nos separaron y eso; y cuando alzo la cabeza, veo que el chino se iba de brazos con la chinita. Yo estaba de madre, irritado y pico, en candela vaya, pero al mismo tiempo me sentí aliviado: ¡al fin

me había librado del chino...! La primera prueba fue que al día siguiente amanecí campana, sin huellas de la bronca y con una alegría rara de vivir. Entonces me puse a pensar bien. Porque sin el chino arriba quién me dice que no podía pensar bien. Me puse a pensar y a lo mejor la chinita a quien vacilaba era al chino y no a mí.

Después dejaron de ocurrirme cosas fatales, pero para que veas lo que es uno, empecé a sentirme mal. Porque si todas las cosas malas siempre tienen algo bueno, las buenas tienen también su parte mala. Y lo malo fue eso, que empecé a sentirme mal... Yo creo que es peor estar solo que mal acompañado. Si uno se quedara solo sobre la tierra, es preferible tener de compañía al mismísimo diablo. Ya me había acostumbrado al maldito chino. El chino, con su fatalidad y todo me acompañaba, me vigilaba. Éramos dos: el chino y yo. Y de pronto me había quedado solo que es la peor forma de quedarse, totalmente solo, como si se me hubiera montado otro chino, ¡qué te parece...! Si llega a ser ahora, me hago socio de él, me lo gano de alguna forma, comiendo verduras o haciendo algo que le guste a los chinos. Y cuando tenga un pleito, quién lo aguanta tirando patadas...

NUEVE

Hicimos la Educación Física. Allí estaban los profesores de deportes captando gente. A Felipe lo captaron para voleibol. A los catetos los tienen en pesas y se van a quedar enanos. Para ajedrez se llevaron a Luisa y a Pepín porque clasifican entre los más cabezones del aula. Qué mal me caen las captaciones. Desde quinto nos vienen escogiendo. A Maritza Pérez se la llevaron para una escuela de ballet, que son esas gentes flacas que bailan en la punta del dedo gordo, así como por el aire, con el culo afuera y moviendo los brazos como si fueran a volar. Julián está en la EIDE porque tenía las piernas largas y buen tamaño. No me gusta esa separación. Uno mira hacia atrás y se acuerda de ellos. Mejor sería dejar que cada cual haga lo que quiera. Tal vez hay alguien que desea ser cantante aunque tenga las piernas largas. A María Virginia nadie la captará. Ella y yo seguiremos siendo incaptables, que es la mejor forma de seguir siendo, y el resto del mundo no va a importarnos.

La Educación Física es aburrida en sentido general, pero tiene algunas cosas buenas como por ejemplo que uno aprende a contar distinto. Si estás haciendo ejercicios y contando, verás que después del tres, casi

nunca viene el cuatro: Manos arriba, piernas separadas: flexión lateral del tronco, comenzando y... Uno, dos, tres, uno; uno, dos, tres, dos; uno, dos, tres, tres...

Esa es la forma de contar más rara que se ha inventado.

Los profesores se pasan la vida con el lío de que nosotros no aplicamos los conocimientos.

Una vez estaba el congelador lleno de refrescos, mamá no había venido del trabajo, y yo sentí deseos de aplicar los conocimientos, teniendo en cuenta que estaba muerto de la sed, y me disparé uno, dos, tres, uno; y uno, dos, tres, dos refrescos.

Luego mamá se puso molestísima porque me había tomado no sé cuántos refrescos. No hubo forma de hacerle entender que solamente me había tomado dos refrescos. La pobre no sabe nada sobre estas nuevas formas de contar. Debían darle Educación Física en su trabajo, o por lo menos, refrescos.

Ya estábamos poniéndonos la ropa cuando se produjo un incidente. Resulta que a María Virginia se le cayó un peso y Mariano Jesusón se negó a recogerlo, para ratificar que no es un caballero.

María Virginia fue a ver al profesor.

—Profe, castigue a Mariano, que no quiere alcanzarme el peso para ir a comerme un helado Turquino.

—No puedo. Ya concluyó la clase —le dijo, como si la clase tuviera algo que ver con la gentileza.

Yo seguí a María Virginia que fue adonde la subdirectora.

—Subdirectora, regañe al profe, que no quiso castigar a Mariano, que no quiere alcanzarme el peso para ir a comerme un helado Turquino.

—No puedo —dijo la mujer. Y le explicó que la cortesía debía ser espontánea y voluntariosa, y nunca impuesta.

Y María Virginia no tuvo más remedio que ir a la Dirección.

—Director, expulse a la subdirectora, que no quiso regañar al profe, que no quiso castigar a Mariano, que no quiere alcanzarme el peso para ir a comerme un helado Turquino.

—No puedo —dijo el director, indiferente como un avestruz.

Hasta que la pobre vino a verme a mí de lo más preocupada.

—Amigo sol...

Pero yo no la dejé terminar.

—Con mucho gusto.

Y al momento toqué a la Dirección:

—Voy a quemarte todos esos papeles si no atiendes a María Virginia —dije, con una voz de ultratumba, mejor dicho, de cielo abierto que daba espanto.

El director me miró extrañado, con los mismos ojos de Júpiter con que me había mirado por la mañana, pero rápidamente se recuperó (los directores se recuperan rápidamente).

—¡Quién eres tú, mocosos! —preguntó algo arrogante, altanero y prepotente.

Hay que ser ignorante para decirle mocosos al astro rey. Me dieron ganas de achicharrarlo allí mismo; pero como el pobre no se daba cuenta de con quién estaba hablando, lo dejé en paz. Cuando tú eres el sol, y alguien no se da cuenta, lo mejor es dejarlo en paz.

Así que fui adonde la subdirectora. Esta tampoco me reconoció (el mundo está lleno de ignorantes); y ante tanta necesidad, me vi obligado a cambiar la táctica y le dije al profesor de Educación Física:

—Profe, le doy cinco pesos si Mariano le recoge el peso a María Virginia.

Al profesor le encantó el jueguito, y para demostrarme de lo que era capaz con su poder de persuasión, llamó a Mariano:

—O le alcanzas el peso a esa niña, o te mancho el expediente.

Imagínate. Decirle eso a Mariano Jesúsón...

Y cuando María Virginia, que no es ignorante y sí muy bien agradecida se me acercó a darme las gracias, no solamente las acepté, sino que la invité a comer helados Turquino.

DIEZ

Ella aceptó mi invitación, pero después que volviéramos del campismo.

—¿De qué campismo?

Para qué fue aquello. Me enteré que soy un desenterado que nunca se entera de nada, que no trae mochila ni cantimplora, pero que no importaba porque ella traía agua para los dos.

Así que todo el grupo salimos para la loma de Belén, de Belén nos vamos. Yo iba junto a María Virginia por si sentía sed, mientras Cobarde nos seguía de lo más campechano. Era mi mejor oportunidad para realizar alguna hazaña, y demostrar de una vez que María Virginia podía mirarme cuanto quisiera, que no iba a caérseme más nada, palabra. Ya me había tumbado como veinte cosas, desde los libros y los párpados hasta un botón de la camisa y el peine, pasando por dos mochos de lápiz y el dulce de la merienda. Había que ponerle fin a todo aquello.

La loma de Belén es como todas las lomas que sean de Belén, con unas malezas rubias quemadas por el sol y con varios arbustos que de lejos parecen verrugas verdes. Tiene algunas cuevas, la mayor de las cuales sirve apenas para cuatro exploradores. Sin embargo

ahora todo se mantenía pintado por la primavera, y había flores y mariposas, y un sol de madre, que picaba como si fueran las doce del día.

Estuvimos un rato sentados en la hierba, a la sombra de los arbustos, visitamos las cuevas y las demás boberías, y ya veníamos de regreso, pensando yo que no iba a poder hacer ninguna hazaña, cuando María Virginia quiso ponerse a caminar sin cambiar el rumbo.

De modo que divisamos el pueblo a lo lejos, con las torres de sus dos iglesias altísimas por detrás de unas lomas, y trazamos un camino imaginario (a nosotros nos gusta trazar caminos imaginarios). Y mientras la gente esquivaba los obstáculos, ella y yo marchamos en línea recta, rectilínea y uniforme. Así brincamos cuatro cercas, cruzamos tres montañas, y atravesamos un desierto en el que tuve que tomar agua como diez veces. Y cuando ya estaba casi desalentado de nuevo, se nos presentó el arroyo por su parte más ancha y más peligrosa. Y como María Virginia no sabe nadar muy bien, y como además yo soy un caballero, me quedé en chores dispuesto a cruzar dos veces el arroyo: una por ella, para que no se sienta inferior a mí; y otra por mí, pero no para sentirme superior a ella, sino para serlo de verdad.

Ya iba más o menos a mediación, cuando se me ocurrió por fin la idea, la estupenda idea de ahogarme para siempre y realizar así una hazaña inigualable.

De modo que empecé a hundirme y a tragar agua, valiente y decidido, sin quejarme ni pedir ayuda ni nada. Los primeros buches tenían un sabor más malo que el diablo, pero los demás eran bastante tomables.

Yo sabía que solamente podía resistir unos cuantos minutos bajo el agua, pero no cogí lucha y me dispuse a realizar un recuento de mi vida. Sin embargo, eso de que cuando uno se está ahogando, o está en peligro de muerte, recuerda toda su vida, es puro cuento de caminos. Mira que intenté memorizar mi nacimiento, y malamente pude captar el instante en que se fue la luz, cortada por los rebeldes, y el charco se puso oscuro como boca de lobo, y luego cuando encendieron la vela con la que nací, y vi dos caracoles en el fondo.

De ahí en adelante no recordé otra cosa. Estuve como veinte minutos con la mente en blanco, mientras todo el mundo debía estar allá arriba inventando algo para salvarme.

De pronto noté como unas piedras que me rozaban la espalda, y comprendí que había llegado al mismísimo fondo. Entonces crucé las piernas y me senté a imaginar la cara de susto que pondrían los cabrones del grupo cuando me sacaran muerto del arroyo. ¡Qué bien se imagina bajo el agua! Todo lo veía clarito. Trajeron un buzo de Camagüey porque nadie daba conmigo.

Por fin llegué afuera, o mejor dicho, me llegaron. Miré a mi alrededor y todos estaban pálidos, aterrorizados y silenciosos. Yo estaba feliz, con tremenda cara de héroe, pero de pronto veo a María Virginia en un rincón llorando de lo más triste, y al gracioso de Jesusón, tan descortés y tan hipócrita, nada menos que consolándola, y sentí una rabia de madre y se terminó la imaginería: Dime tú: seguramente le decía: el muerto al hoyo y el vivo al pollo, porque eso no sabe consolar ni a un elefante...

Si vieras cómo me pesaban los brazos y las piernas. En el agua todo pesa menos, excepto los brazos y las piernas. Si un día te estás ahogando, verás que los brazos y las piernas pesan como sacos de arena. Yo lo supe porque empezó a picarme la barriga de una manera bastante extraña (a mí nunca me pica la barriga), y cuando fui a rascarme, apenas podía mover los brazos. Entonces probé hacerlo con las piernas, y me ocurrió lo mismo.

Y como quiera que empecé a sentirme mal, medio desesperado tragando tanta agua, utilicé una estrategia que yo tengo para las situaciones difíciles. Por ejemplo, cuando yo estoy desvelado, enseguida me pongo a pensar en la Terminal de Santa Clara, toda repleta de gente, de bulla, no hay guagua hasta el otro día, y yo me tiro muerto de frío por un rincón, con mi maletín de almohada, pensando en lo rica que es la cama de uno, y oye, inmediatamente me cae un sueño de madre.

Así que como estaba en el fondo del charco, tragando más agua que una turbina, me puse a pensar que iba por el desierto del Sahara, muerto de sed. Y cuando ya no podía dejar de tragar agua en el fondo del arroyo, era porque había llegado con la boca reseca y cuarteada a un oasis, que son esos charquitos de agua que hay en los desiertos... Entonces me consolaba un poco y podía seguir ahogándome sin dificultad.

En ese momento, para que veas lo que es uno, recordé un cuento que no tenía nada que ver con mi vida. En el cuento obligan a una niña a meterse en el pozo de brocal en busca de una aguja que ha perdido. Imagínate. La niña bajó al pozo llorando de miedo.

Pero en el fondo se encontró a una viejita mágica que le mostró unas barras de oro, brillantes como loco, y le preguntó si era eso lo que buscaba. La niña contestó que no, y la viejita al ver que era honrada, la premió con varios sacos de oro. Yo llevo un montón de años siendo honrado y no me han dado ni una peseta. Sin embargo ya me veía fuera del agua, en la escuela, y todo el mundo loco —hasta el director—, averiguando de dónde había sacado el oro. Yo se lo dije a Mariano Jesusón que inmediatamente se tiró al arroyo, pero cuando la viejita le hizo la pregunta, Jesusón dijo que sí, que se le había perdido un saco de oro. Pobre Jesusón, salió del agua con un saco de piedras.

Luego, ya casi ahogado, me asusté un poco pensando en mamá, en Susana, en Vivian... todos llorando ante mí, que estaba muerto, patitieso en un salón lleno de flores. Me dio tanta lástima verlos así, que traté de salvarme por todos los medios. Me impulsé fuertemente, con todas mis fuerzas, pero apenas podía moverme: los brazos pesaban, las piernas pesaban, los nervios..., el corazón pesaba: latía, estaba vivo, vivo, aún tenía esperanzas.

Qué pasaría cuando avisaran a la casa: tu hijo se está ahogando, ¡corre! Papá saldría enseguida a buscar una máquina, solamente son unos kilómetros. Ya arrancaron, ya vienen, papá apurando al chofer, agitándolo. Salieron de la carretera y ya toman el terraplén. Llegan junto al arroyo en un gran torbellino de polvo (a mí me gustan los torbellinos de polvo). Y los muchachos les avisan, les gritan que estoy aquí, ahogándome, luchando con la muerte. Pobre papá que no necesita hacer más

preguntas para venir derecho, la sangre llama, corre papá, corre, así, corre, corre, brinca las cercas, acorta camino, te estoy esperando, no te impacientes, dame la mano, así, hala duro, duro, ya está, gracias papá, papito, ¿te asustaste mucho?, me abraza, está llorando, pálido, pobre papá, ya pasó todo, fue un mal sueño, una pesadilla, y me sienta como antes, sobre sus hombros como antes, ¡qué perro más lindo!, se asombra papá, y acaricia a Cobarde que mueve el rabo más que nunca, tanto, que estoy a punto de ponerme celoso. Vamos a hacerle una maldad a mamá, me dice papá igual que antes, otra vez igual que antes, y mamá sonrío sin gorriones en el pelo, y la mesa está lista, y el radio y la sombrilla, y tengo apetito. Otra vez tengo apetito...

Pero qué pasaba... Nada. Nada pasaba. Simplemente no había papá, ni máquina, ni chofer, y yo seguía en el fondo del arroyo. Miré hacia arriba y no pude comprender por qué mi padre no venía a ayudarme. Busqué a la viejita del cuento, por tal de salir de allí aunque fuera con un saco de piedras, pero las viejitas de los cuentos ya no vienen, porque en realidad esas viejitas no existen.

Entonces empecé a patallar desesperado y nervioso, súper nervioso, casi muerto ya, gastando mis últimas energías. Se me estaban acabando los movimientos que es lo último que se le acaba a uno. Sin embargo, en medio de la confusión, tuve un instante de lucidez y me puse a pensar en Helena de Troya. Luego miré hacia arriba buscando la claridad, y distinguí a Cobarde de un lado a otro bastante desesperado y flaco, hasta que logré divisar la carita triste de María Virginia,

llorando toda, sus ojos húmedos, y me vi a mí mismo ahogándome en sus lágrimas, y de pronto sentí que ella me estaba alzando como por arte de magia. Eso pensé en aquel momento. Pero el asunto no fue que ella me sacara del agua, sino que cuando me miró desde la superficie, se me cayeron las botas que pesaban como bolas de plomo, y me impedían flotar. Lógicamente empecé a subir. Y cogí más impulso, y más, tanto, que al llegar afuera saqué todo el cuerpo del agua y vine a caer medio muerto en la orilla.

Luego no supe más de mí hasta que oí unas voces, y otra voz dulcísima dentro de las voces, y abrí los ojos al mismo tiempo que vomitaba como siete tipos de agua: aguas rojas, azules, anaranjadas... Y cuando parecía que ya no me quedaba nada en la barriga, vomité tres caracoles, un cangrejito, y cinco pececitos brillantes.

Si vieras cómo me adulaban. Todos querían ser amigos míos y prestarme los tenis de la Educación Física. Seguramente creían que había regresado del otro mundo. Qué imbéciles. Yo me sentía feliz. Y María Virginia estaba tan orgullosa que no se apartó de mi lado durante el resto de la excursión.

—Oye —le dije—. Si algún día me ahogo de verdad, no permitas bajo ningún concepto que el Jesúsón ese te consuele.

Ella me lo prometió. Y para disimular lo nerviosa que estaba con solo pensar que podría ahogarme, se puso a jugar con el perro. ¡Qué ricas son las excursiones!

ONCE

Cuando llegamos al pueblo, le recordé la invitación de los helados Turquino.

—Aquí no pueden entrar animales —dijo la cajera con tremenda cara de ser humano.

Y Cobarde tuvo que esperar afuera. Pobre perro, no lo dejaban entrar a ningún sitio. María Virginia, que tiene buenos sentimientos, le compró una bola de helado, y Cobarde no la dejó llegar al suelo. Con qué gusto se la comió. Seguramente era la primera vez que probaba un helado.

Luego María Virginia y yo fuimos hasta una mesa, y desde que nos sentamos, tuvo deseos de jugar a quiénacabaúltimo.

Este juego comienza cuando la muchacha coge unas cucharadas de helado bien pequeñas, casi unicelulares, y se queda durante un rato con la cuchara en la boca, mirando hacia afuera, pero sin ver nada, abstraída, como si estuviera en otra galaxia... Esa es la mejor forma que hay para comer helados. Y sirve entre otras cosas, para estar juntos en la mesa hasta tres días. Yo miré a mi alrededor porque no me gusta demorarme cuando hay mucha gente y la cola no camina, pero solo había una pareja por allá por el ecuador, y

un señor muy gordo por el polo norte... Qué bien me sentía. Hubiéramos podido estar allí cinco o seis años, pero mi helado comenzó a derretirse, y cuando tuvimos la idea de cambiarnos para los polos, era demasiado tarde. El juego lo gané yo, porque cada vez que María Virginia alzaba la vista, se me caía la cuchara, y tuve que cambiarla un grupito de veces. Ella se dio cuenta de ese detalle, y no me miró más, pero la pobre ya tenía el juego perdido.

Nos despedimos. La vi alejarse por entre los intrusos que se interponían entre ella y yo como si fueran transparentes. Me quedé solo. Más solo y más triste que el diablo, y empecé a hacerme ilusiones. A mí no me gusta hacerme ilusiones. Tú te haces ilusiones y piensas que todo va a salirte bien, y eres optimista y todo eso; y si todo sale bien no hay problemas, pero si sale mal, te coge de sorpresa y te sientes un miserable. A mí no me gusta sentirme miserable.

Cada vez que me fugaba de la beca, yo nunca pensaba que me iban a coger. Y cuando las cosas empezaron a salirme mal, imagínate...

A mí las becas me traen muchos problemas. Papá asegura que no va a encontrar colegio para mí. Eso es triste. Es triste que no haya un colegio para uno. Mi problema no es la beca en sí. Yo estudio si hay que estudiar. Y si hay que trabajar, trabajo. Pero si hay que fugarse y correr aventuras soy el número uno porque enseguida contraigo la enfermedad del aburrimiento, y no puedo estar encerrado. No sé por qué diablos todas las becas tienen alguna cerca alrededor. Desde que uno llega a la escuela, tú ves al director leyéndonos

la cartilla: De esa cerca para allá no se puede pasar, de esta otra para acá, tampoco. Imagínate. Enseguida estoy loco por saber qué es lo que hay más allá de las cercas. Porque alguien tuvo que verlo para poder prohibirlo. Casi siempre, aparte de las sirenas, hay arboledas de mangos y de nísperos, y guayabales y arroyos con pocetas fenomenales y transparentes (todas las becas quedan próximas a los arroyos). Así que como a las dos semanas ya conozco a los socios portadores del Virus de la Fiebre Aburría, y desesperados por las frutas y los arroyos. Con mirarlos una vez, tengo y me sobra.

Durante las primeras fugas, o Fugas de Exploración, no hubo problemas; pero cuando nos sorprendieron una vez, caímos en desgracia. Los profesores dejaban sus asuntos para vigilarnos el día entero.

Yo trataba de no escaparme, me reprimía. No, Ricardo, que te van a expulsar, pero lamentablemente no me respeto mucho. Vaya, me tengo la baja cogida, palabra.

Una vez las sirenas se alborotaron y me subió un poco la fiebre. Imagínate. Me fugué como veinte veces y mandaron a buscar a papá. Ese es el primer paso y el último, antes de expulsar a uno. Porque los directores se pasan la vida haciendo venir los padres a las becas. Si te fugas, a buscar los padres. Si discutes con un profesor, eso es falta de respeto, y a buscar los padres. Si tiras la propiedad social (almohada) a un compañero (¿a quién diablos no le gusta tirar almohadas?: es divertidísimo y sin peligro de un mal golpe ni nada), a buscar los padres. No entienden que los padres son inocentes. Mi papá es un santo, palabra. Eran catorce

hermanos y nunca tuvieron ni un sí ni un no. A veces yo quería que él fuera por mí a la beca para coger excelente en disciplina.

De modo que papá se aparecía en la beca a echarme tremenda descarga. Luego empezaba a criticarlo todo, culpando a mil gente, para poder introducir el tema de los catorce hermanos y el psicólogo.

Yo nunca le conté lo de la Fiebre Aburría y las sirenas porque no me iba a entender. Hacía tiempo que él no entendía. Ya mi padre se había vuelto desentendido. El trabajo le hacía mucho daño. Estaba disgustado, molestísimo conmigo. A mí me dio lástima verlo tan viejo y arrugado, y sentí deseos de llorar. Es tan difícil estar contento uno y al mismo tiempo tener contentos a los padres...

Soporté su descarga y durante algunos días no me escapé. Me reprimía fuerte, me decía malas palabras, me golpeaba los pies, que eran los principales culpables; pero total, ya dije que no me tengo el más mínimo respeto.

Una noche Ferna y yo teníamos como ciento y pico de fiebre (en grados Fahrenheit), las sirenas estaban en su punto, y nos pusimos dos tapones de algodón en los oídos. Llegamos hasta la misma cerca y Ferna me pidió que lo amarrara a una mata de ciruelas que había allí. Le hice como treinta nudos y ballestrinques. Seguidamente le quité los tapones, y como me había advertido que por ninguna razón del mundo lo desatara antes de los diez minutos, puse mi reloj en hora y me senté sobre una piedra a ver qué sucedía. Imagínate. Al poco rato empezó a sudar y a retorcerse, y a

suplicarme que lo soltara. Yo lo escuchaba perfectamente, y pensaba que eran las sirenas. Ferna me decía ¡las hormigas, las hormigas...!, y yo pensaba que eran las sirenas. Pobre Ferna. La espalda le quedó que parecía un guayo. Quién iba a imaginarse que la mata estuviera llenita de hormigas bravas.

Desde entonces les cogí más odio aún a las cercas. No las podía ni ver, palabra. Una cerca es lo mismo que alguien diciéndote el día entero que no puedes salir. A mí me prohíben la entrada a un lugar y está bien, pero decirme que no puedo salir es muy distinto.

Me acuerdo que una vez cuando era chiquito, unos vecinos me llevaron al cine. Era la primera vez que iba. Los vecinos no tenían hijos y se habían encariñado conmigo. Eso les pasa siempre a los vecinos que no tienen hijos, que se encariñan con los hijos de otros. La película era una película de guerra, malísima, con muchos muertos y cañonazos, y como a los quince minutos ya me sentía mal allá adentro. Entonces un caballo blanco, perpendicular, atravesó la pantalla, y me quedé loco (a mí me gustan los caballos que atraviesan la pantalla). Enseguida dije que quería verlo de nuevo y formé una tanda de madre. Claro, eso fue un pretexto, en realidad lo que deseaba era irme (a veces yo deseo una cosa y pido otra). Aunque creo que de todas formas hubiera soportado la película de no ser que la vecina metiera la pata. Se le ocurrió decirme que en cuanto la gente entraba al cine, el portero cerraba la puerta con un candado de este tamaño. Imagínate. Empecé a quejarme y a gritar, y la gente a protestar, y allí mismito se les acabó la función. Cuando salimos

ella me dio un pellizco y me aseguró que jamás saldría con ellos. Lo segundo no fue tan doloroso. Al otro día los vecinos ya estaban encariñándose con otro desgraciado. Yo me dije: deja que lo lleven al cine...

En fin, el caso es que terminan expulsándome de la beca. Y todo por las cercas (qué odio les tengo). Y también por las frutas y los arroyos, aunque estos últimos me caen bien. No sé por qué diablos siempre quedan del otro lado de las cercas...

Aunque es posible que me expulsen por tal de evitar una epidemia. Ellos saben que un solo enfermo de Fiebre Aburría es capaz de contagiar a media escuela y llevársela por el mundo en busca de aventuras...

DOCE



legué a la casa y me bañé a millón, mientras Cobarde tuvo la buena idea de esperarme afuera. Yo nunca me baño en cuanto llego a la casa, sino que empiezo a dar vueltas de aquí para allá y a mortificar, como un moscón.

Sin embargo hoy me bañé a millón, para sorpresa mía y de mamá.

Comí enseguida, sin penas ni glorias, me eché un trozo de pan en el bolsillo, y cuando mamá se fijó en mi pantalón de cuadros, y en mis mocasines tan brillantes como espejos, como dos pedazos de sol, me preguntó de lo más curiosa:

—¿Y a dónde se dirige el caballero?

A mí no me gusta que me hablen en tercera persona del singular. Y mucho menos que me digan dirige.

—El caballero no se dirige a ningún sitio especial —le dije también en tercera persona—. Simplemente va a ver a su novia.

Y cuando pensé que me iba a decir: ya estás con tus boberías, y a meterme el sermón del hablando en serio, mamá me alcanzó un ramo de rosas y de otras flores, que era el mejor regalo para las novias, no fuera

a ser que yo también saliera insensible como mi padre. Ella a veces es así: regionalista.

Cogí las flores y ya iba doblando la esquina, cuando tuve un mal pensamiento y repentinamente volví a la casa. Esta hora del día tiene cosas buenas y malas. Y eso es lo mejor y lo peor que puede pasarle a una hora: que tenga cosas buenas y malas. Lo bueno es que hay fresco y uno ya está bañado y comido, y te sientes tan bien que es posible visitar a María Virginia y todo; pero compadre, a esta condenada hora salen al portal todos los viejos de América Latina, a sentarse en los mismos asientos, a decirse las mismas mentiras, mientras se fuman los mismos tabacos y lo miran todo como lechuzones, y me dije que yo tan bien vestido, exhibiendo aquel ramo de flores, y con un perrito miedoso atrás, pudiera dar lugar a que los viejos, que son imaginativos y antiguos, y mentirosos e inventacuentos a matarse, pudiera dar lugar a que pensarán eso mismo que tú estás pensando. De modo que volví a la casa, y me aseguré de meter las flores en un cartucho.

En realidad me sentí tremendamente aburrido. En lugar de pensar en María Virginia, tan solita y tan sincera, me dio por creer que tal vez nunca pudiera hacer una aventura, y me cayó una tristeza de madre. Me vi hecho un viejito, sentado en un taburete y haciendo el mismo cuento de los catorce hermanos amistosos. Ya se acababa ese día, y mañana y después vendrían otros días iguales, igualmente aburridos, y me di cuenta de que seguía enfermo de aburrimiento. Porque este virus es implacable y se aparece cuando menos lo piensas. Y me decidí a ser científico. También Luis Pasteur vio

cuando muchacho a un enfermo de rabia que lo curaban aplicándole un hierro candente —que quiere decir más que caliente, al rojo vivo—, y decidió ser científico. Yo todavía no he visto nada, pero no importa, Luis Pasteur y yo descubriremos la vacuna contra la Fiebre Aburria.

Yo no sé por qué nadie ha inventado el año de las aventuras. Después que uno termina Sexto o Séptimo, debía haber un grado completo para las aventuras, que es el mejor remedio contra el aburrimiento. Así un día tendríamos otra historia que contarle a nuestros hijos, que no sea esa de los catorce hermanos y el psicólogo. Si yo tuviera catorce hermanos, mi casa fuera un pleito de perros todo el tiempo, y el perro número uno nunca estaría de buen humor. Así yo jamás podría preguntarle qué cosa es el copón divino...

Te decía que si aprueban eso de las aventuras, del Año Sagrado de las Aventuras, cada grupo podía ir donde quisiera, sin profesores ni nadie que los vigile. Unos subirían al Monte Everest, otros se lanzarían a cruzar el Canal de la Mancha o le harían el bojeo a Cuba —si estos cabrones españoles no lo hubieran descubierto todo, ya nosotros hubiéramos probado que Cuba es una isla—. Yo me iré de vacaciones con María Virginia a recorrer, o mejor dicho, a renavegar en balsa el Mississippi. Pero además, me gustaría después, en un futuro, en lugar de ir a Plutón o a Mercurio, como un vulgar y aburrido viajero, llegar por lo menos a la quinta luna de Saturno, que debe ser un sitio bastante remoto y distraído. Creo que sería capaz de llevarme a unos cuantos paramecios para que se desarrollen allá, y dada su importancia, convertir a esa luna en un lugar

importante. Por último cada grupo escribiría un libro con las peripecias del viaje, y con los nombres de los que se hayan destacado. Y como ya no habrá guerras ni sublevaciones ni nada, esos serán los héroes del futuro: los exploradores. A mí me gusta ser explorador.

TRECE

Ya había caminado como diez cuadras cuando advertí que no sabía dónde diablos vivía María Virginia, y Cobarde y yo tuvimos que ir hasta la heladería para seguirle el rastro. María Virginia va dejando florecitas por el camino, amarillas y lilas, rojas y azules. Cada vez que levanta un pie, deja una flor, por lo que había flores izquierdas y flores derechas. Yo las fui recogiendo todas, y uniéndolas al mazo mío, hasta que se rompió el cartucho y cuando toqué a la puerta de su casa, no se me veían ni las manos.

Una mujer me abrió y se volvió adivina:

—Virginita, aquí está Ricardo —y me hizo pasar.

Tenía un moño lindísimo y unos ojos abundantes, aunque no catastróficos.

—¡Qué perro más lindo...! ¿Es tuyo?

—Mío y suyo.

Era la primera vez que lo elogiaban. Y también fue la primera vez que Cobarde entraba a un sitio. Parecía un general de algún ejército libertador.

Yo me di cuenta de que aquella mujer era la mamá de María Virginia porque, como ella, tenía buenos sentimientos.

—¡Qué flaquito está el pobre! —dijo mientras lo acariciaba.

—A mí me gustan los perros flacos.

—Y que cara más triste tiene.

—A mí me gustan los perros tristes.

De pronto ella dio un grito.

—¡Ay, si está minado de garrapatas...!

—A mí me gustan los perros con garrapatas —dije.

Pero no me hizo el más mínimo caso, y se apareció con un pomito lleno de un líquido ahí, y empezó a untarle a Cobarde. El pobre no hallaba dónde meterse.

Yo vi a la mujer tan cariñosa, que le prometí prestarle al perrito durante un mes, teniendo en cuenta que si no iba a dormir en la calle. Ella se puso tan contenta que le trajo un calderito con leche para que Cobarde se pusiera más contento que ella, y para que yo me pusiera más contento que los dos juntos.

Entonces me puse a pensar en María Virginia recibíendome, y hasta la vi asomarse, bajando unas escaleras de caracol, lentamente igual que en las películas, con un vestido de velos brillantes y unas trenzas más brillantes que el vestido, y se me cayeron las flores y nos volvimos adivinos: ¿Cómo adivinaste que te estaba esperando?, me preguntó. ¿No te dije que vendría a estudiar...? Tú no vienes a estudiar, me dijo. Y rápidamente adivinó que yo había ido a enamorarla, pero que no sería mi novia hasta tanto no hiciera alguna hazaña que no fuera la simpleza esa de ahogarme en un arroyo sin nombre y sin importancia, que seguramente no venía ni en los mapas. Así se habla, pensé; pero no se

lo dije no fuera a ser que me pusiera algunos ejemplos de hazañas difíciles.

De pronto María Virginia se apareció de verdad, sin bajar ninguna escalera de caracol porque no había escaleras en su casa, y sin vestido brillante ni trenzas, sino más bien con una bata de casa, de esas de lienzo, y unas chancletas de plástico made in Cuba... Pero para decirte la verdad, tenía una sonrisa muy cómica, y una expresión de ángel, con la cara lisecita, y sus dientes eran los más brillantes.

Sin embargo empezó a ponerse transparente.

—Estás transparente —me dijo ella.

—Tú también —le contesté—. Te estás poniendo transparente.

—¿Cómo es que lo sabes?

—Porque no te veo... Estoy mirando a través de ti.

—¿Y qué ves... la pared rosada y la verde, los muebles, ves los cuadros del galán a caballo y la doncella, y mi foto de los doce años...?

—No, también son transparentes.

—¿Y ves la calle y los árboles, y las luces de los carros, ves la noche y el cielo y las estrellas...?

—No, también son transparentes...

Y callé, porque ambos nos dimos cuenta de que las cosas no estaban transparentes, sino que nos habíamos quedado ciegos. La ceguera tiene algo que ver con la transparencia.

—¿De qué color es la amistad? —me preguntó bastante nerviosa, ante la nueva situación.

—Compruébalo tú misma —y le ofrecí mi amistad sincera y franca.

Entonces ella, que tampoco veía un burro a tres pasos, me dijo casi llorando:

—¿Acaso piensas que no creo en tu palabra...?

Y no tuve más remedio que consolarla y decirle que la amistad tenía los siete colores de la luz..., pero ninguno de los dos oímos solar: nos habíamos vuelto sordos.

Cuando recuperamos la normalidad, María Virginia se apareció con un poco de refresco, y noté que estaba perdiendo el gusto.

—¿Cómo adivinaste que me gusta el refresco de guanábana?

—No es de guanábana, es de limón —dijo de lo más risueña, casi burlonamente, mientras ponía una azucarera encima de la mesita.

—¿Quieres más azúcar?

—Sí, me encanta el azúcar.

—¡Ah!, yo pensé que querías más azúcar —dijo, y se llevó la azucarera.

—¿Cómo es esto que nos volvemos sordos y ciegos? —pregunté yo.

—¿Qué pasa que estamos sordos y ciegos? —preguntó ella.

Y los dos al mismo tiempo contestamos:

—Es la Luna de Valencia.

Y nos volvimos mudos cada vez que nos miramos a los ojos. Y el vaso se me había roto como cien veces hasta que su mamá me trajo un vaso de aluminio y terminé de tomarme el refresco.

Y dije Río, y María Virginia respondió Mississippi; dije Monte, y ella, Everest. Dije Lluvia, Sol, Tormenta,

Trueno; y ella, Paraguas, Playa, Pararrayos. Y cuando dije Labios, pensando besarla desde que dijera Besos, me dijo ¡Atrévete! Está bien, ganaste, le dije. Y se me cayó el pañuelo.

—¿Hasta cuándo se te van a estar cayendo las cosas? —me preguntó sin mirarme, para que no se me cayera la respuesta.

—Yo padezco de eso.

María Virginia se quedó pensativa durante un rato hasta que por fin me dijo:

—En mi vida he visto dos casos como el tuyo.

—¡No me digas!

—Está bien, no te digo.

—Es decir, que sí me digas. El no me digas es un decir.

—Está bien. El primero era un viejito que padecía de los nervios. Me daba mucha lástima porque no tenía familia.

—¿Y el otro?

—El otro fue un muchacho ahí, en Guanabo, que se le cayó un litro de leche.

—¡No me digas...! Es decir, ¿cómo fue eso?

—Fue una cosa bastante cómica. Cuando nos miramos sentí como si los dos quisiéramos decir algo, pero por un asunto de cortesía, cada uno permanecemos callados para escuchar bien lo que diría el otro. De esa forma ninguno hablamos nada. Me acuerdo que el litro cayó al suelo, y todo el pantalón se le embarró de leche. Parecía un payaso.

Imagínate. Me quedé en blanco. Estuve como diez minutos sin hablar.

—¿Qué te pasa? —me dijo.

Y no pude más y le confesé un poco turbado:

—Oye... Virginita... A lo mejor tú no me crees... Yo... yo...

—¿Qué...? ¡No vas a decirme que tú eras el mismo muchacho de Guanabo...!

Luego se sentó al piano y empezó a tocar una melodía. No hay nada más remoto que María Virginia interpretando una melodía. Yo estaba como en las nubes, otra vez en la Luna de Valencia, pero no era deshabitada y distraída, sino como un paraíso donde la gente no hacía otra cosa que no fuera correr aventuras, y donde la música provenía de todas partes. Todo lo que tocabas, una piedra, un árbol, te respondía con una música, y yo estaba lleno de musicalidad.

—¿Qué haces en la Luna de Valencia? —me dijo María Virginia por decimoquinta vez, porque como estaba donde estaba, no la podía oír.

—Sube para que veas.

Y recorrimos toda la luna a través de unos prados azulísimos y cantores, que lo mismo disparaban un son que un corrido o un tango, y donde no había puestas de sol porque el sol siempre estaba poniéndose.

Sin embargo tuve un mal pensamiento y le dije que parecía una dama de la alta sociedad pequeñoburguesa, que son quienes tocan pianos relucientes y eso; y María Virginia se enfureció de tal manera que me arrastró adonde el piano y lo abrió por dentro, y rápidamente retiré mis palabras: el pobre estaba tan descosido y desvencijado, que se veía a las claras que era un piano proletario de todos los países uníos.



Entonces le pedí que tocara de nuevo. Y María Virginia que ya había perdido el mal humor, interpretó tantas melodías que yo perdí la memoria, me olvidé del día, de la noche y del futuro, de mi bisabuelo enmascarado y saltador, del accidente del Océano Índico y de la Guerra Civil Española, del director con sus descargas, del Paramécio y la Hipotenusa y las Comidas Musicales, del regionalismo y la Terminal de Santa Clara, y me olvidé de mi propia memoria que entonces recordaba al chino montado, y a Cobarde, y a las hazañas de Tom y Huck. Y cuando se puso a recordar los ojos de María Virginia, tan catastróficos y tan bilingües, se quedó en blanco y se le cayeron todos los recuerdos. Luego nos fuimos de nuevo al espacio, desterrándonos de la Tierra, y desorbitándonos de la órbita de Júpiter, hasta quedarnos en Valencia cuando pisamos las lunas de Saturno, mientras la maldita mú-

sica invadía la Vía Láctea y hasta los huecos negros del espacio se volvían claros y transparentes. La negrura tiene algo que ver con la transparencia.

—¿Sabes una cosa, María Virginia?

—Sí —me dijo—. Estás loco por descubrir la vacuna contra el aburrimiento.

Otra vez se había vuelto adivinadora...

Luego nos pusimos a hacer planes:

—¿Qué piensas estudiar? —me dijo así de pronto, como si estuviera llenándome una planilla.

—¿Yo...?

—Sí, supongo que has pensado algo.

Y me di cuenta de que estaba en un lío. Yo nunca he pensado en lo que voy a estudiar. Ni siquiera he pensado si voy a estudiar.

—Bueno, yo quiero estudiar algo donde sepa un poquito de cada cosa, aunque no sepa mucho de nada.

—Ya sé —me dijo ella, que seguramente pensó que yo le hacía alguna adivinanza—: periodista. Los periodistas quieren saber algo de todas las cosas, y andan por el mundo interrogando a la gente porque los pobres tienen muchas dudas... Pero, ¿por qué no me haces tu primera entrevista?

A mí me gustó el jueguito y le dije:

P: ¿Cómo te llamas?

R: María Virginia López de Vega.

P: ¿Qué edad tienes?

R: Quince.

P (Asombrado): ¿Quince...?

R: Es decir, casi... Cumpló catorce el mes que viene.

P: ¿Qué piensas estudiar?

R: ¿Yo...?

P: Sí, supongo que has pensado algo.

R: Bueno, yo quiero estudiar algo donde sepa mucho de una sola cosa aunque no sepa nada del resto.

P: Ya sé, periodista. Los periodistas andan por el mundo... ¿Pero por qué no me haces tu primera entrevista?

A ella también le encantó el jueguito y me dijo:

P: ¿Cómo te llamas?

R: Ricardo Armas Salteador.

P: ¿Edad...?

R: Dieciocho.

P (Asombradísima): ¿Dieciocho...?

R: Es decir, casi... Cumplo quince en noviembre.

P: ¿Qué piensas estudiar?

R: ¿Yo...?

P: Yo no digo ¿Yo...? Yo digo que qué piensas estudiar.

R: Yo quiero...

P: Yo no digo Yo quiero... Yo digo que qué piensas estudiar.

R: ¡No me beses!

P: Yo no digo ¡No me beses!

Y calló en la trampa porque ahí mismo me aproveché y le di un beso.

Para qué fue aquello. Nos besamos, locos, luego de catorce años sin hacerlo... Fue un beso tan rojo, acalorado y lleno de una cosa tan dulce que se fue poniendo azul como el cielo, y como el cielo, infinito. Después el beso se tornó violeta de luto eterno cuando

pensamos que alguna vez podríamos faltarnos el uno al otro. Y del violeta pasó al anaranjado y triste beso de despedida, que me hizo sentir como un niño chiquito y náufrago y bilingüe. Pero inmediatamente eché a un lado el mal pensamiento, y el beso ya era blanco de volvernos a ver luego de cien años de ausencia, de resucité y aquí estoy María Virginia por todos los siglos de los siglos, y el beso era entonces primaveral y húmedo. Conclusión: nos habíamos dado un beso arcoírico, que poseía las siete maravillas musicales del mundo y los siete colores de la luz solar.

Cuando cesó la música y descendimos a la Tierra, ya eran como las cincuenta de la noche. La mamá de María Virginia había echado un sueño tan largo en su sillón, que se durmió de cansancio dentro del propio sueño, y tuvo que despertarse dos veces.

Los tres estábamos tristes. Ella, la mamá, por haberse despertado dos veces y haber interrumpido igual cantidad de sueños, dejando varios planes inconclusos; y María Virginia y yo porque sabíamos por separado, con el temor de confesarlo, que se acercaba la hora de partir, de irnos con nuestras ilusiones, y me puse a pensar que un día tal vez podríamos pelearnos, como tanta gente lo ha hecho, y luego, al cabo de los años, de los cabrones años, cruzarnos en la calle como si nada, igual que las tanta gente, y me puse mal. ¿Y si mañana ella me miraba y no me decía nada...? ¿Y si mañana nada había pasado...? ¡Mañana tarro!, esta noche no voy a dormir.

—María Virginia, esta noche no voy a dormir.

—Yo tampoco —me dijo seria.

Todavía estaba triste.

Qué trabajo para despedirnos. María Virginia tenía un imán en el pecho, y yo estaba más frío y más metálico que el polo norte. Ella iba conmigo hasta la puerta, y a mí me daba pena que tuviera que regresar sola hasta su cuarto y le hacía compañía por toda la casa. Luego, la pobre no hallaba cómo despedirse de mí en su cuarto y volvía a llevarme hasta la puerta. Cuántas veces no hicimos ese mismo recorrido, con las mismas caras tristes y los mismos deseos de quedarnos; sin embargo, para que veas lo que es uno, lejos de aburrirme, sentí que aquello era de lo más bilingüe. Entonces María Virginia fue conmigo hasta la puerta, y siguió hasta la esquina. Y yo, que no podía dejarla sola en medio de la noche, y con tantas estrellas brillantes y cometas y galaxias, la llevé de nuevo a su casa.

Hasta que por fin, debajo de unos portales, nos despedimos. Ella fue a darme un beso en la cara, pero yo me adelanté y le di un beso a su beso. Luego empezamos a alejarnos de espaldas para no perdernos de vista y seguir mirándonos toda la vida. Y se me cayó el pañuelo, y la cartera, y el peine, y la primera página de un diario.

CATORCE

María Virginia me quiere —le dije a una señora de moño alto, pero siguió su camino.

—María Virginia me quiere —le dije a un viejo portadero, que todavía estaba en su taburete, pero el pobre se había quedado dormido.

Se lo dije a dos gatos negros, a una mata de almendras, a un palo de la luz...

Mamá estaba ausente y melancólica, sentada en su sillón, y ni siquiera me preguntó por qué había llegado caminando de espaldas. Últimamente ella está tan abstraída, que es posible entrar de espaldas a la casa sin que pregunte nada. No me gusta esa forma de estar que es como si no estuviera.

—María Virginia me quiere.

No me hizo caso.

—María Virginia me quiere —le dije un poco más alto.

Y me hizo el caso del perro.

—¡María Virginia me quiere! —le grité junto al oído, y me hizo un caso pequeño y unicelular, pues se volteó de una manera superlenta y me miró así como si nada, y tenía los ojos cálidos.

—¿Qué te pasa?

Pero ella regresó a su posición anterior.

Le pregunté por papá, igual que los güevos del perro. Entonces me encabroné y me fui a la cama. Cuando yo le hago dos preguntas a mamá y ella no responde, inmediatamente me voy a la cama.

Yo no sé por qué diablos la gente vive disgustada. Si un día estás disgustado, piensa en el mundo y verás cómo recapacitas.

Cuando eres chiquito y vas conociendo lo que te rodea, y observas los animales y las plantas y la naturaleza, y después de saber cuanto ha hecho el hombre, enseguida piensas que el mundo es una manzana, y te crees importante como un rey. Antes yo me creía un rey comemanzanas, y no hacía más que abrir la boca y tirar mordidas. Un día me partí los dientes y cayó al suelo mi corona. Estuve una pila de tiempo triste y disgustado, disgustadísimo. Qué mal me sentía, compadre. Y todo porque habían matado a Martí. Entonces a mí me daban unas fiebres muy altas, y yo me ponía muy triste de pensar en Martí cuando recibió el disparo, de pensar en su caída, en el impacto, en sus huesitos chocando contra la tierra, tan flaco como estaba de no ocuparse de sí mismo. Pero entonces me puse a meditar bien, y me consolé un poco pensando en el mundo: Somos tan pequeños, tan insignificantes navegando por el espacio en esta esfera enorme, que a su vez es insignificante y exigua en un sistema solar gigantesco, que también es insignificante en una galaxia colosal, que no escapa la

pobre de ser diminuta y zonza en un universo que sí es infinito y lleno de significados; y entonces uno se pone a pensar en esta Tierra nuestra, que es nuestra casa, tan pequeña la pobre, y tan cansada de navegar por el espacio con todos nosotros encima haciendo planes, sin saber si un día puede chocar con algo y destruirse, y a uno se le quitan los deseos de estar disgustado.

QUINCE

En fin, el asunto fue que fui a la cama, más calmado ya después de este análisis. El mosquitero estaba puesto, la cama lista...

Pero inmediatamente se me quitó el sueño y me puse a escribir la segunda página del Diario.

Pero inmediatamente descubrí que no podía escribir, y me fui a la cocina a tomar algo.

Pero inmediatamente me arrepentí: yo soy un vejigo comodón que hay que ponérselo todo en la mano, y fui al cuarto de Susana a llamarla para que me hiciera un refresco. A mí me gustan los refrescos que hace Susana.

Pero inmediatamente pensé que no era justo levantarla, porque a ella tampoco le gusta interrumpir sus sueños.

Entonces mamá volvió de su sillón, con sus ojos cálidos, y me hizo una limonada tristonada y desabrida.

Pero inmediatamente se me quitaron los deseos de tomar limonada, y me puse a leer las aventuras de Tom Sawyer.

Pero inmediatamente se me ocurrió una idea fenomenal, y guardé el libro, y me vestí, y salí por el pasillo para no llamar la atención, y comencé a vagar

por las calles vacías, contemplando la noche. Aunque esta no fue la idea fenomenal, sino otra intermedia que se me ocurrió después para que la idea fenomenal terminara de nacer. Cuando se te esté ocurriendo una idea fenomenal, piensa en otra intermedia para darle tiempo y que no llegue muy atropellada.

Así que mientras contemplaba la noche nació la idea fenomenal. Esta consistía en hacer la hazaña de salvar a un niño más una niña, que estuvieran atrapados en un incendio más un derrumbe, y de paso quemarme algunas partes del pecho más las piernas. Mas, para localizar el incendio, no tuve más remedio que subirme a la torre de la iglesia, que es el edificio más alto del pueblo, para obtener una visión más panorámica.

No vayas a pensar que es sencillo subirse a la torre de una iglesia. Pasé un trabajo de madre porque luego que brinqué una pared y caí en el patio, tuve que gatear por una columna gordísima, raspándome la barriga.

La torre es de mampostería, cuadrada y alta, altísima, con una cruz de celosías por cada uno de sus lados. Como está alumbrada por dentro, la cruz se ve desde lejos, y desde todos los puntos cardinales. Le di una vuelta a la torre buscando la manera de entrar hasta que descubrí una celosía medio rota. A medida que ascendía por la escalera de caracol iba mirando hacia afuera en busca de humo o cualquier otro indicio. De pronto choqué contra una cosa dura, y sentí dos campanazos encima de mi cabeza. Imagínate: rápidamente tuve que pensar en Helena de Troya...

Se veían algunos tejados rojos cerca de la iglesia, pero más lejos, solamente distinguí las luces de los

carros que iban por la Carretera Central, y las luces de las casas y de los postes; y más atrás todavía, una neblina casi total, con algunas lucecitas pequeñas y tenues y separadas como loco. Yo pensaba que mi pueblo era más grande, pero desde allá arriba parecía pequeñito. Desde arriba las cosas se ven distintas.

De pronto escuché unos pasos y una voz:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo —y miré hacia abajo.

—¿Quién eres tú...? —dijo el hombre que ya estaba encima de mí.

Y me di cuenta de que era el cura, porque el pobre, además de tener una calvita redonda en la cabeza, y de venir con un aparato ahí con tres velas, igual que en las películas, me dijo muy amable:

—¿Por dónde entraste, hijo mío?

Los curas son gente muy amables.

—Perdone usted, padre —le dije igual que en las películas—. Entré por el tejado a vigilar el pueblo.

—¿A vigilar el pueblo...?

—Sí, padre, verá usted...

Y le expliqué que esperaba por un incendio más un derrumbe para salvar a un niño más una niña y de paso...

—Baja, hijo mío —me interrumpió—. No habrá incendios esta noche.

Eso lo dijo con tanta seguridad, que me pareció bastante razonable. Y luego que bajé, el padre me dio agua fría, bendita ella, me puso la mano sobre el hombro y me acompañó a la puerta.

Había un silencio total afuera. El pueblo entero dormía, profundamente dormido. Ya se me estaban quitando los deseos de salvar a nadie, cuando se me ocurrió otra estupenda idea.

Ya que no habría incendios esa noche, lo mejor era recorrer el pueblo a ver si dos niños se tiraban delante de un carro, y yo, al tiempo que los salvaba, caía bajo las ruedas del mismo y lograba partirme las dos piernas, un brazo, y alcanzar aunque fueran dieciocho puntos en la cabeza. Esta idea me pareció más estupenda que la anterior. Ya tenía hasta la táctica que iba a emplear. Desde que el carro se acercara y metiera los frenos, yo me lanzaría de cabeza empujando a los niños, pero haciendo un giro de tal modo que la mano derecha me cayera debajo de la rueda izquierda, y los dos pies exactamente debajo de la derecha. De esta forma conseguía las tres fracturas. Luego levantaría rápido la cabeza para que el chasis del vehículo se encargara de los dieciocho puntos. Todo lo tenía planificado. Me ponía a pensar y veía a María Virginia cuidándome en la casa, trayéndome refrescos de guanábana y de limón, hasta que podía caminar un poco con la ayuda suya y me aparecía en el aula donde Jesusón y todo el mundo miraban envidiosos cómo María Virginia me copiaba las clases, y me le ponía márgenes azules a las libretas y me sacaba al receso. Todo eso pensé, compadre. Pero luego de dar cuatro recorridos por el pueblo sin ver niños ni carros ni un carajo, me acosté en un banco del Paseo a contemplar las estrellas. A mí me gusta contemplar las estrellas.

El Paseo de mi pueblo es solitario como un tipo triste, pero es lindo. Yo miré los árboles, la hilera de árboles contra el cielo, y parecía un camino entre las estrellas.

No llevaba allí ni cinco minutos, cuando de pronto me incorporé y salí a millón rumbo a los Edificios, porque empezó a cosquillearme la sensación algo extraña de que un niño se iba a caer de un quinto piso. Estuve un rato vagando por toda esa zona hasta que me convencí que en mi pueblo no había ningún edificio de cinco plantas. Por tanto ya estaba medio arrepentido y náufrago cuando miré al cielo y me quedé loco: Había un niño enorme aferrado a la estrella Polar, balanceándose peligrosamente. Claro que eso no podía ser, y me froté los ojos catorce veces, hasta que miré por decimoquinta vez, y advertí que el niño, que era más bien chiquito y manso, no estaba en el cielo, sino que el pobre se balanceaba en el balcón del tercer piso, y yo lo miraba contra el cielo en la misma dirección de la estrella polar. Imagínate. Me lancé hacia arriba a toda velocidad, a millón, gritando que el niño se iba a caer, y sentí la gente del primer piso abriendo sus puertas, siguiéndome medio dormidos y escandalosos escaleras arriba: ¡que un niño se mata, caballeros!, y las del segundo piso, que eran unas viejitas despeinadas y tristes, se sumaron también, y llegué al tercero, donde dos mujeres asomaban sus rostros somnolientos, y todos se juntaron a ver cómo este caballero que veis aquí, de rostro aguileño, se dirigía al balcón resueltamente. El niño estaba casi perdido, fuera de control, sin esperanzas ya, cuando una mano poderosa (ese fui yo) lo aferró



por el antebrazo como una tenaza. Así estuvimos casi media hora, la gente haciendo un silencio espantoso, sin moverse, sin respirar; pero qué va, era demasiado tarde: los dos íbamos abajo. Entonces, en un último esfuerzo, me incliné lo más que pude, y haciendo un giro de noventa grados, lo lancé en vilo hacia la muchedumbre, que abrían la boca y se tapaban los ojos, como si fueran a comerse una sorpresa de chocolate, o un pedazo de manzana; y por golosos se perdieron el instante en que les decía adiós, ya sin apoyo, sin un nada donde agarrarme, mientras las viejitas decían: ¡Jesús...!, todavía con los ojos cerrados, y un tipo ahí, tan pesado como Jesús, que dijo: ¡Se matooo!

La caída fue buena en sentido general, pero finalizando ya, a una velocidad de madre, sentí un traqueaíto en el tobillo, y otro golpecito en la frente que no me gustaron lo más mínimo. Luego me subieron a un carro con una bullería inusual, como si se hubiera acabado el mundo. En el hospital me enyesaron el tobillo izquierdo y un dedo de la mano derecha, y solamente me dieron once puntos en la cabeza.

De pronto entró un matrimonio sin pedir permiso ni nada. La mujer decía de lo más nerviosa que su hijo se había matado, su único machito. Yo miré a todas partes, pero no veía rastro del muerto. ¡Ay, mi hijito...!, decía la mujer mirando cómo el médico volvía a reconocerme. Ya yo estaba sintiendo lástima de ella, la pobre, que había perdido a su único machito, cuando advertí que era mi mamá en persona, que ahora se apoyaba a sollozar en el hombro de papá. El muerto miró hacia ellos y se le salió una lágrima: ¡qué lindos

se veían abrazados! Los hijos muertos unen mucho a los padres vivos.

Al fin se consolaron un poco viendo que el muerto hablaba y se movía, y aceptaron llevárselo para su casa. . .

Tener un accidente es la desgracia más cubanísima del mundo. Desde que me depositaron en esta maldita cama, te juro que han pasado más de quinientas viejas: ¡Es increíble! No parecían tener problemas. . . ¿Te duele mucho, hijo? Pobrecito. . . y por ahí para allá el copón divino. No ha venido nadie de los Edificios a decir que soy un héroe que salvó a un niño del abismo. Pero no me importa. Pronto llegará María Virginia: ¿qué tal un refresco de guanábana o de limón, qué tal si damos un paseo? Ella es mi amor, ella y yo en la Luna de Valencia. Ella y yo en. . . (María Virginia no solo es una de las mejores cosas que se ha inventado, sino que es una de las mejores cosas que se ha inventado).

MARÍA VIRGINIA ESTÁ DE VACACIONES



—*¡Veamos! ¡Quiero una cena rigurosamente espléndida, una francachela digna del siglo en que, según dicen, todo ha sido perfeccionado! ¡Que mis convidados sean jóvenes, ingeniosos y sin prejuicios, alegres hasta la demencia! ¡Que los vinos sean cada vez más fuertes y hervorosos, que tengan la virtud de embriagarnos durante tres días! ¡Que esta noche esté adornada de mujeres ardientes! ¡Quiero que el libertinaje, delirante y rugiente, nos lleve en su carro de cuatro caballos, hasta más allá de los límites del mundo...!*

BALZAC

I

EL LIBRO DE RICARDO

Este es mi libro. Aquí va todo desde el principio. Y el principio de todo fue la carta, la idea de la carta, el momento en que me senté a escribir sin sospechar que una carta fuera tan difícil.

CAPÍTULO 1

LA CARTA



Lo más difícil de una carta es empezar: ya tenía el cuarto lleno de papeles y no había hecho ni tres renglones; y eso que encima de la mesa tenía siete lápices con sus puntas afiladas, y dos lapiceros con tres repuestos cada uno. En realidad yo nunca había escrito una carta. Sin embargo, no me acobardé y prendí la lámpara de noche aunque fuera de día, a ver si se me alumbraban las ideas, y volví a coger el lápiz rojo, me acomodé, me concentré bien con el codo a cuarenticinco grados, aguantando la respiración, la vista fija, la luz dándome por la izquierda y la imagen de María Virginia diciéndome adiós desde la ventanilla... Todo eso hice, pero qué va, era un día de esos en que uno está como vacío y no puede agarrar ni la más mínima idea.

Saqué una cuenta y comprobé que solo tres personas podían ayudarme. Una era mi abuela, que cuando nueva se carteaba con un piloto francés y debía saber un mundo de cartas; el otro era Felicio, un tipo que trabaja en la oficina de papá; y el tercero era un viejito ahí que vive frente a la Secundaria y se pasa el día escribiendo con una pluma de pájaro, igual que los

egipcios, y un tintero, como hacía Martí, y que tal vez podía sacarme de este lío.

Así que agarré la bicicleta y fui a ver a mi abuela.

Cada vez que voy a casa de mi abuela, ella me pelea por todo y me atiborra de dulces y de galletas como si estuviera muerto de hambre.

—¡Pero, hijo!, ¿qué haces por ahí con este sol? Vas a coger un tabardillo...

Luego me alcanzó un plato:

—Dulce de fruta bomba... ¿O quieres un refresco? ¡No te quites la camisa en la sala, que estás sofocado!

No me dejaba ni hablar. Al fin pude explicarle el asunto, entre dos regaños y una cucharada de dulce, y enseguida abuela estuvo lista. Ella casi siempre está lista. Se sentó en un taburete, y luego de hablarme del piloto francés y de las cartas tan lindas que ellos se escribían, porque el difunto sabía español, me alcanzó un papel y un lápiz:

—Escribe tú, hijo, que yo estoy casi ciega.

Y empezó a dictarme:

María Virginia punto y aparte

Mi estimada novia dos puntos y aparte

Quiera Dios que al recibo de estas cortas pero sinceras líneas coma te encuentres bien en unión de tus familiares y demás seres queridos coma yo bien gracias a Dios punto y aparte

Te diré que si el Señor lo permite pronto estaremos juntos punto y seguido De esa forma dejaré de sufrir esta pena que la providencia me ha impuesto punto y aparte

Además Dios coma que todo lo sabe

—Deja, abuela, yo sigo la carta en mi casa. Mi problema era empezar.

Y fui hasta el Paseo, y me senté en un banco a hacer memoria, a ver si podía recordar alguna clase donde explicaran cómo hacerle cartas a María Virginia, pero únicamente vino a mi memoria la gorda de Español hablando de los adjetivos y los sustantivos.

Hacia casi dos días que María Virginia se había ido de vacaciones, como si pudiera disfrutarlas sin mí. Yo también estaba de vacaciones, pero era como si no estuviera. Desde que ella se fue, el pueblo fue poniéndose oscuro y sombrío, y empezaron los apagones. Y comoquiera que las estrellas se veían más brillantes con tanta oscuridad, no sé por qué yo miraba el cielo tan inmenso y tan como si nada.

Entonces no podía dejar de pensar en Virginita. Yo trataba de no pensar, pero ella sola se introducía en mis pensamientos y no me dejaba un solo minuto de tranquilidad.

Cuando llegó a Guanabo, María Virginia me pasó un telegrama diciéndome que estaba en la casa cincuenta, a cuya entrada había un caballito de mar y mil boberías. Pero no decía nada de cuánto me quería y adoraba, ni que estaba tan desesperada y tan loca por verme y abrazarme que no podía divertirse ni vivir ni respirar porque aquello más bien era un castigo. Nada de eso me decía la muy ingrata y olvidadiza, y me dieron deseos de irme lejos, bien lejos, y pasarme quince o veinte años sin volver a la casa, y que después nadie me reconociera tan maltratado por la vida y con tantas cicatrices por todo el cuerpo; pero luego me puse

a meditar y, como no soy rencoroso ni tacaño, llegué a la conclusión de perdonarla teniendo en cuenta que los telegramas pueden ser largos, pero no tan largos, no señor, y que la pobre seguramente formó un berrinche de madre en el Correo, y tuve que regañarme por ser tan mal pensado.

El Paseo estaba casi desierto y hacía un fresco sabroso debajo de los laureles; llevaba rato allí sin poder resolver nada cuando decidí ver a Felicio, y salí hacia la oficina de papá. Felicio es un tipo que se pasa el día escribiendo a máquina ratatá ratá ratatá, y sonreí al pensar en la carita de María Virginia, sentada en el portal, leyendo mi carta, cuya letra parejita disfrutaba a su gusto, sí señor, mientras enfrente el mar estaba azulito con el sol poniéndose en el horizonte, que es la rayita esa que se ve en el mar, donde parece que el mar se acaba. Me dio tanta alegría todo eso que en dos minutos llegué a la oficina y pregunté por papá.

—¿Filiberto Armas? —me dijo la recepcionista que apenas alzó la cabeza.

—Sí.

La mujer cogió el teléfono y marcó un número. Todo para ver si mi papá me autorizaba a entrar. Luego se volvió, sacó una cajita, extrajo unos modelos, y empezó a llenar uno con mi nombre y dirección, el día, el mes, el año, la hora de entrada... Finalmente ejecutó la operación inversa, ordenó la gaveta y los demás papeles que había encima del buró, y me alargó el papel.

—Le dice a Filiberto que lo firme y le ponga la hora de salida.

—Yo al que voy a ver es a Felicio —le dije como sin querer, porque me di cuenta de que había metido la pata.

—Tienes que esperar —me dijo. Y volvió a descolgar el teléfono y marcó otro número.

Yo aproveché y mediante un empujoncito la quité del medio y me colé sin papeles ni permiso ni un carajo, mientras ella se ponía molesta, irritada, compañerito, esto; compañerito, aquello, alteradísima; pero a mí no me paraba ni un batallón.

Felicio me pidió una pila de datos, más de la cuenta, y me dijo que pasara al día siguiente a recoger la carta.

Esa noche no pude dormir pensando que a lo mejor la carta se extraviaba, o algún cartero entretenido con su gorra de medio lado y su pita pita la perdía por el camino, o le caía un aguacero a la pobre y llegaba a las manos de María Virginia toda deshecha, como un náufrago mal herido.

Al otro día temprano caí en la oficina. Felicio no estaba, pero me había dejado la carta en la recepción metida en un sobre blanco con mi nombre, dirección y centro de estudios.

Me la eché en el bolsillo de la camisa, junto al corazón, y no la abrí hasta que llegué a la casa y me encerré en el cuarto.

Decía:

De Ricardo Armas Salteador,
natural de Cabaiguán,
hijo de Norma y Filiberto

y estudiante de Secundaria en el grado segundo.

A María Virginia López de Vega,
del mismo pueblo,
hija de Aurora y Pascual
y estudiante del mismo plantel.

Asunto: Enviarle los últimos datos que reflejan la situación de deterioro parcial en que se halla el remitente, cuya causa inmediata radica en la ausencia temporal de su admirada, querida y respetada destinataria, quien disfruta de unas merecidas vacaciones.

En realidad la carta no estaba tan mala, pero había algo que no me convencía del todo, y fui a ver al viejito que vive frente a la Secundaria. Me sentía un poco mal sabiendo que era mi última oportunidad, pero me animé otro poco pensando que a la tercera iba la vencida.

—Mire, señor, yo vengo a ver... como usted escribe tanto... yo vengo a ver si me ayuda a escribir una carta.

El viejo me miró con unos ojos rarísimos, como del año noventa y cinco en plena Guerra Civil Española, pero cuando yo le expliqué todo el asunto, con una adecuada organización de mis ideas, se le iluminaron los ojos, bastante acordes ya con la época, y me hizo pasar y sentarme en una silla extrañísima, como de quinientos años, para que estuviera como en mi propia casa. Luego se sentó a la mesa de escribir, extrajo del tintero su pluma de pájaro, y, tras concentrarse durante un rato, me preguntó:

—¿Cómo se llama la chica...?

Dime tú: ¡la chica!, pero no quise desconcentrarlo y le dije que María Virginia, para servirlo.

El viejo se inclinó sobre el papel y empezó a escribir de una manera automática, como si fuera un sonámbulo que anduviera por las nubes, mientras iba leyendo en voz alta:

Señorita María Virginia muy dueña mía estimadísima y sin par este vasallo vuestro cae a sus pies gravemente herido de amor y cautivado ante la belleza y la hermosura que vuestra imagen irradia que no habiendo doncella que

En aquel momento el viejo hizo una pausa para coger impulso y miró hacia arriba con los ojos semicerrados. Luego bajó la cabeza y prosiguió más rápido todavía:

se le compare en hermosura y refinamiento es que este caballero quien no ve la hora de llevar a buen término sus tan caros deseos de rendirse a vuestros pies y hacerla dueña y señora y reina suya es que decide tomar la pluma para

Yo nunca había escuchado una carta tan linda, estaba lelo, realmente maravillado, pero de pronto me entró una risa nerviosa (a veces yo estoy realmente maravillado y me entra esa risa nerviosa), y el viejo se puso de madre, ofendido y pico, y ripo la carta mirándome atravesado, con un odio, con un genio de esos viejísimos, y no me quedó otro remedio que irme.

Entonces no sé por qué me puse a caminar sin rumbo fijo, a ver qué se me ocurría, y da la casualidad que me encuentro nada menos que con Mariano Jesúsón, y me di cuenta de que tenía el día malo.

—¿Y qué, Rica...? ¿Qué te pasa? Parece como si tuvieras un problema.

—Y a ti qué te importa.

—A lo mejor puedo ayudarte...

Aquello fue como una lucecita, porque me acordé de que Mariano Jesusón es tremendo mechao y seguramente sabía algo de cartas.

—Pues... me hace falta escribir una carta.

—¿Una carta?

—Sí, una carta. ¿Tú sabes algo de cartas?

—Bueno, hay varios tipos de cartas: las privadas, las cartas comerciales, de presentación, las cartas de...

Mientras más lo miraba, más se me parecía a la gorda de Español. De pronto se interrumpió y me dijo de lo más serio:

—Oye, ¿para quién es esa carta?

—Y a ti qué te importa —le dije para que no fuera tan metido, pero luego me acordé de que si quería su ayuda tendría que explicarle bien todo el asunto y me dio un genio de madre.

Sin embargo, Mariano Jesusón me hizo una carta especialísima, con todas las partes que llevan las cartas, y tan bien hecha y tan curiosa que empecé a sospechar algo raro.

—Oye, ¿cómo diablos te quedó tan buena?

Me dijo que él escribía muchas cartas, casi todos los días, que estaba acostumbrado a hacerlas porque era filatelista coleccionador de sellos. Y me mostró un álbum ahí, con sellos del Zoológico de La Habana y de cuarenta mil tipos, pero yo no le creí ni media palabra.

La carta era una maravilla. Fíjate si quedó buena, que le hice dos o tres arreglos y en un dos por tres la pasé con mi letra a un papel rosado, le eché un poco de perfume, le dibujé dos corazones —el mío y el de ella—, le di catorce besos, un abrazo, y llegué al Correo.

—Certifíqueme esto —le dije a la empleada, mientras le entregaba la carta, todo sin dejar de pensar en María Virginia.

Ella la pesó.

—Trece centavos —dijo.

Ya yo iba a comprar el sello, cuando me interrumpió.

—Espera... ¿Qué dirección es esta?

Parece que la pobre estaba medio ciega igual que mi abuela.

—¿Usted no ve...? Casa cincuenta. Guanabo.

—¿Y la calle..., y las entrecalles, y el reparto?

Le expliqué que eso era asunto del cartero de Guanabo, que para algo era cartero y se sabía de memoria todas las casas número cincuenta, y que seguramente daba con María Virginia; pero no hubo forma de convencerla. Hablé con el administrador, que era más repulsivo y tacaño que ella, y fue como si perdiera mi tiempo.

Pero no me di por vencido, no señor, y por la noche volví al Correo a esperar el carro de La Habana que recoge las cartas en unas bolsas blancas, pensando que a lo mejor el chofer me hacía ese favor. Desde que le hice el cuento, el hombre empezó a reírse como si fuera buena gente y yo creí que tenía el problema resuelto, pero de pronto empezó a darme explicaciones

y me tuve que ir. Cuando tú pides un favor y empiezan a darte explicaciones, lo mejor es irse echando.

Entonces en la casa se me ocurrió una idea, la mejor idea, qué carajo, y le dije a mamá con una autoridad que no daba lugar a réplica:

—Oiga, arrégleme el maletín...

—¿El maletín?

Últimamente todo el mundo anda medio sordo.

—Sí, el maletín.

—¿Y a dónde se dirige el caballero?

—A Guanabo beach —le dije en inglés, para que no me hiciera más preguntas en tercera persona del singular.

CAPÍTULO 2

MI COMPAÑERO DE VIAJE

A mamá no le agradó mucho la idea, lo cual no me asombró. Ella siempre está con el lío de que yo no tengo fundamento ni hago nada que valga dos quilos; pero papá esta vez sí me apoyó, todo el tiempo de mi parte sin dudar en lo más mínimo, si yo era casi un hombre, por qué no, hecho y derecho, qué se figuraba ella. Aunque él no lo decía por defenderme, ni por creer que fuera verdad, sino más bien para que yo le llevara unos tabacos a su hermano Juancín que vive en Guanabo y fuma más que una chimenea.

Así que no esperé por nadie y rápidamente arreglé mi maletín, cuidándome de poner la carta en el fondo, estiradita, con el nombre de María Virginia hacia arriba, y bien envuelta con cuatro nailitos, dos cartuchos y un pedazo de impermeable.

Pero antes de irme debía conseguir un acompañante, ya que como el viaje iba a ser original y aventurero como el mismísimo viaje de Huck por el río Mississippi, debía llevar un acompañante buena gente como Jim, pero que supiera escribir y anotara bien todas las peripecias y los enredos que nos aguardaban por el camino. De esa manera, además de la carta, María Virginia podría un día entretenerse de lo lindo

reviviendo la historia de ese viaje y podría darse cuenta, la pobre, de cuánto valía y de lo que había hecho este caballero para demostrárselo.

Así que en cuanto me levanté al día siguiente, caí en casa de Ferna, que era el tipo ideal. Le conté el asunto emocionado porque yo sé que a él le privan las aventuras y los barcos, y seguramente se iba a arrebatar, sí señor, con una idea tan estupenda. En eso tuve razón. La idea le pareció buena, excelentísima en sentido general, pero particularmente él no podía ir, pues tenía que ayudar al viejo a guataquear un arroz.

Ferna es un tipo que siempre tiene que guataquear arroz, pero no le dije nada. Sus padres son un poco viejos y él tiene que ayudarlos.

Una vez fuimos a coger unos limones al patio de su casa, y me fijé que Ferna trataba de arrancar los más difíciles, aquellos que estaban casi en el copito de la mata, mientras dejaba los que tenía al alcance de la mano. Y todo para que siempre hubiera limones bajitos y los viejos no pasaran trabajo ni se hincaran con las espinas. Ferna es un tipo jodedor, pero en su casa se comporta como un viejo de cien años, como si fuera el padre de sus padres.

Por todo eso no le dije nada ni traté de convencerlo.

—Lo siento, compadre —me dijo casi llorando, al darse cuenta de lo que se iba a perder.

—No hay problemas —le dije—. No tienes que ponerte así.

Y ya me iba a ir apenado, cuando Ferna me regaló un lapicero amarillo y una agenda con todos los días de la semana y del mes y del año, para que la historia

quedara completísima, con lujo de detalles, puntos y comas, y todos los pormenores que llevan las buenas historias.

—Lo interesante de esos viajes —me dijo— es que hay que hacerlos sin dinero.

—¡Cómo sin dinero...!

—Sí..., teniendo pesos lo hace cualquiera. La gente se pasa la vida viajando de aquí a La Habana y de La Habana aquí con el bolsillo lleno de pesos, ¿y cuándo tú has visto que haya ocurrido algo interesante...? Para que sea una aventura verdadera, con muchos percances y sorpresas y acontecimientos, tienes que ir sin un quilo.

Este Ferna es un tipo original, pero yo llevaba ochenta pesos.

—Yo llevo ochenta pesos.

—Eso no importa. Llevarlos no importa. Se pueden llevar hasta mil por si se presenta algún peligro, algún incidente con peligro para la vida. Llevarlos es lo de menos. El asunto es no usarlos, a no ser en defensa propia.

Esta idea me gustó más y salí de allí convencido de que ese dinero era intocable. Para estar más seguro me comprometí a no usarlo, no señor, ni en defensa propia ni en defensa ajena ni en ninguna defensa, hasta poner los pies en Guanabo.

Ya iba llegando a casa de Robe, cuando me acordé de que el pobre está últimamente que no sale a ningún sitio, totalmente destruido y amargado por la basura que le hizo Alicia, y doblé rumbo a casa de Silvio Trompetilla con la idea de convencerlo. Sin embargo,

el muy embarcador se iba para un campismo ahí y me recomendó ver a los Catetos, que a lo mejor ellos... como nunca habían ido a la playa...

A mí personalmente no me agradó mucho esa iniciativa, pero de todas formas fui a ver a los Catetos, que nunca habían ido a la playa.

Hay padres que solo se ocupan de sí mismos. No se imaginan la falta que hace la playa, lo necesaria que es el agua de mar en la piel y extender la vista hasta el horizonte azul; hay padres que solo se ocupan de jugar dominó y hablar de pesquerías y de pelota.

Los Catetos estaban como siempre: pasándose bolas en la calle con un guante zurdo. Ellos lo único que hacen es jugar al taco y pasarse bolas con un guante zurdo.

Yo di un salto y capturé la pelota.

—Oigan... Ya que ustedes nunca han ido a la playa, ni saben la sabrosura de bañarse en el mar con las olas reventando espumosas contra la arena, ni han refrescado la vista mirando un horizonte enteramente azul, los invito a un sitio donde ni su madre ni su padre han sido capaces de llevarlos nunca por jugar tanto dominó y comer tanta mierda hablando de pesquerías y de pelota... Los invito a ir a Guanabo para que vean lo que es bueno y se den cuenta, so pencos, de todo lo que se han perdido por ser tan sanacos pasándose bolas y jugando tacos el día entero.

Yo pensé que con este discursito no me podían poner ningún pretexto, pero los Catetos son tan malagradecidos que se berrearon así como así, de buenas a primeras, y me dijeron engreído y alardoso

y que a ellos no les hacía ninguna falta ir a esa playa cochina ni un carajo.

Eso último fue lo que me sacó de quicio. Yo me hubiera ido de lo más campante, sí señor, pero lo de la playa cochina no se lo iba a permitir, no señor, frescos como eran. Además, qué diablos tenía que ver la playa con esta discusión; aunque ellos lo dijeron sin fijarse en que María Virginia estaba allá bañándose de lo lindo, pero yo sí lo sabía, sí señor, y no pude perdonarlos.

En la bronca, uno de ellos, que se faja como las mujeres y hasta tiene la cara de jeva y todo, me dio dos arañazos en la cara y una mordida en un brazo; pero fuera de eso, y de un golpecito en la nariz por la que eché un poco de sangre, no me pudieron ni tocar, con excepción de un cabezazo y dos patadas en la barriga ya cuando nos separaban...

Entonces venía medio desalentado, soplándome la nariz, con la cabeza hacia atrás para cerrar la hemorragia, cuando vuelvo a toparme con Mariano Jesusón. Qué tipo más atravesado.

—¿Qué te pasó, Rica?

—¿Te importa? —le dije, porque ya me daba lo mismo prenderme otra vez.

Pero él cambió de tema.

—¿Ya echaste la carta?

Eso lo dijo para que yo me acordara de que él me había hecho ese favor.

—No pude, pero la voy a llevar personalmente —le dije, y en ese justo momento volvió a encenderse la lucecita de las ideas: si Mariano Jesusón era tan especialísimo haciendo cartas, quién mejor que él

para que me acompañara y escribiera los pormenores del viaje.

A él le encantó la idea, pero no por lo interesantísima que era, sino para llegar a La Habana a una tienda que él conoce, y comprar no sé qué colecciones de sellos. De todas formas no me confirmó nada porque primeramente había que convencer a su familia.

La familia de Mariano Jesusón no es como la mía. Cuando yo quiero ir a un sitio y uno de los viejos dice que no y el otro que sí, ya tengo el viaje en el bolsillo. Pero Mariano Jesusón tuvo que esperar por su abuela de Sancti Spíritus, y estaba en tres y dos, casi ponchado, cuando se apareció la vieja.

Enseguida me mandó a buscar a mí para ver quién era ese amiguito. Desde que entré por la puerta, la vieja empezó a observarme a mansalva, a vacilarme, a investigarme con la vista. Era un tipo de viejas de esas antiguas, de pelo tieso y ojos mirones.

—¿De quién tú eres? —me preguntó, como si yo fuera un perrito o un conejo. Yo soy mío, qué carajo.

—Mi padre se llama Filiberto.

—Filiberto...

—Armas.

—¿De los Armas de Camagüey?

Yo soy de los Armas de Pinar del Río, pero le dije que sí para acabar de una vez y que la vieja hiciera lo que le diera la gana.

—Menos mal, hijo —siguió ella—, que eres de Camagüey, porque los Armas de Pinar del Río son sinvergüenzas...

Si le hubiera dicho que soy de Pinar del Río, me hubiera hablado mal de los Armas de Camagüey. Esta gente es así: polvorienta.

La vieja siguió averiguando cosas: de los pasajes, de la hora, de las innumerables veces que yo había ido a La Habana...

Por último se quedó pensativa y luego de un breve cuchicheo emitió su veredicto:

Ella tenía la opinión de que ese viaje no era nada aconsejable, Marianito era muy niño todavía; pero teniendo en cuenta que su amigo —ese era yo— pertenecía a una buena familia, y que ya teníamos los pasajes y nos iban a esperar en la Terminal de La Habana, en ese caso, ella daba su aprobación.

Todo eso dijo, y Mariano Jesusón comenzó a brincar y a saltar de la alegría.

Cualquiera salta de alegría y todo el mundo se da cuenta, pero cuando Mariano Jesusón salta de alegría solo lo entiende su familia: sus brincos son tan desparramados y monocordes, que más bien parece que le dio un ataque.

CAPÍTULO 3

A LAS MUJERES NO HAY QUIEN LAS ENTIENDA

Esa noche me acosté temprano, pero como la claridad de la luna se filtraba por el ventanón, había una semipenumbra demasiado agradable, especial para imaginarse el futuro, y no lograba dormirme.

Después de un rato pensando en María Virginia, en nuestra despedida inusual y en su salida brusca y sorpresiva, y después de imaginarme el futuro, llegué a la conclusión de olvidar el asunto y no romperme más la cabeza. En definitiva, a las mujeres no hay quién las entienda.

Primero fue el caso de Alicia, la mosquita muerta, monitora como de cinco asignaturas; y luego María Virginia con su respuesta descabellada y tonta que me dejó con este sabor de hormigas locas en las encías. Yo pensaba en todo eso, y me nacía un dolorcito en el pecho y en la boca del estómago.

María Virginia y yo éramos como una sola persona. No teníamos más que mirarnos, aunque fuera de espaldas, para saber que estábamos pensando en una isla solitaria, en nosotros mismos, o en alguna excursión al Mississippi. A veces cuando me hablaba y no la oía, se quedaba mirándome comiquísima, con los ojos atravesados, llenos de odio, pero con la boca a punto de

sonreír; y yo adivinaba que me iba a regañar por pensar tanto en las nubes... Y era verdad que estaba pensando en las nubes, en lo desolado que sería el mundo sin nubes, donde siempre habría un cielo aburridísimo y la gente no miraría hacia arriba.

De modo que siempre nos adivinábamos. Si yo decía: «Un capitán de quince...», María Virginia decía: «...años». Si decía: «Un capitán...», ella le agregaba los quince años. Otras veces casi no me dejaba hablar y en cuanto decía: «Un...», ella proseguía: «...capitán de quince años», todo con la misma entonación y con el mismo énfasis con que yo empezaba. Cuando me reía, ella se ponía seria. Si tenía hambre, ella tenía sed. Si yo no atendía en el aula, cosa que diariamente ocurría, la pobre se pasaba el turno copiándome las clases con su letra especial y sus márgenes azules. En fin, éramos el uno para el otro.

Pero entonces ocurrió lo de Alicia y Robe. Yo tuve que oírlo y después pensarlo, y después verlo para creerlo. Ellos también eran igualitos. Eran tipos de esos que siempre andan juntos como si fueran una sola persona. Las pocas ocasiones en que Robe estaba solo, no hacía más que hablar de Alicia, mientras ella se encargaba de dibujar corazones y flechas con los nombres de Alicia y Robe en todas partes, para que las paredes, las puertas, los árboles, los pupitres, y la esquinita de la pizarra, sintieran en carne propia cuánto se querían y adoraban.

Una vez Mercy cogió un metido de madre con Robe, y ella misma, Alicia, tuvo la idea de pelearse por un mes para que él hiciera el papel de hombre. Robe

se negó todo el tiempo, demostrando la más absoluta frialdad ante un gesto tan hermoso.

Un día Ferna se lo dijo, que dejara la bobería, a las mujeres había que llevarlas recio; a las mujeres, por ejemplo, si uno quedaba en verlas a la entrada del cine con papeletas y todo, había que dejarlas embarcadas las primeras cinco veces e irse con los socios para la matiné, o por lo menos perderse una semana de pesquería. Que se espabilara un poco que se la iban a dejar en la uña. A las jervas había que hacerles mucha conciencia, constantemente había que hacerles conciencia. Si uno acordaba recogerlas en su casa a las dos de la tarde, con palabra y todo y testigos, por ninguna razón del mundo debía llegar antes de las diez y media de la noche, para que así se impacientara bien, y sufriera, y se mordiera los labios o se comiera las uñas y la yema de los dedos. Había que enseñarlas, a las mujeres siempre había algo nuevo que enseñarles. Cuando la novia de uno estuviera entre un grupo de muchachitas, aunque fuera en una reunión, y uno se aparecía en ese momento, ahí mismo terminaba todo: inmediatamente ella tenía que dejar el hableteo, ni siquiera podía terminar la frase, oyera bien, para salir corriendo como una loca y venir a abrazarte, a besarte, a mirarte con mucha ternura como si hubieras regresado de las aventuras más peligrosas.

Así que se le había explicado claramente el asunto. Él lo escuchaba todo en silencio, mirando hacia el piso, pero no creía ni media palabra. Era tan cabeciduro como Mariano Jesusón. Verdad que al principio hasta yo mismo creía que Ferna exageraba, pero luego de lo que pasó Robe, no me quedó la más mínima duda.

Robe, por su parte, siguió comiendo bolas y compartiendo con Alicia su merienda, llevándola hasta su casa, repasándola mucho para las pruebas a pesar de que son las muchachitas quienes deben repasarnos a nosotros que somos unos brutos del diablo, con unas letras horribles y no nos gusta la escuela...

En fin... un día, de la noche a la mañana, Alicia se la dejó en la uña. De buenas a primeras se apareció del brazo de uno de los jimaguas, como si nada, como si hubiera cambiado de vestido. Imagínate. Todavía el pobre Robe anda desconsolado, esquivando a los socios para que no hablen de ese tema. Se ha vuelto un tipo de la casa a la escuela y de la escuela a su casa. Nada de fiestas ni excursiones ni cine ni pesquerías. Hasta su mamá me llamó una vez para que lo invitara a salir y a divertirse, y no siguiera tirado en la cama mirando el techo y pensando en las musarañas. Robe había hecho de Alicia el centro de su vida, el motivo de su vida. Entonces uno también se iba acostumbrando a verlos. Yo los miraba tan alegres, tan felices, que empecé a respetarlos, a admirarlos, casi a tomarlos de modelo, y me hice la idea de que era eterno y empecé a fabricarme un mundo con ellos, con la felicidad de ellos; un mundo que iba ocupando un lugarcito en mi propio mundo, que se iba consolidando poco a poco, trabajosamente, un mundo bonito; y cuando más confiado estaba, zas, Alicia se aparece del brazo del jimagua, con la sonrisa más descarada y hueca que hay, y el mundito se tambaleó, se derrumbó, me cayó encima, para seguir golpeándome cada vez que veo a

Robe silencioso y triste, como la mitad de una persona, con los ojos turbios mirándose los zapatos.

Yo no había empezado a utilizar la táctica de Ferna, pero cuando sucedió todo aquello de Alicia y Robe, lo primero que hice fue dejarle de hablar a María Virginia durante cinco días consecutivos, y me fui por ahí por los barrios con las manos en los bolsillos como un bitongo a ver si algún guapito se equivocaba y me tiraba una piedra, o me ofendía, o me miraba aunque fuera un poco atravesado, o se le ocurría cualquier disparate; pero nadie quiso fajarse conmigo.

Entonces llegué adonde María Virginia como si nada hubiera pasado, para que se diera cuenta de que en lo adelante mi vida sería así: desordenada y bohemia como un gitano.

—¿Dónde has estado metido? —me dijo.

—¡Qué jodido es acostumbrarse a algo...!

—¿Por qué? —me preguntó medio despistada.

—Me acostumbré a verlos, tan parecidos, me fabriqué la idea de que era eterno...

—¿Qué tú estás hablando? —María Virginia no me entendía. Era una de las veces en que no me entendía.

Yo hice un esfuerzo:

—¡Nada, chica! Que viéndolos así, me había creado un mundo y de pronto se desbarató, se hizo mierda.

—¡Qué te pasa a ti, Rica! ¿Qué mundos son esos?

Esa vez María Virginia estaba torpe y no le expliqué más nada, pero al día siguiente le advertí que no la quería ver hablando con Alicia, ni con ninguna monitora, ni cruzando por las calles donde vivían, ni saludando a sus familiares. Ella estaba un poco con-

fundida y la invité a comer helados. Entonces, para empezar, la dejé con las copas encima de la mesa, esperando el agua que yo iba a llevarle, y me fui al diablo, para que viera que yo era un tipo que la vida me importaba un comino y que lo mismo me daba ocho que ochenta.

Luego la vi el jueves, tres días antes de que se fuera para Guanabo, y le expliqué que los grandes amores requerían muchas pruebas e incontables sacrificios; necesitaban infinidad de privaciones para que luego se supiera cuán verdaderos y cuán hermosos eran, y le dije que, para empezar, íbamos a permanecer cinco años exactos sin dirigirnos la palabra y haciéndole creer a todo el mundo que estábamos peleados a muerte. Durante ese tiempo ella me sería fiel y puntual, escribiéndome una carta todos los meses donde debía decirme de su soledad y su tristeza, y hablarme cariñosamente de cuánto me necesitaba y del poco valor que le concedía a la vida. Por mi parte, yo me comprometía a no ligarme más de diez novias, a razón de dos por año. Si por cualquier circunstancia, ajena o no a mi voluntad, me excedía en el número acordado, ella estaba en todo su derecho a no escribirme al mes siguiente más que dos párrafos y medio.

Todo eso le expliqué con lujo de detalles, puntos y coma, sin que ella me interrumpiera. No sé por qué diablos se puso colorada y seria, ni mucho menos por qué reaccionó de aquella forma, alteradísima, y me dijo que cinco no, que nos íbamos a pelear para siempre, que qué me figuraba yo, y me dio la espalda.

Ella sabía que mi decisión era irrevocable. Cuando yo tomo una decisión, soy un tipo irrevocable.

Sin embargo, como ya habían pasado tres días y la pobre estaba sufriendo tanto, no quise ser demasiado severo, y el mismo día que se iba para Guanabo, a la hora exacta, fui a despedirla.

Ya la guagua se alejaba cuando llegué, sin mucho apuro, con las manos en los bolsillos, como el que no quiere la cosa. Ella asomó la cabeza y no pudo contenerse. Empezó a decirme adiós, a ponerse chiquita diciéndome adiós, casi llorando; como un retrato su carita contra el cristal, hasta que solo distinguí la guagua, todo el conjunto de la guagua, que parecía una manchita que se hundía en el paisaje.

Así fue todo. Por eso decía que a pesar de la semipenumbra, no iba a pensar más en María Virginia. Total. Nadie la mandaba a ser tan impulsiva.

CAPÍTULO 4

SALIMOS DE VIAJE Y MARIANO JESUSÓN CONOCE A UN FILATÉLICO

Me levanté a eso de las cinco. Desayuné, me vestí y salí casi sin despedirme. A mí las despedidas y los besos y los abrazos cuando voy a irme me recuerdan la beca, y no me caen ni regular.

El pueblo estaba en silencio. Los viejos madrugadores iban tomando café de bar en bar, tan silenciosos que parecían sombras. Di una vuelta por las calles más importantes, una especie de bojeo, para dar tiempo a que amaneciera. Hacía fresco a pesar del verano, y los viejos, entre café y café, respiraban aturridos y felices. Era la hora de los viejos.

Al fin no pude esperar más y llegué a casa de Mariano Jesúsón.

—¿Y eso tan temprano? ¿Los pasajes no son para las nueve? —me preguntó su mamá, que siempre está hablando de horarios.

—Sí, pero a veces paran guaguas de Oriente —le dije yo, que no sé por qué siempre estoy hablando con gente que habla de horarios.

Solté el maletín y me senté en la sala a esperar por Mariano. La casa de Mariano es igualita a él: cabezona, grande por gusto, con una sala enorme y seguramente

las demás habitaciones son chiquiticas. Estaba observando los adornos de la mesita del centro que parecía un zoológico con tantos elefantes y perritos y monos y hasta un tiburón con la boca abierta, muerto del hambre, cuando salió Mariano Jesúsón y me quedé loco.

La ropa y los zapatos estaban bastante bien, acordes con la época, pero andaba con una maleta de madera de pleibo con dos cáncamos y un candado enorme, como si fuera para alguna escuela al campo.

Yo iba a criticarlo a ver si rectificaba, pero me dio pena herirlo y solo le dije que parecía un guajiro sanaco de esos que no habían soltado el arique.

Él no respondió. Los guajiros que no han soltado el arique casi nunca responden, ni siquiera en una clase de Geografía.

Por fin salimos, luego de que Mariano Jesúsón le dio besos y abrazos hasta a la perra, obligándome a mí a hacer lo mismo; y cuidense, hijos, no lleven todo el dinero en un solo bolsillo, el telegrama, Marianito, acuérdate..., todo como si fuéramos a China o a la Unión Soviética.

Aunque lo peor del caso fue que salimos a la calle en el momento en que todas las viejas estaban afuera, con un litro de leche vacío en cada mano, y se pusieron a mirarnos a mansalva con la misma mirada de la abuela de Sancti Spíritus, como si dijeran: ¿y estos a dónde irán?

Yo me hice el desentendido y rápidamente torcí por la calle Masó.

—¿A dónde vas? —me preguntó Mariano con la misma expresión de las viejas, que era la misma de su abuela, y tuve que hacerme el entendido y explicarle

que los pasajes eran para la guagua de Placetas, que no se preocupara que un socio nos iba a llevar hasta allá.

—¿Qué socio?

—Coco.

—¿Qué Coco?

—El hermano de Bemba.

Yo pensé que me iba a decir qué Bemba, para mandarlo al diablo, pero esos datos le parecieron suficientes y llegamos a casa de Coco cuando el sol, amarillito, empezaba a salir por encima del pueblo y de los árboles, y por debajo del cielo y de unas nubecitas viajeras.

Enseguida Coco salió con su mujer y varios maletines.

—Arriba, que andando se quita el frío —dijo, y nos indicó que subiéramos a la cama.

Así lo hicimos, mientras ellos entraban a la cabina.

La camioneta arrancó y al poco rato ya íbamos por la Carretera Central a lo largo del Paseo, y salimos afuera mirando cómo el pueblo se alejaba con sus dos iglesias sobresaliendo a la misma altura que el sol, hasta que en la curva de la escuelita lo perdimos de vista. Mi pueblo se pierde de vista en la curva de la escuelita. Antes, cuando yo iba para la beca, siempre me quedaba mirando el pueblo hasta que lo perdía de vista en la curva de la escuelita, y ya no sentía deseos de mirar más nada. El pueblo donde uno nace nunca debe perderse de vista, para que nunca se te quiten los deseos de mirar.

Sin embargo, ahora me sentía bastante alegre viendo los campos sembrados de arroz y los platanales, con el aire de frente revolviéndome el pelo, y pensando que

cada minuto que se iba estaba un kilómetro más cerca de María Virginia.

Como a la media hora llegamos a Placetas. Así que solo nos faltaban unos trescientos kilómetros. Nos bajamos en la curva del semáforo porque Coco se desviaba para Caibarién, y seguimos a pie hasta la salida.

Cuando estamos en clases, las mañanas se llenan de gente, de vejigos en uniforme, de madres apuradísimas, y de bicicletas y camiones en un corre corre del diablo; pero como ya era vacaciones, Placetas estaba vacío y muerto. Placetas es un pueblo largo, con muchas calles derechitas y anchas, anchísimas. Está tan bien trazado y construido, con todas sus esquinas a noventa grados, que uno se siente como si estuviera en una clase de Geometría. Los pueblos deben tener sus calles anchas y sus avenidas y paseos, pero también necesitan calles estrechas con curvas raras, y callejuelas sin salida para que no haya tanta perfección. A mí no me gustan las cosas con demasiada perfección.

Cuando llegamos a la Terminal, Mariano Jesúsón soltó la maleta y se desplomó en un asiento como si ya estuviera en Guanabo. Todavía el pobre se creía el cuento de los pasajes.

—¡Tú eres bobo! Yo no tengo ningún pasaje, ni nadie va a esperarnos en la Terminal de La Habana ni un carajo...

Para qué fue aquello. Mariano Jesúsón se puso pálido y confuso, y yo pensé que le iba a dar un ataque.

Entonces, para consolarlo en aquel momento difícil, saqué del maletín la agenda y el lapicero que me había dado Ferna y se lo entregué solemnemente.

—¿Y eso?

—Para que escribas.

—¿Qué cosa?

A Mariano Jesusón hay que explicárselo todo con lujo de detalles. Le dije que él era un tipo mechao que sabía escribir y, por unanimidad, ya que yo era el único votante, lo había elegido para escribir toda la historia del viaje.

Él se consoló un poco, pero luego empezó a lamentarse:

—¿Y ahora qué me hago para pasar el telegrama?

—Ya encontraremos la solución.

Mariano se pasa la vida pasando telegramas. Cuando va a Guayos o a Sancti Spíritus, que son dos pueblos pegados a Cabaiguán y se puede ir hasta a pie, él siempre pasa un telegrama: «Mami, llegué bien».

A veces ya está en su casa durmiendo cuando llega el telegrama.

En ese momento se me ocurrió una idea para resolver el asunto.

—¡Ya sé, Mariano! El telegrama lo pasas de Santa Clara. En los telegramas nadie se fija en esos detalles. La gente solo lee los textos —le dije, pensando que lo iba a tranquilizar, y me salió con eso de que él no le decía mentiras a su familia.

—No será ninguna mentira, Mariano. Si tú llegas bien a Santa Clara y le dices a tu mamá: «Llegué bien», ¿estás diciendo alguna mentira?

—Sí, porque ella va a pensar que llegué bien a La Habana.

—En ese caso la equivocada será ella.

La cosa estaba clara, clarísima, pero Mariano Jesusón estaba turbio y no quería entender... Luego

pasé tremendo trabajo para convencerlo de ir a coger botella a la salida. Él es un tipo ateo que no cree en las botellas. Yo creo más en las botellas que en las guaguas.

En fin, el caso fue que atravesamos el pueblo más allá de los elevados y nos situamos a la expectativa, debajo de una mata. No había nadie cogiendo botella, y me dio el pálpito de que la buena suerte nos iba a acompañar: el cielo estaba limpio, de un azul parejo y agradable, idóneo para la buena suerte.

No llevábamos allí ni dos horas, cuando llegó una maquinita sonando de lo más raro, como si tuviera bronquitis o tos ferina, y se apagó junto a nosotros. Encima de la máquina venía un botecito plástico de lo más cómico, amarrado bocabajo y con la punta hacia adelante. Mariano Jesusón, que no sabe nada de ética, ya iba a pedirle botella, pero yo lo detuve y le expliqué que el hombre debía estar berreao y pico con el lío del carro roto y lo iba a mandar al diablo, que era preferible esperar a que el hombre resolviera el problema y respirara feliz, y hasta se fumara un tabaco y todo...

Pero qué va, nada de eso ocurría. El tipo tenía el capó levantado y tarequeaba con medio cuerpo dentro del motor, hasta que salía sudando con el rostro contraído y el pelo revuelto.

Nosotros nos fuimos aproximando poco a poco, cautelosamente, hasta que Mariano Jesusón, que es tremendo intruso y tiene peo de mecánica, metió la cuchareta:

—Esas son las bujías —le dijo, y el hombre le echó una mirada como si quisiera comérselo, llena de malas palabras y de culebritas y ciempiés y cuarenta

mil bicharracos; pero después de otro rato sudando sin poder resolver nada, le preguntó:

—¿Tú sabes algo de mecánica?

—Un poco —dijo Mariano.

Y acto seguido cogió una llave y sacó varias bujías, las miró bien por abajo y se las mostró al hombre.

—Mira...

El hombre dijo que sí con la cabeza, asombrado de Mariano Jesúsón. Luego trajo un mechero, lo encendió, y entre ambos calentaron bien las bujías. Mariano Jesúsón le dio unos golpecitos y las bujías soltaban como unas cascaritas. Finalmente las limpió bien con gasolina, las secó, y las colocó de nuevo.

—Arranca —le dijo, como si fuera el dueño del carro, mientras él miraba dentro del motor.

El tipo giró la llave y el carro arrancó al momento, parecía nuevecito. Entonces, por primera vez se fijó en nosotros, con aquella maleta y el maletín.

—¿Para dónde van?

—Para La Habana.

—¿En botella?

—Sí...

—Pues monten —dijo el hombre así como así, con una sola frase, que era la que hacía falta, porque parecía que el tipo no era hablantín.

Nos acomodamos en el asiento de atrás, bien repochados. Alante iban el tipo y su mujer, que apenas movía los labios, y cuando ya habíamos recorrido como diez kilómetros, Mariano le preguntó:

—¿Para dónde usted va?

—Yo llego hasta Guanabo —dijo así como así, como si nada, como si hubiera dicho algo normal.

Aquello me parecía mentira. Yo estaba arrebatado, pensando en María Virginia tostándose en la playa, con la vista perdida en el infinito para poder sobrellevar su tristeza, pero el que más contento iba era Mariano Jesusón, seguramente pensando en su dichoso telegrama.

—A las seis estamos en Guanabo —me dijo.

Yo me sentía mejor que en mi propia casa, y ni siquiera contesté. Cuando yo me siento mejor que en mi propia casa, casi nunca contesto. Por la ventanilla se colaba un aire sabroso y fresco. Era agradable mirar el paisaje. Y para más comodidad, el tipo puso el juego de pelota entre Cuba y México.

Junto a nosotros iban unos paquetes de correo, medio abiertos, y Mariano no pudo dominarse:

—¿Esos paquetes son suyos?

Qué le importaría eso a Mariano Jesusón.

—Sí...

—Yo lo decía por si no quiere los sellos... Yo colecciono sellos.

—¿Eres filatélico...?

—Sí —dijo Mariano Jesusón orgulloso, como si le hubieran preguntado si era diplomático.

—Yo también —dijo el hombre.

Imagínate. Se prendieron a hablar boberías, de la colección esta y de esta otra, y me tenían mareado sin poder oír la pelota. Encontrarse a un filatélico es una fatalidad indiscutible, pero andar con dos filatélicos es el colmo de la salación.

—¿Tú tienes la colección del vuelo Sevilla-Camagüey?

—Sí, cómo no... aunque yo esencialmente colecciono deportes... ¿Tú tienes los de la Olimpiada de Ajedrez... y los Juegos Panamericanos?

Me tenían al volar, habla que te habla. Echamos gasolina en Manajanabo, y los tipos hablando de sellos; cruzamos Santa Clara por toda la Carretera Central, con sus tres semáforos y la Terminal y el INPUD, y todavía estaban hablando de sellos.

Cuba perdiendo el juego cinco a cuatro, octavo inning, con dos outs en la pizarra, y ellos hablando de sellos.

En ese momento vino a batear Muñoz, con Fernando en tercera y dos outs.

—A que Muñoz la desaparece —le dije al tipo, a ver si no hablaba más de sellos.

—No, hombre, no, este Muñoz es un amarillo —me soltó, como si hubiera dicho la verdad más grande del mundo, y siguió hablando de sellos.

Y da la casualidad que Muñoz se poncha —se ponchó no, sino que el árbitro ese medio ciego le cantó el tercero con una bola afuera—, y el tipo se embulló a hablar boberías.

—¡No te lo dije!, que era un amarillo. Yo mejor hubiera llevado a Marquetti.

—Qué va... Muñoz es mejor que Marquetti.

—No sea bobo, Muñoz es un amarillo. Cómo va a comparármelo con Marquetti, ¿no es verdad? —dijo, mirando para Mariano Jesusón.

Este sonrió y, como es filatélico y vendido, le dio la razón al tipo.

—Yo hubiera llevado a Marquetti —volvió a decir el hombre, como si fuera el director del equipo Cuba.

—Marquetti está viejo, y no batea más que Muñoz.

—No sea bobo —dijo—. Ese es el más oportuno de la pelota cubana.

—¿Más que Muñoz?

—Muñoz es amarillo.

Quién ha visto a un filatélico hablando de pelota. Mariano Jesusón me dio un pellizco en la barriga, como las hembras, que son las que dan pellizcos en la barriga.

—A ver —me dijo el hombre—, ¿quién metió el jonrón contra los americanos?

—Bah, eso fue un chifle.

—¡Un chifle! Y primero la botó de foul.

Yo nunca había visto a un tipo tan estúpido. Habanista de esos que no saben discutir.

—Muñoz también lo hubiera dado.

—Sí, ya lo creo, mira lo que hizo ahora. Ese Muñoz es un amarillo.

—Y Marquetti un papalote.

—A Muñoz yo lo hubiera mandado a cortar caña.

—Y yo a Marquetti.

—Usted es un vejigo que nació ayer.

—Y usted es un filatélico...

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que eres habanista.

Mariano Jesusón, que también es filatélico, volvió a pellizcarme.

—Habanista no. Los mejores peloteros son de La Habana.

—Y de Las Villas —le dije.

Entonces el tipo cogió impulso.

—¿Quién es mejor, chico... Jova o Puente... Muñoz o Marquetti, Capiró o Enrique Oduardo? ¡Usted

no sabe ni hostia de pelota! ¡Y dónde me deja a Changa, a Hurtado, a Walfrido!

—¿Y, usted... dónde me deja a Huelga, a Macías, a Gaspar Legón?

Y no pude seguir dando nombres porque Mariano Jesusón volvió a pellizcarme.

—¡Qué te pasa, viejo! —me volví—. Pareces una jeva dándome pellizcos.

Mariano Jesusón me hizo una seña y rápidamente advertí que aquella discusión con el habanista filatélico no tenía sentido.

Pero el tipo seguía entonado.

—¡Usted no sabe ni dónde está parado! Yo llevo cuarenta años oyendo pelota para que nadie venga a hacerme un cuento.

—Está bien, compadre —le dije—. Usted es un salvaje.

Para qué fue aquello. El tipo se puso colorado y montó un berro del diablo, así como así, como si le hubiera mentado la madre, y frenó la máquina. Estaba irritadísimo, con la sangre hirviendo.

—¡Salvaje yo! Usted es un fresco y un malcriado, ¿oyó?

Yo agarré mi maletín y me bajé a millón mientras Mariano hacía lo mismo por la otra puerta.

—Oiga... Yo quise decirle que usted sabía mucho —traté de explicarle, porque salvaje puede ser un tipo bruto, cavernícola, pero salvaje también es un tipo bestia, que filtra un paquete. Todo eso traté de explicarle, pero el tipo era tan salvaje que no quería entender.

—¡Salvaje yo! ¡Salvaje yo! —era lo único que repetía caminando de un lado a otro, mientras su mujer seguía sin quitar la vista de un libro.

Por fin el tipo subió al carro.

—¡Ahora se van a pie!

—Mejor —le dije, porque ya estaba cogiendo genio—. A nosotros no nos hace falta ese cacharro...

—Ajá... Vayan a pie...

—¡Ojalá se ponche! —le dije cuando salía—. ¡Ojalá se ponche de las cuatro gomas y se vuelque y choque con un tren! ¡¡Marquetti es un amarillo!!

Eso último se lo grité para que no fuera tan comemierda...

Estábamos cerquita de Santa Clara, en un batey que se llamaba Antón Díaz.

Realmente me sentía un poco mal, no tanto por quedarnos a pie, sino porque no sabía cómo iba la pelota; pero Mariano Jesusón sí estaba destruido, el pobre. Ni siquiera quiso discutir conmigo, ni decirme nada. Se sentó sobre la maleta de pleibo y se puso a llorar como un bitongo, seguramente pensando en el telegrama.

Cuando yo veo a uno llorando sentado en su maleta de pleibo en plena Carretera Central, enseguida me da sentimiento. Así que me desplomé sobre el maletín y los dos estuvimos llorando como quince minutos...

CAPÍTULO 5

LO QUE NOS OCURRIÓ AL EFECTUAR EL LAZO DE SANTA CLARA

Cuando uno llora, es como si cayera un aguacero negro y grimoso y el mundo fuera a acabarse; pero cuando uno termina de llorar, es como si de pronto saliera el sol, luminoso y sereno, calentando las calles y dejándolo todo limpiecito.

Digo esto porque de buenas a primeras dejamos de llorar, y yo me sentía tan bien como un pueblo limpio después del aguacero.

Ya Mariano se estaba recuperando, pero para darle más tiempo, dejé que se sentara debajo de una mata, bien concentrado y silencioso, a escribir todo el principio de la historia, mientras yo me dedicaba a parar botella.

La botella es cuestión de suerte, pero también de habilidad. Hay numerosas formas válidas de coger botella, aunque en todas lo primero que hay que hacer es olvidarse de los Moskovich y de los yipis cuatro puertas, pues, aunque crucen vacíos, tienen serios problemas para recoger extraños. Cuando yo estaba en la beca y salía de pase, rápidamente trataba de ir hasta un semáforo. Como a los choferes les molesta tanto hacer paradas, uno va al semáforo y los puede sorprender mansitos y zonzos. Si no había semáforo



por todo aquello, trataba de ubicarme cerca de las muchachitas de la universidad, que son unas tipas rubias de pelo largo y de la suerte buena. La otra posibilidad consistía en algún grupito de reclutas, aterrillados los pobres, de quienes los choferes se compadecen mucho.

Pero como donde nosotros estábamos ahora no había semáforo ni reclutas ni rubias de la universidad ni buena suerte siquiera, sino más bien una recta larga y loma abajo que aprovechaban los carros a gran velocidad, ya llevábamos allí más de dos horas haciendo señas y los choferes seguían como si no nos vieran, como si fuéramos matas de guásimas o palos de la luz. No hay nada más triste que ser un tipo palo de luz.

Ya debía ser tardísimo porque de pronto empecé a sentir hambre y lo que vino a mi mente fue una pizza calentica, con el queso derretido encima y goteando puré de tomate. Cada vez que yo tengo mucha hambre, en lo primero que pienso es en una pizza calentica.

En ese momento tuve una idea y le dije a Mariano que cerrara el capítulo para poder hacer igual que los mambises.

—¿Igual que los mambises?

—Sí, viejo. ¿Cuando la guerra, los mambises no hicieron el Lazo de Calimete?

—Pero eso fue hace más de cien años.

—¿Y tú qué piensas... que todos los Lazos hay que hacerlos en la misma fecha y lugar? Cada cual hace su lazo donde haya condiciones favorables, o donde le dé la gana. Como aquí no paran ni los tractores y ya es tardísimo, tenemos todas las condiciones creadas para

efectuar el Lazo de Santa Clara, que es un lazo que no ha hecho nadie.

Esta idea le pareció aceptable porque ya me había dicho más de tres veces que estaba muerto de hambre.

—Está bien. Vamos a coger la local —buscó menudo en sus bolsillos; este Mariano Jesúsón no entiende nada.

—¿Por dónde llegamos aquí, Mariano?

—¿Cómo por dónde?

—Sí..., ¿por qué vía?

—Por... la Carretera Central, ¿no?

—Y si cogemos esa local, ¿por dónde viramos?

—Por la Central... —dijo medio confundido.

—¿Entonces? —le dije, para que acabara de entender.

—Entonces, ¿qué?

Mariano Jesúsón es tremendo mechao, pero a veces se pone más bruto que un caracol. Tuve que explicarle que si cogíamos la local no hacíamos ningún lazo, ni siquiera un nudo, sino un palante y patrás chapucero como un enredillo.

—Para que sea un lazo verdadero —le dije—, hay que desviarse por algún camino y de alguna forma llegar otra vez a Santa Clara.

De modo que caminamos un buen pedazo por la Carretera Central, acercándonos a Santa Clara, hasta que vimos el primer terraplén que se adentraba a la derecha con tres o cuatro casitas a cada lado, todas con maticas de rosas y de vicarias y otras flores.

La tarde estaba fresca. El sol se escondió detrás de los árboles mientras nosotros nos internábamos por

aquel paraje solitario, sembrado de eucaliptos y de pinos, que parecía infinito. El suelo era rocoso, con muchas piedras violetas y negruzcas; o sea, el escenario más idóneo para alguna insospechada aventura.

Íbamos así, caminando entretenidos, cuando vi un movimiento extraño por entre los árboles, y me lancé velozmente a la cuneta. Le fui a avisar a Mariano, pero este ya estaba al lado mío, bastante nervioso.

—¿Qué pasa?

—No sé... Mira para allá.

Alzamos un poco la cabeza. Dos tipos vestidos de reclutas se escondían mirando sigilosos a su alrededor como si fueran a extraer algún tesoro.

De pronto empezaron a quitarse la ropa.

Ya yo estaba sospechando algo raro, cuando vi que debajo de la ropa verde traían otra ropa de otros colores y decidimos salir del escondite.

Eran reclutas que se habían fugado de su Unidad.

Como iban en la misma dirección que nosotros, nos juntamos todos y formamos un cuarteto. Uno de ellos era un gordito de espejuelos que se llamaba Cañete, al otro no sé por qué le decían Camajuaní.

—¿Y por qué ustedes se fugan? —preguntó Mariano Jesusón, que hace cada preguntas.

Uno se fuga porque sí, porque contrae la enfermedad del aburrimiento, qué carajo. Y porque cuando uno lleva muchos días en el mismo sitio, el aire se enrarece y se pone agrio y viscoso.

Pero ninguno contestó nada. Únicamente Camajuaní lo miró atravesado y seguramente creyó que no insistiría. El pobre no conocía a Mariano Jesusón.

—¿Y por qué ustedes se fugan? —volvió Jesúsón a enfocar la pregunta de la misma manera.

Cuando yo hago una pregunta y no me contestan, la enfoco desde otro punto de vista, por ejemplo: «¿Y eso que se fugaron?», pero Mariano Jesúsón es monocorde.

Camajuani volteó la cabeza ante el mismo enfoque de la pregunta, y volvió a mirarlo atravesado. Entonces Mariano se percató del problema y le dijo:

—¿Qué hallan ustedes en fugarse?

Camajuani le dijo que éramos muy fiñes para entender eso, y que nos calláramos el pico.

Ahí fue donde empezó a caerme mal. En primera por haber dicho que yo tampoco entendía, en segunda por lo de fiñe, y en tercera por el pico callao, como si uno fuera un azulejo o algún gallo machorro; sin embargo, Mariano Jesúsón no me dio tiempo a defenderme.

—Sí, ¿por qué se fugan? ¿Acaso no lo tienen todo? ¿Acaso no le dan ropa y zapatos y comida... y cama para dormir y colchón y frazada y todo lo que necesitan?, ¿eh? ¿No les dan todo eso?

Mariano nació para director de becas. Así mismo dicen todos los directores.

—¿Ustedes quieren saberlo? Vengan con nosotros —intervino Cañete, que también hablaba en plural.

—¿A dónde?

—A Los Caneyes. Este camino sale a Los Caneyes.

Eso fue igual que si hubiera dicho que salía a Filipinas, pero luego nos explicó que Los Caneyes eran unas cabañitas agrupadas alrededor de una piscina, y había música y cerveza y jevitas a la patá.

En eso sí tuvo razón. Había música y cabañas y un indio a la entrada con la mano en alto, dándonos la bienvenida, y una piscina que no era rectangular o cuadrada, como deben ser las piscinas, sino bastante jorobada en el medio, en forma de V, pero más abierta, como un bumerán, que son los aparaticos esos que usaban los indios para cazar gallinuelas y que siempre que lo tiras vuelve a tus manos mansito y fiel y leal y agradecido.

Nos sentamos a una mesa que tenía una sombrilla de lona, frente a un bar que había junto a la piscina, y Cañete pidió unos traguitos especiales.

—Yo no tomo —le dije, porque me acordé del padre de Huck Finn, el pobre, que era un borracho perdido.

—¿Qué pasa, asere? —me dijo—. ¿Eres hombre o cucaracha?

—¿Por qué?

—Porque esto se hizo para los hombres... —se tomó un buche.

En fin, que como eran traguitos especiales con limón y puré de tomate y mucho hielito flotando, saqué la cuenta que por un vaso de aquellos no iba a volverme borrachín. Tenía un sabor riquísimo, aunque, cuando tragaba, sentía un ardor en la garganta que me iba bajando hasta calentarme bien el estómago. Mariano, por su parte, empezó a pedir entremés, que son unas lasquitas de jamón y queso. Después fueron llegando las jevitas, y Camajuaní pidió otro trago para todo el mundo. Yo iba a decirle que no queríamos más y que muchas gracias y eso, pero no quise rajarme delante

de aquellas tipas. Me fui tomando el trago despacito, en cámara lenta, y mientras más miraba a las tipas más se me parecían a profesoras de Inglés, aunque en la vida real estaban pasando un curso para trabajar en hoteles y caneyes de indios. Cañete, el gordo de espejuelos, empezó a presentarnos y por poco se me gasta el nombre, por lo que entre una y otra me tomaba un traguito. En ese momento me acordé de que no podía gastar dinero y le dije a Cañete que teníamos que irnos.

—¿Qué pasa, asere? ¿No tienes pesos? —y se tocó el bolsillo y empezó a decir que ahí había pesos. Y sacó un billete de diez pesos para que yo viera que era verdad y dijo que nos pusieran dobles a todos, en estrai, igual que en la pelota, qué carajo. Y nos tomamos un estrai y dos estrai y nos habíamos ponchado como diez veces y seguimos tomando estrai. Y como los tipos no se cansaban de repetir que nosotros éramos fiñes entoletados, nos dimos cuenta de que tenían razón y sacamos el dinero y pusimos estrai para todo el mundo y entremés para las jevitas; aunque primero pedí permiso para romper el juramento, ya que como ese dinero no se empleaba en el viaje, sino más bien en un extra, casi en defensa propia, todo el asunto quedaba justificado.

Cada vez que nos íbamos, Camajuaní y Cañete nos abrazaban y volvíamos a quedarnos, traguitos van y traguitos vienen. Algunas parejas de recién casados se besaban cada cinco minutos, y entre beso y beso volvían a besarse.

Camajuaní tenía a una muchacha a cada lado y constantemente las abrazaba y las besaba como si

hiciera cien años que no se vieran. Un traganíquel cantaba canciones mejicanas, de mujeres traidoras e ingratas, por cuya causa sus pobres amantes tenían que beber a reventarse mientras sufrían de muchos dolores en sus pechos. Me tomé otro trago y me pareció que yo también era un mejicano de Chihuahua, que iba de cantina en cantina por culpa de las traidoras, y tuve que tomarme otro estrai para tratar de olvidarlo. Cuando María Virginia se vuelva traidora e ingrata, yo voy a volverme mejicano.

De pronto fui a mirar a Mariano Jesusón y lo veo con una rubia sentada sobre sus piernas, y me quedé loco. La muchacha tenía el pelo corto y ondulado y unos ojos muy verdes con unas pestañas larguísimas y curvadas hacia arriba, y apretaba a Mariano y lo besaba y le ponía el vaso entre los labios como si fuera un recién nacido. Yo lo miraba y lo miraba y me parecía una ilusión óptica, porque lo mismo lo veía lejísimo, junto al horizonte del mar, que cerquitica alante de mis ojos. Entonces otra muchacha me pidió un lado y, antes de responderle, ya estaba apretujándose contra mí. Era lindísima y yo habría jurado que por lo menos era profesora de Inglés o más bien de Geografía. Sus ojos eran dos bolitas de mar y tenía la piel lisa como el Golfo de Méjico, y sus labios eran gruesos y caudalosos como el río Mississippi, pero inmediatamente me acordé de María Virginia y le di la espalda.

Ella me puso una mano en el hombro y me hizo volver.

—¿Qué te pasa? ¿No te gustan las mujeres?

A mí me gustan las mujeres en sentido general, pero particularmente ella empezó a caerme mal, con todo y lo profesora de Geografía que debía ser.

—¿Eh? Dime si no te gusto —dijo pegándose la cara y mirándome con unos ojos turbios y escamosos—. ¿No te gustan las mujeres?

—No.

—¿Verdad? ¿Tú eres hombre o cucaracha?

Ya eso también me lo había preguntado Cañete. Parece que allí todo el mundo preguntaba la misma bobería.

—Dime... ¿Eres hombre o cucaracha? —preguntó un poco más alto para tratar de intimidarme.

—Cucarachón —le dije, y me fui para otra mesa. Si hubiera sido un tipo, le habría partido la cara, pero con las mujeres no sé por qué uno siempre pierde.

Ella se quedó mirándome, asombrada, y me dejó en paz.

Sin embargo, había tres tipas de aquellas, y luego cuatro o cinco que no dejaban de vacilarme, se veía que a todas les caía bien, que por lo menos estaban enamoradas de mí con un metido conmigo del diablo. Algunas tenían hasta novio, pero estaban locas porque yo les dijera algo, lo más mínimo, para dejárselas en la uña.

La gente había empezado a bailar y de pronto las luces empezaron a moverse. Cesó la música, pero las luces no dejaron de moverse, las parejas volvieron a sus sitios y se tomaron varios estrai, pero las luces no dejaron de moverse; me froté los ojos, hice unas cuclillas y me tomé dos vasos de agua consecutivos

aguantando la respiración, pero las luces no dejaban de moverse. Entonces la piscina también se contagió, iniciando un vaivén aburrido de arriba abajo y de este a oeste, hasta que ya no se conformó con el vaivén y alzó el vuelo como buen bumerán que era, y luego de darle la vuelta al indio y a todas las cabañas arrastrándolos en su danza, se alejó por encima de los árboles hasta que regresó a su sitio, agitada y convulsa como el mar Caribe.

Yo estaba como flotando, en una especie de ingravidez, y los ruidos me llegaban lentísimos como si tuviera algún casco protector, pero me sentía alegre y dispuesto a realizar cualquier aventura.

Miré a mi izquierda y vi a Camajuaní y a Cañete que se habían hermanado mucho con Mariano Jesúsón.

—Mira, mi hermano, tú eres muy fiñe para entender esas cosas. Tú no sabes nada de la vida —le decía Camajuaní con un brazo por encima del hombro—. La vida hay que vivirla, asere... y disfrutarla. La felicidad no existe, solo existen momentos felices.

—Sí, pero con todo y eso no entiendo por qué se fugan.

—El Servicio es una mierda —intervino Cañete—. Te lo pintan bonito, pero es una mierda: pelado al rape, trancado, sin un quilo... Mira, yo terminé ya mis tres años, y me tienen retenida la baja... hasta que les dé la gana... Ellos son dueños de tu persona, ¿entiendes? Es una mierda.

—Sí, pero es un deber. La defensa de la patria es...

—¡No me vengas con política! Deber ni deber... Yo los conozco más atracados que tú, vanguardias de

las FAR, de esos que se pasan la vida leyendo comunicados, y por las noches los veo con un almanaquito contando los días que les quedan... La libertad, asere...

—No estoy de acuerdo —le decía Mariano Jesúsón.

—Está bien, asere, vamos a dejar eso así, vamos a beber y a disfrutar. ¿Qué te parece el «material» este? —dijo Cañete, tocándole el muslo a la rubia que estaba encima de Mariano Jesúsón.

La rubia aprovechó y empezó a acariciarlo.

—Si eres casi un niño, pipo —le decía a Mariano, mientras lo chupaba y le metía la mano por dentro de la camisa como si fuera a sacarle el corazón. Después salieron abrazados, y se metieron en el bosque de pinos y eucaliptos.

Yo me paré para ver qué diablos querían algunos tipos ahí, si les caía bien o qué carajo, para romperles la cara allí mismo porque con los tres juntos me fajaba regalado y me amarraba una mano; pero en ese momento sentí como un jarro de agua fría en la cara. Eso pensé, pero rápidamente me pareció que no era un jarro, sino un cubo, un tanque... hasta que tuve un instante de lucidez y me di cuenta de que toda la piscina me había caído encima, y empecé a tragar agua.

Después sentí un fuerte halón de pelo y un mareo muy grande, y caí medio muerto sobre un butacón.

No sé cuántas horas estuve allí, pero cuando desperté, la cabeza se me quería reventar, me daba unos latidos cada medio segundo como un reloj de péndulo; luego eran dos latidos flojos y uno fuerte, y dos flojos y uno fuerte. Ya las jevitas se habían marchado, pero

los reclutas y Mariano Jesusón estaban abrazados cantando «Adiós muchachos compañeros de mi vida, barras queridas...».

Traté de incorporarme, pero las luces y las cabañas y todo volvió a girar en torno mío, y a subir y a bajar. Yo miraba fijamente para tratar de retener las luces, pero se me iban danzando por todo aquello, girando en zigzag y cayendo, cayendo. Entonces me acordé de María Virginia, tan flaquita y tan sincera, y llamé a Mariano Jesusón y le dije que teníamos que irnos.

—¿Qué pasa, asere? —me dijo con una voz rarísima, arrastrando la lengua—. Esto está empezando ahora, oficial que sí. Cañete... ¿esto no está empezando ahora? Ves, por la Pura que sí, fiñe —y me alcanzó un estrai.

—No quiero.

—¿Qué pasa, asere? ¿Eres hombre o cucaracha? Cañete... ¿esto no es para los hombres? —y se empinó el vaso.

—¡Me cago en tu madre! —le dije, porque ya estaba cogiendo calor.

Mariano Jesusón se puso serio.

—Oye, asere, no juegues con la Pura, que mira que Pura hay una sola —se volvió—. ¿No es verdad, Cañete, que Pura hay una sola?

Precisamente era eso lo que estaba esperando.

—Tanto que quieres a la Pura y no le has pasado ni un telegrama...

Para qué fue aquello. Empezaron a bajarle los zumos y se puso tan claro, el pobre, que enseguida dio con una guagua de trabajadores y vino a buscarme.

—Bueno, fiñes... —nos despidió Cañete.

—Hasta la vista —les dijo Mariano.

Cuando abrí los ojos, me vi frente a la Terminal de Santa Clara, con su andén semicircular y sus guaguas y sus choferes y sus asientos ocupadísimos. Nos arrimamos a un rincón, y me recosté a esperar que Mariano echara un sueñecito. Mi ropa estaba empapada, pero no tenía ánimos para moverme.

Me quedé un rato semidormido y, cuando desperté, la gente corría de un lado a otro: «¡Arriba, San Diego!», «¡Sagua la Grande!». Mariano Jesusón estaba desplomado sobre su maleta, como muerto, todo descocotado y brillante. Yo tenía una sed del diablo, una sed como nunca en mi vida, que me nacía desde la boca del estómago y de cada célula y cada hueso.

Todo el tiempo había estado soñando con agua fría, llegaba a un bar y ya el agua se había acabado, y seguía para otro y ocurría lo mismo. Fui desesperadamente hasta la pizzería y el pozo estaba roto. Llegué a un bar que ya no existe en la vida real pero sí en los sueños, como le ocurre a la mayoría de los bares de mi pueblo, y me pusieron dos jarras de agua mineral haciendo burbujitas, sí señor, pero yo me disparé una y seguía la sed, me disparé otra y seguía la sed, hasta que no pude más y desperté.

Y como no vi bebederos, me fui al baño para tomar agua y cambiarme de ropa, y matar dos pájaros de un tiro.

Salí por entre la gente que dormía sobre periódicos abiertos, recostados a las paredes, hasta que llegué al baño después de tropezar con varias mujeres con niños

de brazos que gritaban desgalillados, y lo primero que hice fue vomitar un líquido amarillo que me salió hasta por la nariz, dejándome un ardor de madre. La cabeza continuaba latiéndome acompasadamente. Me enjuagué la boca como cien veces, tomé agua, pero el ardor continuaba. Saqué una ropa seca del maletín, me la puse y salí del baño. Después coloqué mi maletín bien pegado a Mariano Jesúsón que seguía desplomado, y salí en dirección al Correo.

Santa Clara estaba silenciosa como un cementerio, como un pueblo en algún desierto. Caminé a lo largo de la Carretera Central que me parecía infinita, contando los pasos, hasta que vi un lugar iluminado y gente que salía y entraba. Me apuré un poco pensando tomarme un refresco o si no agua fría o comerme algún trocito de hielo porque la sed era una brasa en mi barriga. Nunca más volvería a tomar. Morirse debía ser algo parecido. Aquello era la misma muerte. Yo andaba como por el aire, y los brazos me pesaban y me dolían los ojos y la cabeza y cada uno de los huesos y los párpados me parecían de plomo. Ya no había muchachas enamoradas de mí, ni siquiera una feísima que me cruzó por el lado. Tampoco parecía que nadie quisiera fajarse conmigo. El sitio iluminado resultó ser una funeraria y seguí de largo. Al fin llegué al parque, que también estaba vacío y silencioso, y cogí hacia el Coppelia. Justo enfrente del Coppelia está el Correo y le pasé el telegrama a Mariano.

El viaje de regreso lo hice más calmado, yo tenía mi conciencia tranquila y sabía que Mariano Jesúsón no me iba a hablar más de telegramas. Mariano seguía

en su sitio, en la misma posición. Barrí un poco el piso con un periódico, coloqué mi maletín de almohada y me quedé profundamente dormido soñando con otro pozo de brocal, y con muchos manantiales y bebederos... Por último me puse un poco triste pensando en la casa, en mamá, en Vivian, y en los refrescos que me hacía Susana.

CAPÍTULO 6

MARIANO JESUSÓN DESAPARECE

El día siguiente fue el día en que Mariano Jesusón desapareció sin decirme nada, como si él fuera mudo o como si yo me hubiera vuelto sordo, dejándome dormido y abandonado, con una sed infinita, en plena Terminal de Santa Clara. Yo lo supe desde el momento justo en que desperté y vi un mariposón negro y brillante dando vueltas en zigzag por toda la Terminal.

Ya la luz del día se iba apoderando de Santa Clara, y el ronroneo de las Camberras y de las otras guaguas, que iniciaban su jornada, se confundía con las voces de los viajeros y el llanto de los niños y con mi propio dolor de cabeza, y sentía una dolorosa sensación de irrealidad, de ilusión óptica, que se agravaba aún más con aquella sed desesperante que me nacía de lo más profundo.

Desde entonces me dio el palpito de que Mariano Jesusón se había rajado. Pero para no ser un tipo sospechoso, pesimista y mierdero, que siempre piensa mal de los amigos, fui al baño a verificar si eran o no figuraciones mías. Mariano Jesusón no estaba allí y ya no me quedaba la más mínima duda. Sin embargo, no me di por vencido y revisé bien debajo de todas las

puertas. En una de ellas vi unas botas igualitas a las de Mariano y, cuando la abrí de un golpe para sacarle un buen susto, vi que se trataba de un viejito que parecía tener unos cólicos, el pobre, porque estaba sudando en plena madrugada. El viejito se berreó así como así, y me dijo varios insultos injustificados. Como los insultos fueron injustificados e inmerecidos, me alegré de que así fuera. Y cuando yo siento alegría, me resulta tan difícil discutir que cerré la puerta y di el asunto por terminado.

Luego llegué a la cafetería. Había una cola grandísima de mujeres y de gente con bolsos y maletas, y un grupo numeroso de viejos madrugadores y cafeteros que no iban a ninguna parte, porque tenían cara de vivir cerquita de la Terminal. Tras el mostrador, la viejita más flaca del mundo iba colocando las tazas en filas, y seguidamente tomó la cafetera y les fue echando café a las tazas a una velocidad increíble, sin equivocarse ni botar café afuera ni nada... Todo eso vi en la cafetería, pero ni rastro de Mariano Jesusón.

Entonces, como él es un tipo filatélico que siempre tiene hambre, quién quita que hubiera ido a comerse una pizza. De modo que fui hasta la pizzería, avanzando sigilosamente para sorprenderlo en plena digestión con la boca atragantada y los cachetes inflados, pero llegué y todavía no habían empezado a despachar ni se veía movimiento de ningún tipo.

En ese momento ya mi sospecha tenía muy poco de mal pensada, y dejó de ser una sospecha para convertirse en seguridad. Si Mariano Jesusón, con lo precavido que es, hubiera ido a cualquier sitio a comer algo, o le

hubiera ocurrido algún percance con peligro para la vida, lógicamente me hubiera llamado o me hubiera dejado una nota aunque fuera en forma de telegrama: necesito auxilio, o tal vez en inglés: *help me*; pero como todo había ocurrido de manera solapada, silenciosa y escurridiza, sin dejarme siquiera la más mínima pista, estaba más que claro que el muy ladino se había ido en la Mandarina de Sancti Spíritus con la intención de bajarse tranquilamente en Cabaiguán, y sin sospechar que yo no le iba a permitir esa bajeza, no señor, para que el pobre no se desprestigiara ni pasara a la historia como un tipo flojo y rajao y mal amigo de sus amigos.

Así que fui adonde el portero de la puerta cinco y comprobé que la guagua de Sancti Spíritus había salido a las y cuarenta, pero no me dijo cuáles eran *las*; si se trataba de las doce de la noche o de las cuatro de la madrugada. Porque ahora tú preguntas la hora y la gente te dice los minutos: las y cuarenta, las y veinticinco, las y cuarto. En fin, que tuve que averiguar que *las* eran las seis; o sea que Mariano se había ido hacía doce minutos. Y como esa guagua realiza un montón de paradas, casi dondequiera que hay un crucero, calculé que en un taxi lo alcanzaría antes de llegar a Placetas.

El taxi lo cogí enseguida, parece que a los taxistas les encantan los viajes largos, y salimos en pos de la Mandarina. Ya era de día. La claridad iba invadiéndolo todo, y Santa Clara despertaba y se llenaba de ruidos y de gente. Yo me recosté en el asiento y me quedé semidormido pensando en María Virginia, tan flaquita y tan sincera y tan sola en una playa desconocida, a

merced de los más insospechados peligros. Todavía me dolía la cabeza.

Cuando uno se duerme en un carro, el tiempo se aprovecha y transcurre velozmente para que el viaje apenas te rinda. Yo tenía mucho sueño y sentí deseos de no llegar nunca para seguir en aquella ingravidez, pero de pronto escuché la voz del tipo y vi que estábamos en Placetas.

—¿Y la guagua?

—Nada.

—Pues sigue para Cabaiguán.

El chofer me miró medio indeciso antes de arrancar de nuevo. Atravesamos Placetas por toda la Central y seguimos el viaje.

A ambos lados de la carretera se veían cañaverales de mediana estatura, de esos en que la caña está como verde y, cuando la pruebas muerto de sed, te das cuenta de que no tiene el más mínimo dulce, sino un líquido agrio y viscoso. Después venían unas pequeñas lomitas, paralelas a la carretera, en las que pastaban algunas vacas diminutas que apenas se movían, como si fueran de adorno.

Sin embargo, la Mandarina no daba señales de vida. Cruzamos Manzanares, Perote, Ojo de Agua, y la Mandarina brillaba por su ausencia.

Ya estaba desesperado casi al llegar a Cabaiguán, cuando veo como la parte de atrás de la Mandarina, con su motor casi afuera igual a los barcos que usan el motor fuera de borda, y el chofer apretó el acelerador y se pegó a ella. Así avanzamos como medio kilómetro uno al lado del otro como una pareja de novios, hasta

que el guagüero entendió las señas que le hacía el taxista y, justamente frente al vivero, a un kilómetro de Cabaiguán, detuvo la guagua.

Yo me bajé antes de que el chofer frenara y salí corriendo hacia la Mandarina para sorprender a Mariano Jesusón en el quinto sueño, pero parece que el muy embarcador venía despierto y bien alerta, como la mayoría de los embarcadores, pues en un segundo se dio cuenta de mis intenciones y se precipitó afuera con su maleta de pleibo, mientras el chofer de la guagua prosiguió como si nada y los pasajeros se asomaban a mirar a Mariano Jesusón. Entonces yo aproveché para virar y pagarle al taxista los diecisiete pesos que marcaba el taxímetro.

El hombre se alejó siguiendo para Cabaiguán, y Mariano Jesusón y yo quedamos frente a frente.

Yo pensé que él iba a estar avergonzado, con la cabeza baja y tremenda cara de infeliz, pero parecía muy decidido con la frente erguida y la vista al frente como si fuera un capitán de la Marina.

—Yo sabía que tú eras un sujeto atravesado y filatélico, que le quita la razón a un amigo para apoyar a otro filatélico desconocido en un acto de guataquería de la más baja calaña; sabía que eras un individuo metido en todo aquello que no le importa, cabezón y monocorde, sin el más elemental poder de decisión propia... pero debo reconocer mi ignorancia en cuanto a tus cualidades de tipo tan mierdero y tan bajo y tan miserable y tan capaz de abandonar a un compañero en estado de embriaguez, totalmente desvalido y expuesto a todos los sinsabores.

Mariano no me interrumpió en lo más mínimo, y me pareció que ya estaba avergonzado preparando alguna disculpa, pero lo único que hizo fue coger aire y responderme en tono altanero, arrogante y prepotente.

—¿Tú no sabías eso?, muy bien... Yo también me confieso ignorante en algunas cuestiones. Yo desconocía que tú fueras una persona absolutamente desequilibrada y orate, capaz de creer todas las elucubraciones que concibe tu mentalidad nefasta y enfermiza.

Dime tú: ¡nefasta!

—¿Así que tú hallas bien el embarque?

—¿Qué embarque?

—Este de rajarte como una yuca.

—¿Y tú hallas bien el embarque?

—¿Qué embarque?

—Este de ir a La Habana con un mentiroso, transmisor de falsedades, que elabora infundios para engañar no solo a su compañero de viaje, sino también a su familia, que constituyen los seres queridos; y no conforme con eso, se le ocurre discutir de pelota con un pobre hombre y realizar Lazos de Santa Clara y las más estúpidas tonterías... ¿eh?

Yo no me quedé callado ante su descarga insidiosa:

—Tú dices eso porque eres un blandengue que no está apto para afrontar las adversidades de la vida, y prefiere la seguridad de un pasaje para roncar como un majá de Santa María, y arrastrar esa vida monótona y simplista donde todos los días son iguales y monocordes. Debido a ello, eres incapaz de apreciar en toda su magnitud la oportunidad que te he dado de ser héroe y encontrar tu propio camino.



—Puedes pensar lo que quieras, pero contigo no hay quien llegue a La Habana.

—¡Qué poca fe tienes en los amigos, qué poca fe tienes en ti mismo y en tus propias posibilidades! Un hombre así jamás podrá enfrentarse a las imprevisiones del destino, a la inmensidad del mar, a lo infinito de los hielos... Qué podrás hacer el día que tengas una novia prisionera o en peligro de muerte y sea preciso desarrollar tu intrepidez y valentía. No serás capaz de otra cosa que no sea escribirle un telegrama.

—Tal vez haga más que tú, que eres bla bla como un papagallo.

—Si yo fuera Mariano Jesusón, sí.

—¿Qué Jesusón de qué?

—Sí, Jesusón. ¡Mariano Jesusón!

—¿Y tú... qué serás, eh?

- Cualquier cosa, pero no un embarcador.
- Más embarcador serás tú.
- Tú eres un embarcador y un rajao.
- Más rajao serás tú.
- Tú eres un rajao y un pendejo.
- Más pendejo serás tú.
- Tú eres un pendejo y un mierda.
- Más mierda serás tú.
- Café, café, todo lo que hablas es al revés.
- Línea, línea, todo lo que hablas es para tu familia.
- Si sigues hablando, te sigo singando.
- Y si te quedas callao, te quedas preñado.
- Tú eres un embarcador.
- Y tú un fanático engreído.
- Y tú un Mariano Jesusón.
- ¡Más Jesusón serás tú!

Eso fue lo que me berreó, ¡decirme Jesusón! Le partí para arriba ciego de ira y con los ojos cerrados, decidido a desbaratarlo, pero entonces me acordé de que Mariano es un infeliz que no sabe ni fajarse, el pobre, y me dio lástima usar mi superioridad y tener que hincharle los dos ojos y el tronco de la oreja.

Él se aprovechó de esa situación momentánea y me dio un cabezazo en la nariz. Imagínate. Yo que tengo la nariz partida, por cualquier cosa echo sangre como un mulo.

Así que empecé a botar sangre a chorros, y ni con cinco pañuelos hubiera cerrado la hemorragia.

Mariano Jesusón, que es un pendejo que no puede ver sangre, estaba pálido y más tieso que un muñeco;

pero como había pasado un curso de Primeros Auxilios, inmediatamente me hizo acostar sobre la hierba, con una decisión de madre, como si fuera un enfermero de esos medio pájaros que hay en los cuerpos de guardia de los hospitales, hablando finito y poniendo inyecciones, y me colocó la cabeza hacia atrás de tal manera que todo lo veía al revés.

—No te muevas —dijo, y me sostuvo la cabeza durante un rato, luego se quedó pensativo.

—Lo siento, Rica... —me dijo bastante apenado, con toda su camisa manchada de sangre.

Estaba casi llorando. Daba risa ver a un tipo tan grandulón a punto de llorar.

—No seas pendejo —le dije.

—¿Sabes? No fue mi intención...

—No te preocupes... Yo siempre echo sangre.

—¿Me vas a disculpar? ¿Verdad que me vas a disculpar?

—Sí, viejo. Está bueno ya...

—Yo no quería hacerte daño, ¿sabes? Fue sin querer.

—Si sigues hablando mierda, me voy a parar.

Mariano volvió a quedarse pensativo.

—Esto es una locura. Todo este viaje ha sido una locura. Cómo estará la vieja... Seguro que no durmió nada anoche.

—¿Por qué?

—Figúrate... Esperando mi telegrama.

—Yo se lo pasé.

—¡Cómo!

—Como lo oyes. Yo fui anoche al Correo.

—Mentira.

—Oficial —y le mostré el comprobante.

Mariano empezó a sonreír con una sonrisa amarga, pero no porque aquello tuviera alguna gracia, sino porque le había quitado un peso de encima. Cuando a Mariano Jesús le quitan un peso de encima, se pone a sonreír con una sonrisa de esas amargas.

—Ahora no puedo llegar a la casa.

—¿Por qué?

—¿Qué explicación voy a dar del telegrama? Ella me hace en La Habana.

El pobre, estaba en tres y dos.

—¿Tú no eres un tipo que no le dice mentiras a su familia?

—Sí...

—Pues ve y dile la verdad, que yo pasé el telegrama desde Santa Clara, y al carajo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—¿Tú piensas que yo soy algún chivato que echa para adelante los amigos o qué?

Los dos guardamos silencio. Mariano aprovechó para cambiarse de camisa. Por fin dijo:

—¡Vámonos, qué carajo!

—¿A dónde?

—A Guanabo... —me dijo así como así, con esa salida extraña que no era de él, porque parecía otro tipo.

—Ya eso es mierda, Mariano.

—No digas eso. No seas rajao... ¿De qué tú eres capaz entonces? Cómo vas a demostrarle quién

eres a María Virginia, que seguramente espera algo especial... ¿eh?

—¿Qué tú sabes de esas cosas? —le respondí, para que se acordara de que él nunca había tenido una novia.

—Mira —me dijo, mostrándome una foto de una tipa ahí, que yo juraba haber visto antes en la televisión o en alguna película.

—¿Quién es?

—¡Paulina, chico! —me dijo, como si todo el mundo tuviera que conocerla.

—¿Qué Paulina?

—La de Los Caneyes anoche...

Entonces me acordé de la rubia que estaba encima de Mariano, la que le ponía el vaso entre los labios.

—Oye, Mariano... Ustedes se metieron para el bosque...

—Sí... —Mariano bajó la cabeza.

—¿Y qué?

—¿Qué de qué?

—¿Qué hicieron, viejo? ¿No la desnudaste, no le fuiste arriba?

—No sé...

—¡Cómo que no sabes!

—Esas cosas no se dicen.

—¡Que no se dicen!

—No, el hombre que es hombre no tiene por qué hablar de esos asuntos.

Dime tú: ¡el hombre que es hombre!

—Tú dices eso porque no le hiciste nada, porque eres un tipo machorro... Esas cosas no se hablan

públicamente, pero a los socios, uno a uno, se le puede contar todo. Si no, para qué diablos sirven los socios...

Pero Mariano Jesusón seguía en silencio.

—A ver... ¿no le diste algún mate sabroso, no le chupaste las...?

—Lo hicimos todo.

—¡Cómo todo!

—Sí, compadre, lo hicimos todo.

—¡Mentira!

—Me fui al cielo...

—¡No seas hablantín!

—Fue como montar en una estrella gigantesca, y descender y descender...

—¡Paquetero!

—¡Qué linda es! Aquí tengo su dirección para escribirle, para hacerle una carta todos los días...

Mariano parecía un loco, hablando como los tipos de las novelas de radio.

—Pareces un loco... Por eso me dejaste embarcado...

—No...

—No, qué va... Pero fíjate, yo te aconsejo que no seas tan precipitado, a esa tipa la conociste ayer y tú no sabes quién rayos es.

—La conocí ayer, pero siempre la anduve buscando, y fue como si nos conociéramos de toda la vida... ¿A ti nunca te ha pasado eso?

Esas cosas solo le ocurren a los filatélicos, pero no quise contrariarlo y le dije que sí, que casi mensualmente me ocurría algo parecido.

—Mira —me dijo decidido—. Para que veas quién soy yo... Ponte a parar botellas que voy a seguir

escribiendo la historia... Hasta Guanabo no paramos, lo juro por Paulina..., pero fíjate, nada de Lazos de Santa Clara ni demás tonterías.

—Yo no voy —le dije.

—¿Por qué?

—¿Para que te rajes otra vez...?

—Qué pasa, viejo... Te doy mi palabra...

—¿Cuánto dinero te queda?

—¿A mí? —se metió la mano en el bolsillo—.

Cincuenta pesos.

—Yo tengo cuarentiuno, pero ahora hay que cambiar la táctica.

—¿Cómo la táctica?

—Sí... Mira, para que tú demuestres cuánto adoras a Paulina y yo a María Virginia, vamos a llegar allá sin emplear un quilo... —le dije, mientras rypiaba el peso para quedarme con cuarenta exactos y que no hubiera casualidad.

—¿Ya vas a empezar?

—Chico, pues no voy a ninguna parte. La gente se pasa la vida viajando de aquí a La Habana y de La Habana aquí con el bolsillo lleno de pesos, y cuándo tú has visto que haya ocurrido algo interesante... Para que la historia quede buena de verdad, digna de nosotros y de Paulina y María Virginia, tenemos que sacrificarnos y realizar un viaje original, colmado de dificultades.

—Está bien, compadre, tú piensas que yo soy un bitongo. Te voy a demostrar quién soy yo... Eso sí: ningún palante y patrás, ni más Lazos de Calimete... Otra cosa: necesito pasar otra vez por Los Caneyes.

—¡Por Los Caneyes!

—Sí, tengo que ver a Paulina.

Al fin pudimos llegar a un acuerdo, y me puse a parar botellas mientras Mariano se acomodaba debajo de un pino y le agregaba páginas a la historia. El sol empezaba a picar y la carretera brillaba con el resplandor... En esas condiciones me era muy difícil dejar de pensar en María Virginia.

—Oye, Mariano.

—Dime.

—Qué suerte tuviste en hacer conmigo el Lazo de Santa Clara.

—¿Por qué?

—Porque si no, no hubieras conocido a Paulina.

CAPÍTULO 7

NOS BAÑAMOS EN UN RÍO Y CONSEGUIMOS ALMUERZO

Por fin me abotoné bien la camisa, que no tenía ni una manchita de sangre, y me peiné, decidido a parar un camión, una guagua, o hasta un jeep cuatro puertas si se hacía el bobo, y llegar a Guanabo lo antes posible. Me sentía medio desconsolado viéndonos otra vez casi en el punto de partida, y la sed y el dolor en la nariz apenas me permitían imaginarme a María Virginia con su vestido blanco ceñido a la cintura y sus manitas flaquitas y sinceras, como la última vez que hablamos y discutimos y se me fue como la espuma dejándome con aquel sabor de hormigas locas en las encías.

Y pasó un Moskvovich.

Y pasaron dos Forcitos, y otras cinco rastras y camioncitos, pero nadie se fijaba en nosotros.

Ya eran casi las diez de la mañana y estaba perdiendo las esperanzas, cuando paró una rastra del ICP.

—¿Hasta Santa Clara...?

—Falcón —dijo el chofer asomando la cabeza. Traía una gorra de guagüero, toda desteñida y vieja, pero era un tipo nuevo y parecía buena gente.

Mariano y yo subimos al vehículo y reanudamos el viaje. Yo nunca había montado en rastra. La carretera

se veía lejísimo por delante de nosotros, junto con los demás carros, y parecíamos los reyes del tránsito. Era como ir en un avión mirando los campos y los arroyos y los ríos allá abajo, y el ronquido del motor estremeciendo toda la cabina.

—Es raro que alguien recoja a uno —dije yo por decir algo, porque sentí que tenía necesidad de hablar de cualquier cosa. A veces ocurre eso: que uno siente necesidad de hablar de cualquier cosa, y entonces casi nunca encuentra un tema interesante.

—Sí, es verdad... —dijo el chofer.

—¿Por qué la gente será así, si parar no cuesta ningún trabajo?

—¿Sabes lo que pasa? Los accidentes. Si ahora mismo tenemos un accidente por culpa mía y le pasa algo a ustedes, cojo la cárcel... Si voy solo, es distinto.

—¿Y por qué nos recogió entonces? —dijo Mariano Jesusón, que hace cada pregunta, capaz que el hombre nos bajara allí mismo.

—El problema es que yo siempre me acuerdo de cuando estaba en el Servicio, botado en la carretera y con treinta y dos horas para ir a mi casa.

Íbamos así, hablando boberías, y el viaje casi no me rindió. En un dos por tres cruzamos Placetas, y, cuando vinimos a ver, ya estábamos en Falcón.

Falcón es un bar, un puente, y un grupito de casas con una iglesia pequeña y descolorida. Le dimos las gracias al chofer y nos sentamos en un banco al borde mismo del río. Del bar salía un olorcito a croquetas que me recordaba a mi pueblo. A esta hora de la mañana la mayoría de los bares tiene ese olor. Los dependien-

tes se dedican a freír croquetas, y, como ese olor es inconfundible, cualquier pueblo puede recordarte a tu pueblo, y cualquier barrio a tu barrio. El bar era grande. Tenía un portal cercado con celosías y varias mesas en su interior. Había algunos hombres merendando y un grupo de vejigos que correteaba de un lado a otro. Dos perros recorrían el salón y olisqueaban por debajo de las mesas. Uno de los guajiros les lanzó una patada sin llegar a alcanzarlos, pero los animales salieron chillando a toda velocidad.

A medida que transcurría el tiempo era más difícil resistir el hambre con aquel olor, y, como no podíamos gastar un quilo, se me ocurrió una idea y le dije a Mariano que podíamos aprovechar y darnos un chapuzón en el río.

—¡Tan temprano!

Mariano es un tipo militar que se baña siempre a la misma hora.

—¡Qué temprano de qué!, no seas cobarde. Acuérdate de que vas a ver a Paulina... Yo no sé cómo no te da pena, con lo perfumada que ella está siempre.

—¿Te fijaste? ¡Qué olorcito más rico tenía! Parecía como si fuera una florecita... Y qué bonito habla, y tiene unos ojos redondos que miran a uno de tal manera que te erizas todo por dentro.

—Por eso mismo, imbécil... Debes llegar limpio y presentable donde está ella.

Eso último terminó por convencerlo. Y aunque siguió resabiando un poco, cogimos los equipajes y bajamos al río por un trillo que se deslizaba en diagonal por entre la maleza y la yerba bruja. El río tenía unas

pendientes inclinadas, pero abajo era ancho y arenoso con un cauce estrecho que avanzaba en zigzag formando pequeñas ensenadas. Por todo ello me di cuenta de que ese río se encontraba en la etapa de la vejez, seguramente casi a punto de jubilarse. Avanzamos un buen trecho saltando de piedra en piedra, esquivando la corriente, a la sombra de las palmas y de algunas matas de pomarrosas que se inclinaban hacia el río.

Al fin llegamos a una poceta de aguas oscuras, que ocupaba todo el lecho del río. La corriente era muy lenta en esa parte, extremadamente lenta, por lo que deduje que la poceta debía ser bastante profunda. Cuando lancé una piedra hacia el centro, produjo un *glups*, y me di cuenta de que estaba en lo cierto (si hubiera sido bajita, la piedra solo hubiera hecho *chaps*).

Depositamos las cosas en la orilla y de pronto descubrimos una balsa de cañabrava que se bamboleaba chocando algunas veces contra la orilla. Estaba fija a una soga que atravesaba el río mediante una especie de nudo corredizo, con la finalidad de viajar de una orilla a la otra.

Nosotros no hubiéramos cogido la balsa, no señor, pero el lugar idóneo para bañarse quedaba en la otra orilla, y, luego de un breve altercado, íbamos Huckleberry y Jim a bordo de la embarcación, y usando dos remos criollos que vimos encima de la balsa. Jim quiso impulsarse con la soga para ganar tiempo, pero tuve que explicarle que eso no era correcto, qué clase de aventurero era él que no confiaba en los remos ni en sus propias fuerzas. Por fin llegamos a una especie de playita. Nos quitamos la ropa y nos dimos un buen

chapuzón. Un buen chapuzón consiste en lanzarse de cabeza sin mojarse la nuca ni comprobar si el agua está fría ni un carajo. Luego no se puede salir a la superficie hasta sacar arena, caracoles, o por lo menos cinco piedrecitas del fondo.

El sol apenas calentaba el agua con tantos arbustos y matojos, y desde que salimos comenzamos a temblar.

Después nos pusimos la ropa, subimos a la balsa, y, cuando volvimos a la orilla, dos enemigos con sendos machetes nos cerraron el paso.

—¡Así los quería coger, cabrones!

Todo aquello era extrañísimo, pero por la forma de mirarnos estaba claro que la cosa era con nosotros.

Rápidamente detuvimos la embarcación para ganar tiempo. Los hombres no parecían tener buenas intenciones. Mariano Jesúsón se había quedado mudo y blanco del susto, y allí mismo se me ocurrió una idea.

—¡Bajen esos machetes de mierda! —le dije a los guajiros, con una autoridad absoluta.

Los hombres se miraron aturdidos y temerosos de mi decisión, como si yo fuera hijo de un ministro o de algún teniente coronel, pero enseguida el más flaco reaccionó.

—¿Quién les dio permiso...?

—¡Sss! —le dije, señalando a Mariano Jesúsón que todavía estaba tieso, con la vista fija en un punto.

Los hombres volvieron a mirarse sin bajar los machetes.

—¿Con qué autorización...?

—¡Sss! —le dije, volviendo a señalar a Mariano.

—¿Qué pasa?

—No puede molestarse...

—¡Y a mí qué me importa! ¿Con qué permiso...?

—Sss —le repetí—. Por favor..., que se va a echar a perder el tratamiento.

Entonces los guajiros se fijaron en nuestro equipaje y, como vieron que no éramos de la zona, parecieron calmarse.

—¿De dónde son ustedes?

—Verá usted... El asunto es que él —señalé a Mariano— es mudo, estamos haciendo un plan para curarlo.

Eso lo dije porque me había acordado de Huck, que una vez se hizo pasar por hembra y le ocurrieron las más cómicas aventuras.

—¿Quién les dio permiso para coger la balsa? —dijo otra vez el flaco y volvió a levantar el machete. ¡Qué tipo más guerrerista!

—Sss... Mire que todavía se echa a perder el plan.

—¿Qué plan? —preguntó el gordo.

—El que estamos siguiendo. ¡Qué otro plan va a ser!

—¿Para qué?

—¿Para qué qué?

—El plan ese... ¿Para robar balsas?

—No, hombre no... Es un plan para que Mariano hable.

—Eso es un cuento. Jamás he visto a un mudo hablando. Usted piensa que yo soy bobo. Los mudos nunca hablan.

—Eso depende. Los mudos de nacimiento no, pero él se quedó mudo a los ocho años por culpa de una rana.

—¡Por una rana!

—Es decir, porque se asustó con una rana.

Los guajiros volvieron a mirarse más confiados, sin moral ya ni para levantar el machete. Por fin el flaco dijo:

—¿Y en qué consiste ese plan?

De pronto me turbé: el *consiste* no es una palabra que usan los guajiros, pero tenía que decir algo y me acordé de la vez que fui a ver a un curandero para que me desmontara un chino montado, y le dije:

—Un plan que le puso un curandero.

—¿Y en qué consiste? —repitió su pregunta.

—Es una historia larga. Empezamos ese viaje en Oriente y se acaba en Pinar del Río. El plan consiste en tomar cinco buches de agua en todos los ríos que corran de norte a sur.

Los tipos volvieron a intercambiar impresiones.

—¿Y tú crees que se cure?

—Bueno, en realidad ya estoy perdiendo las esperanzas. Hemos andado media isla y lo único que ha aprendido son dos o tres palabras —rápidamente me volví hacia Mariano.

—¡Agua! —le grité, haciéndole señas para que él lo repitiera.

Mariano Jesusón me miró con los ojos atravesados, como si quisiera comerme, pero todo resultaba tan gracioso que no tuvo más remedio y dijo:

—¡¡Agua!!

La voz le había salido de una manera extraña, seguramente por aguantar la risa, y parecía más mudo que cualquiera.

Los guajiros sonrieron por primera vez y nos decidimos a desembarcar.

—¿Y por qué cogieron la balsa? —volvió a preguntar el flaco.

—Sencillo, para que Mariano pudiera tomar agua limpia, del mismo centro del arroyo.

Por fin saltamos a la orilla, entre dos palmas de raíces desnudas, descarnadas por la corriente.

Les dimos la mano a los guajiros, y de pronto Mariano dio un resbalón y cayó al agua. Yo me asusté pensando que diría alguna exclamación o una mala palabra, pero Mariano tragó en seco. El flaco se adelantó y lo ayudó a salir. Mariano estaba comiquísimo chorreando agua. Había que ver la expresión de su rostro.

—¿Para dónde van ahora?

—Ahora vamos hasta el Yumurí en Matanzas.

—¿Y en cuál río empezaron?

—En el Cuyaguaje, allá en Oriente.

—¡En Oriente! —se asombró el gordo—. ¿El Cuyaguaje no está en Vueltabajo?

Qué gordo más intruso y más preguntón. Me di cuenta de que había metido la pata, pero rápidamente me sobrepuse:

—¿No existe un Jatibonico del Norte y un Jatibonico del Sur? ¿Y no existe un Sagua la Grande y un Sagua la Chica, y un Isabela de Sagua?

—Sí...

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Qué va a ser, que hay un Cuyaguaje de Vueltabajo y un Cuyaguaje de Vueltarriba, y un Isabela de Cuyaguaje. Yo creo que ustedes saben muy poco de Geografía...

El gordo no parecía muy convencido, como todos los gordos, pero guardó silencio por un rato. Entonces el más flaco dijo, cambiando de tema:

—¿Y ya almorzaron?

—No... En realidad no hemos ni desayunado, tratando de ganar tiempo.

—Pues vengan con nosotros, que donde comen diez comen doce —dijo el hombre, que se veía que era hospitalario.

—No, muchas gracias.

—Vengan, vengan... ¿Qué pasa? Así el muchacho aprovecha y se cambia de ropa.

Yo miré al muchacho y le pregunté por señas si tenía hambre.

Mariano dijo que no con la cabeza y me retorció los ojos conteniendo los deseos de reír, pero yo sabía que estaba muerto de hambre pensando en una pizza calentica o en un buen pan con bisté.

CAPÍTULO 8

MARIANO Y YO SOSTENEMOS UNA CONTROVERSIDA



a casa era como todas las casas de campo: dos cuerpos de madera y techo de guano, unidos mediante una canal de cinc. A su alrededor había matas de mango y de aguacate, y otras matas de guayaba y de ciruelas, con sus gajos raquíuticos medio desnudos y náufragos.

Varios perros nos salieron al encuentro sin las mejores intenciones, pero enseguida se tranquilizaron. Entramos a la casa por la puerta que daba al comedor y que era la entrada oficial. En las casas de campo la puerta de enfrente permanece cerrada, y la sala apenas se utiliza; sus muebles envejecen, empolvados la mayor parte del tiempo. Es en el comedor donde se recibe a las visitas y donde se conversa y se juega dominó, además de las tres comidas diarias.

El flaco acompañó a Mariano hasta una habitación para que se cambiara de ropa; el gordo había salido por otra puerta, y yo aproveché y me dejé caer en un taburete.

Había una mesa enorme dispuesta a todo lo ancho del comedor, provista de un banco de madera por cada lateral. En ambos extremos de la mesa había un taburete de madera con fondo y respaldar de cuero de chivo.

Otros taburetes similares estaban dispuestos por toda la habitación. En una esquina vi unos sacos de yute, encima de los cuales un gato me miraba con la más absoluta indiferencia, con esa mirada que tienen los gatos, carente de toda expresividad. En la otra esquina había una tinaja de barro, hundida hasta el cuello en un cajón de madera que le servía de protección. Una mujer entraba y salía de la cocina trayendo fuentes rebosantes de viandas y disponiendo los cubiertos como si hubiera alguna fiesta. Me saludó con un movimiento de cabeza y prosiguió sus trajines.

Al fin regresaron el flaco y Mariano Jesúsón, y fuimos a lavarnos las manos. Salimos por la misma puerta que había salido el gordo. El gordo regresaba del campo, seguido por varios hombres. Afuera había un palanganero con su palangana de peltre y un jabón. Después nos secamos las manos en una toalla que colgaba junto a la puerta y nos fuimos arrimando a la mesa. Todos eran gente mayor, que iban ocupando sus turnos en silencio, sin darle importancia, como si no hubieran hecho otra cosa en el mundo que arrimarse a una mesa. Había varias fuentes con frijoles negros y arroz, además de harina, boniato, leche, ensalada de col, queso, y una tártara grandísima de masas de puerco. Parecía una boda o algún cumpleaños. La mujer se había servido, pero almorzaba sentada en un taburete junto a la puerta que conducía a la cocina, y muy atenta a cuanto ocurría en la mesa no fuera a ser que se le hubiera olvidado algún detalle.

Mariano Jesúsón y yo fuimos los primeros en terminar. Aquella gente se servía tres y cuatro veces

unos platos gigantescos como montañas, y masticaba despacio, con una suavidad y un placer como si se tratara de una ceremonia. Cuando vi que ya los dos últimos estaban finalizando, me puse de pie:

—Quiero agradecerles en nombre de este pobre mudo y en el mío propio, todas las atenciones que han tenido hacia nuestras personas, y que realmente...

En ese punto me trabé porque realmente estaba en un dilema. Por un lado yo quería agradecer las atenciones, pero por otro me pareció injusto haberles mentido con la historia de Mariano Jesusón. Sin embargo, en el momento en que empezaba a consolarme con la idea de que había mentido en defensa propia y me disponía a seguir, Mariano Jesusón se incorporó ante el asombro general, y empezó a disculparse en el español más claro y perfecto que pudiera escucharse: que no me hicieran caso que, como todos ya seguramente sabían o se habían dado cuenta, él no era mudo ni nada por el estilo, sino que más bien yo era un pobre muchacho desequilibrado capaz de cometer las más ridículas tonterías y las ridiculeces más tontas.

—Sí —dijo el gordo—, ya me había fijado en que el pobre no anda bien de la cabeza.

—Pobrecito —dijo la mujer casi llorando, mirándome con los mismos ojos que me mira mi mamá cuando llego tarde y ella se sienta conmigo a la mesa a verme comer, y a mirarme.

De pronto yo volví a tomar la palabra.

—No le hagan caso —dije, con una voz más firme que la de Mariano Jesusón—. Para acabar de poner en claro las cosas, sepan que mi compañero de viaje

es un infeliz monocorde que ha recogido su maleta y se ha evadido del más riguroso y severo campamento de la Escuela al Campo, porque su pobre hermanita y único ser que le queda en el mundo, ya que es huérfano de padre y madre, será operada mañana en la sala de cirugía del hospital provincial de Santa Clara, y el sinvergüenza del director se negó a concederle el permiso; entonces yo decidí acompañarlo y compartir con él estos momentos amargos donde se conoce a los verdaderos amigos.

—¡Qué sinvergüenza es ese director! —dijo el flaco—. ¡Es verdad, carijo, que hay cada responsable!

—¡Pobrecito! —dijo la mujer casi llorando.

Mariano Jesusón estaba pálido y cogió impulso de nuevo. Dijo que él esperaba que aquellas buenas personas dieran prueba de gente juiciosa y no prestaran atención a mis engañosas palabras, que él era hijo único de padres sanos y que le perdonaran el hecho de haber sido cómplice de una mentira; que yo era un tipo imaginativo y mentiroso, perdidamente enamorado de una muchacha de nombre María Virginia, para más señas, quien actualmente se hallaba en Guanabo, y cuyas relaciones conmigo se encontraban en su nivel más bajo, por lo que él se había ofrecido a ayudarme con la esperanza de que yo recuperara plenamente mis facultades mentales.

—Ya me parecía a mí —dijo el gordo—. Algo me decía que no podía estar bien.

—Pobrecito —dijo la mujer casi llorando.

—No le hagan caso —dije—. ¿Es que acaso no se daban cuenta de que esa muchacha que estaba en

Guanabo no podía vivir un solo minuto separada de mí? ¿Acaso no presentían que estaba sufriendo la más terrible soledad, y que su angustia y su desesperación eran tales que me había visto obligado a realizar este riesgoso viaje sin gastar un quilo y sin importarme los contratiempos, ni los peligros, ni las mentiras que este filatélico vendido pudiera elaborar para impedir mi entrada triunfal en Guanabo y librar del sufrimiento a esa muchacha, que padecía los primeros síntomas de nuestra separación y, por consiguiente, los más amargos y trágicos; ya que la pobre finalmente tendrá que prescindir de mí, y consolarse con la esperanza de que al cabo de varios años esperándome yo vuelva a sus brazos, como la historia de Ulises y Penélope?

—Pobrecita —dijo la mujer casi llorando.

—¡No es así! —casi gritó Mariano Jesusón al darse cuenta de que estaba casi perdido. Y agregó que yo era quien estaba casi loco por ella, y que él, Mariano Jesusón, hacía este viaje con el único propósito de protegerme de mis arranques, y que él sabía que casi todas aquellas excelentes personas lo sabrán disculpar por este mal rato.

El asunto era que los guajiros no se ponían de acuerdo. Los más inteligentes me creían a mí, pero el gordo y siete u ocho bobos lógicamente estaban de parte de Mariano Jesusón.

El colmo fue cuando uno de ellos se puso de pie y dijo que nosotros éramos cómicos de la televisión o de algún teatro, y todo el mundo aceptó el paquete con un aplauso.

Nos despidieron en grupo, con la mano en alto, deseándonos muchos éxitos. Yo los vi tan convencidos y seguros que me puse a inventar chistes, porque a veces la gente descubre lo que es uno mucho antes de que uno mismo lo sepa.

—Oye, Mariano, esa gente tiene razón: nosotros somos unos cómicos.

—¡Vete al carajo! —me dijo él, que jamás decía una mala palabra, y dejó de hablarme.

CAPÍTULO 9

EL DESENGAÑO DE MARIANO JESUSÓN

Salimos a la carretera. Otra vez a la carretera. El sol estaba en lo más alto y el día era muy transparente. Había dos álamos a cuya sombra nos protegimos del sol. Mariano se sentó sobre una raíz a escribir. Desde que abandonamos la casa del guajiro, no me había dirigido la palabra.

De pronto un camión azulito se detuvo, y como veintipico de gente que estábamos allí lo atacamos por todas la barandas. En cuanto yo me vi arriba, ayudé a Mariano a subir su maleta, pero este siguió sin hablarme y me di cuenta de que estábamos peleados.

En Santa Clara cogimos una local cerquita del Sandino y nos montamos por la puerta de atrás para no gastar un quilo según nuestra promesa, y Mariano Jesusón seguía sin dirigirme la palabra.

Ya estábamos llegando a Los Caneyes cuando por fin me dijo:

—Fíjate, yo te prometí que llegaríamos a Guanabo sin gastar un quilo y enfrentando los contratiempos y las dificultades, pero a la próxima que me hagas, estoy virando para Cabaiguán, ¿qué te parece?

—Simplemente que eres un tipo sin la menor iniciativa y sin el más elemental sentido del humor. ¿Acaso no te hartaste la barriga?

—¡Que yo...! No viste que apenas probé la comida. Eso fue para disimular, porque hasta el hambre se me quitó.

A Mariano cualquier cosa le quita el hambre. El día que tenga que afrontar los grandes problemas de la vida, se pasará meses enteros sin comer. Mariano solo sirve para realizar huelgas de hambre.

Los Caneyes estaban igualitos, con el indio y las cabañas y los pinos y los eucaliptos a su alrededor, pero con la diferencia de que ahora estaba lleno de gente que iba de un sitio a otro con papeles y libros bajo el brazo, algunos de ellos peludos como loco, y con unas barbas larguísimas y negras y color fideo. Parecía una reunión de tipos raros. Un grupo numeroso se hallaba en short, aglomerados junto a la piscina, tomando cerveza y traguitos con hielo y en estrai.

Nosotros mirábamos a todas partes en busca de Paulina, pero no aparecía por ningún sitio. La rubia profesora de Geografía que me había pedido un lado la noche anterior, estaba conversando con un barbudo de aquellos y no hacía más que sonreír.

Salimos caminando hasta un barcito que había junto al restaurante, y Mariano dejó caer su maleta para coger un diez.

Había una sola pareja en el bar y el cantinero se entretenía secando las copas con un paño, pero sin atender su tarea, con las manos ajenas como si se gobernarán por sí mismas.

En ese momento se nos acercó un tipo medio calvo, con una barba pajiza y esporádica.

—¿De qué municipio son ustedes?

Yo no entendí bien, pero le dije que de Cabaiguán.

—¿Ustedes no son del evento?

—¿Qué evento?

—Ah, disculpen... Yo pensé que eran del evento.

Primera vez que yo veía que tenían que disculparse con uno por no ser del evento.

—¿Qué evento?

—Un Encuentro de Talleres que hay aquí.

Por la forma de hablar del tipo, parecido al filatélico de la máquina, me di cuenta de que era habanista, pero no tenía aspecto de mecánico. Su piel era blanca y tenía las manos lisitas como un médico. Tampoco toda aquella gente parecían ser mecánicos.

—¿Usted es mecánico? —le pregunté.

—¡No! —me respondió sonriendo, como si su oficio estuviera a cien años luz de la mecánica—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Como dijo eso del Encuentro de Talleres.

El hombre sonrió de nuevo.

—Encuentro de Talleres, pero literarios. Talleres Literarios.

Yo no sabía que existieran esos talleres. Yo conocía los de mecánica, los de arreglar fogones y bicicletas; pero Mariano Jesús le dijo que él había ido varias veces a un Taller Literario.

—¡Qué bien! —dijo el hombre—. Usted parece una bella persona —y se puso a conversar alegremente

como si Mariano Jesusón fuera familia suya por el solo hecho de haber ido a un Taller Literario.

A Mariano le encantó todo aquello y sonrió con cara literaria.

—¿Usted es de aquí?

—No, de La Habana. Yo estoy invitado al evento. Aquí tengo muchos amigos, muy bellas personas.

—Venga acá —le pregunté—, ¿y qué es un Encuentro de Talleres?

—Es un evento donde se debaten los textos de los talleristas, ya sea en poesía, cuento, teatro y demás géneros... Todo eso favorece el intercambio de experiencias, que redundan en la calidad de los escritores, y en su nivel crítico y autocrítico.

—Ah, sí... qué interesante —dije, pero no había entendido ni media palabra—. ¿Y qué más?

—¡Cómo usted pregunta, compadre! Usted se ve que también es una bella persona...

—¿Por qué?

—Porque le gusta saber.

—¿Y qué más?

—¿Qué más qué?

—¿Qué más pasa en el evento?

—Bueno, al final se otorgan premios a los trabajos más destacados, que luego van al Encuentro Nacional.

Entonces me di cuenta de que aquello era igual que la pelota, que tiene su campeonato municipal, provincial, y luego la nacional y el equipo Cuba.

—¿Y cómo hacen el equipo Cuba?

—¿Qué equipo?

—¿Los que ganan en la municipal no van a la provincial?

—Sí...

—¿Y los que ganan en la provincial no van a la nacional?

—Así es.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué?

—Que los que ganan en la nacional hacen el equipo Cuba para los Panamericanos, ¿no?

—No, no, esto nada más llega hasta el evento nacional.

—Bah, entonces no tiene gracia.

—Sí, cómo no —Bella Persona no quería perder.

Yo me acordé de la historia que estaba escribiendo Mariano y se lo dije.

—¿Verdad? —Bella Persona se interesó y observó bien a Mariano. Este me había retorcido los ojos y estaba colorado, pero yo ni me inmuté:

—¿Usted no cree que se pueda debatir la historia de Mariano?

—Sí... tal vez haya tiempo... ¿Sobre qué trata?

Yo aproveché que ya me sabía el argumento y, como tenía deseos de orinar, salí a buscar un baño, dejando a Mariano Jesusón con Bella Persona.

Cuando venía de regreso, me asomo hacia la piscina y veo nada menos que a Paulina muy recostada a un tipo de aquellos Bella Persona, y me quedé loco. Tuve que restregarme los ojos y mirar de nuevo. Tenían las manos cogidas y se besuqueaban por la cara y por el cuello, luego se separaban, se miraban a los ojos y

sonreían como par de guanajos. Por último se tomaron un trago de ron y volvieron a iniciar el mismo ciclo de tomarse las manos, besuquearse y reírse... Yo no hallaba qué hacer. Sentí un dolorcito en el pecho que me iba subiendo y subiendo. Traté de tragar, pero no podía bajar aquella bola que me ardía como si tuviera arena en la garganta... Pobre Mariano, tan contento y tan equivocado. Me acordé de Alicia y Robe y me puse mal viendo a Mariano cabizbajo, de la casa a la escuela y de la escuela a la casa. Sin embargo, yo estaba allí para contárselo todo. Tenía que enterarse de una vez que Paulina no era más que una ingrata y una traidora, y que luego decidiera por sí mismo si se iba o no a meter a mejicano y a pasarse la vida de cantina en cantina diciendo de la herida que tenía en su pecho, mientras el mundo le iba a parecer sombrío y apagado.

Regresé al bar, cabizbajo. Bella Persona y Mariano charlaban animadamente.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Bella Persona, que seguramente se fijó en la cara que yo traía.

—Y a ti qué te importa... —le dije.

Pero él no se dio por aludido.

—Ustedes debían quedarse hasta mañana. Esta noche va a ser la premiación —dijo—. Así participan esta tarde del evento.

Aquella invitación era lo ideal para que Mariano tuviera tiempo de recuperarse.

—A mí me parece buena idea —dije—. Y así debatimos la historia de Mariano.

—No —dijo Mariano Jesusón, y me miró atravesado. Yo aproveché para hacerle una seña.

De pronto Bella Persona tuvo otra idea:

—¿Por qué no nos tomamos una cerveza?

—Magnífico —dije.

—Yo no quiero —dijo Mariano Jesusón, para estar en contra de todo el mundo, y volvió a mirarme atravesado.

Yo le hice otra seña: nosotros no podíamos gastar dinero, pero yo tenía que decirle algo que me quemaba y necesitaba una cerveza en mi cabeza y dos o tres en la cabeza de Mariano Jesusón.

Nos acomodamos y Bella Persona pidió tres cervezas.

Había un buen aire acondicionado y se estaba bien en el bar; aunque yo sentía una carcomilla que no me dejaba vivir.

Nos tomamos la cerveza y, para poder corresponder, pedí tres más y tres bocaditos de jamón. De esa forma Mariano se alimentaría bien antes de que lo supiera todo; seguramente con lo de Paulina tendría suficiente para estar dos años en huelga de hambre.

Bella Persona tomó un poco más de cerveza y nos dijo que vendría enseguida. Se puso de pie y salió por una puerta de cristal. Ese era el momento que yo había estado esperando.

—Tengo que hablar contigo, Mariano.

—¿Conmigo?

—Sí, algo muy serio —y pedí dos dobles en estrai para que se fuera preparando.

—¿Estás loco? —se fue a parar, pero yo lo retuve.

El cantinero trajo los dobles, y de un tirón me disparé el mío ante el asombro de Mariano Jesusón.

—¡Yo no quiero esa porquería! —Mariano empujó el vaso.

—Óyeme... —le dije.

—¿Sí?

—Fíjate... Yo espero que tengas la suficiente dignidad y valentía para soportar este golpe artero y alevoso.

—¿Qué golpe?

—El hombre debe ser fuerte y saber sobreponerse a las adversidades...

—¿Por qué me dices eso?

—... y a los reveses, las vicisitudes que el destino cruel coloca en su camino...

—Dime, viejo.

—... y ser capaz de salir airoso y fortalecido...

—Acaba de una vez, compadre.

—Mariano... Acabo de ver a Paulina con otro.

—¡Mentira! ¿Dónde? —se puso de pie, nervioso, alteradísimo.

Yo lo aguanté por un brazo.

—Fíjate... Si me prometes que antes de hacer nada regresamos aquí a tomarnos otro doble, te la enseño...

¿Me lo prometes?

Mariano no tenía ni fuerzas para hablar, y me dijo que sí con la cabeza. Después agarró su vaso y se empinó el ron de un solo golpe.

Salimos del bar y le apunté hacia la piscina.

Paulina no estaba por todo aquello.

—Allí estaba... —le dije.

—¿Dónde?

—Allí... Parece que se fueron.

—No serían ideas tuyas, ¿verdad?

—¡Cómo ideas mías, viejo! Era Paulina en persona. Vamos a dar una vuelta.

Mariano guardó silencio durante un rato.

—A lo mejor te confundiste... A mí me parece que ella no cae en eso. Seguro que te confundiste...

Yo iba a responderle cuatro cosas cuando descubro a Paulina y al tipo saliendo de la piscina.

—Mira...

Tenían las manos agarradas y, para acabar de remachar, se sonaron un beso en la boca.

Mariano bajó la cabeza. Tenía los ojos agudados, pero sin el más mínimo brillo. En ese momento Paulina miró hacia nosotros y la muy traidora nos saludó con el brazo, como si nada hubiera ocurrido. Incluso Mariano se turbó tanto que hasta le contestó el saludo.

—Vamos —le dije—. Y le pasé la mano por el hombro como si fuéramos buenos amigos.

—¿A dónde? —me preguntó totalmente desorientado.

—¿No me prometiste?

—Ah...

Llegamos al bar, silenciosos, y pedí dos dobles en estrai.

—Mariano... Yo espero que no vayas a hacer un papelazo, no quiero que la locura empañe tu cerebro y vayas a cometer una torpeza, un disparate, y te desgracies la vida por alguien que no merece siquiera un solo minuto de tus pensamientos...

Mariano se tomó un trago con los ojos opacos, mirando no sé qué en el fondo del vaso, pero no dijo una palabra.

—Lo que sí puedes hacer —le dije— es llegar a su lado y... Pero fijate, tienes que tener calma, nunca debes darle más de dos o tres galletas en la cara y algún gazonatón o par de patadas. No te puedes exceder, ¿está claro?

—¿Qué tú estás hablando?

—Me refería a la traidora e ingrata que se ha burlado de ti de la manera más cínica y vulgar.

—Está bien, ¿y qué?

—Que debe recibir su merecido, pero eso sí, sin exagerar.

Mariano se empujó el resto del ron.

—Mira, Rica, yo no le guardo ningún rencor...

—¿Qué?

—La vida es así, compadre, pero ella me entregó lo mejor, y eso no lo olvido. Lo de nosotros fue breve, un sueño, una ilusión, pero fue maravilloso. Y vivo feliz de haber tenido ese momento, de que ella me hubiera regalado ese trocito de felicidad.

—¡Trocito de felicidad! ¡Tú lo que eres un tarrú!

—No, Rica, no puedes hablar así. Nosotros no hicimos ningún compromiso.

—¿No? ¿Y las cartas que ibas a escribirle todos los días? ¿Y todos los planes que habías hecho? ¿Y todo lo que me hablaste de ella, eh? ¡Tarritos de oro! ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

Y no le dije más porque Bella Persona se acercaba otra vez, al tiempo que un aguacero ruidoso se destapó por los alrededores.

—Vamos al debate —dijo Bella Persona.

Nos pusimos de pie, pero a mí se me habían quitado los deseos de ir a ningún sitio.

—Lo siento, pero tenemos que seguir —le dije.

—¿Así, lloviendo? Vamos, vamos, verán qué interesante.

CAPÍTULO 10

UN EXTRAÑO ENCUENTRO EN LOS CANEYES

Dejamos los equipajes al cuidado del dependiente, salimos del bar y llegamos a un salón en forma de cabaña. Había varios grupos de gente concentrados en distintos puntos del salón. Pasamos junto al primer grupo, y comoquiera que había un tallerista leyendo, no quisimos interrumpir y nos detuvimos a escuchar. El tipo leía emocionado y de pronto se ponía colérico, como si estuviera bravo, y luego volvía a leer bajito, pastosamente, recalcando cada sílaba y siguiendo el ritmo de la lectura con su mano derecha que subía y bajaba, hacía círculos, se detenía en una cadencia suave y musical, como si estuviera dirigiendo una orquesta; sin embargo, yo no entendía ni media palabra. Primero hablaba de un canario, y después de una muchacha y un marfil y unos elefantes, y luego venían como tres malas palabras. Y cuando ya estaba entendiendo algo —seguramente la muchacha tenía dientes de marfil, y su voz era como el canto del canario—, se acabó la lectura así como así, y el tipo se sentó.

Había un silencio denso, aunque nadie se miraba desconcertado ni nada. La gente tenía la vista fija en un punto, como si continuara escuchando las palabras del tipo. Había una mesa con un cartelito encima que

decía POESÍA, tras la cual estaban sentados tres Bellas Personas de barbas de cobre, como los griegos, y espejuelos montados al aire.

—¿Criterios? —dijo uno de los griegos sin alzar la cabeza, y la gente empezó a salir de la modorra.

—A mí me llega —dijo uno.

—A mí me toca —dijo otro.

—A mí también me llegó —dijo un tercero—; sin embargo, no sé... hay algo ahí que me choca.

Una muchacha flaquita de pelo erizado y batilongo blanco, pidió la palabra.

—Sinceramente a mí me llega bien. Aunque pudiera parecer un poco largo, a mí no me chocó nada...

—A mí me parece bien —dijo uno medio griego, que se estremecía todo para hablar—. Me llegó, me tocó, me conmovió... sin embargo, coincido con el compañero en que hay algo ahí que me choca, tal vez sea alguna mala palabra.

Ya yo estaba un poco aburrido y aproveché la ocasión para invitar a Bella Persona a continuar de largo, y dejamos aquella gente con su bobería del me llegó, me tocó y me chocó, y llegamos hasta otro grupo menos numeroso.

Había sillas vacías y Mariano y yo nos acomodamos, mientras Bella Persona tomaba asiento detrás de la mesa. Un tipo leía un trabajo de ciencia ficción enredado y pico, mientras el silencio era casi absoluto. El aguacero continuaba furioso y la tarde se había oscurecido. Cuando el tipo terminó de leer, Mariano Jesusón quiso hacerse el chulo y el sabio y levantó la mano.

—Diga...

—A mí me llega... sin embargo, hay algo ahí que me choca.

El bobo pensaba que aquí se hablaría de lo mismo que en el otro grupo; sin embargo, la gente empezó a decir palabras extrañísimas: verosimilitud, síntesis, trascendencia... Después los jurados dieron su opinión dando una vuelta grandísima y hablando de mil gente y de lo que habían dicho las mil gente, para poder decir lo que ellos querían (cuando uno quiere decir algo que ni uno mismo cree, casi siempre uno empieza a decir lo que dijeron mil gente). Por último, al tipo, que era un hipócrita, se le ocurrió agradecerles los defectos hallados a su cuento. Esto me recordó a Pablo, el de Meñique, que estaba muy orgulloso de que el rey en persona le hubiera cortado las orejas.

Luego fueron leyendo como dos más, que eran los últimos. Yo me había quedado medio dormido, en una especie de sopor al cual solo llegaban algunas frases aisladas. Me desperté bastante tarde ya cuando escuché que Bella Persona, teniendo en cuenta que aún era temprano, presentaba a Mariano Jesusón. El aguacero había cedido un poco, pero a través de las persianas penetraba un aire lluvioso y como un olor a tierra húmeda.

Mariano Jesusón abrió mi agenda y se puso a leer la historia de nuestro viaje.

La historia estaba casi completa, con detalles adicionales y apuntes de los pueblos por donde habíamos pasado; pero era un poco monótona y medio cansona. Venía la parte del filatélico y las botellas y el Lazo de

Santa Clara, todo con su fecha y hora exacta y demás pormenores, aunque el muy sinvergüenza no le tiraba mucho al filatélico. Estuvo leyendo como media hora sin parar. Ya yo estaba un poco aburrido cuando Mariano leyó el último párrafo, y el flaco envidioso levantó la mano y dijo que aquello era increíble, porque los niños en nuestro país no andaban así por la libre cogiendo botellas.

—¡Cómo increíble! —dije yo, que no pude aguantarme—. ¿Quieres que baje al bar ahora mismo y traiga la carta de María Virginia para que no seas tan hablantín y tan envidioso?

La gente empezó a reírse al darse cuenta de que lo había liquidado, pero el tipo siguió de cabezón:

—Yo no digo que no sea verdad —dijo sonriendo para tratar de arreglar la cosa—. Yo lo que pienso es que no se cree. No es lo mismo la verdad que la verdad literaria.

Dime tú: la verdad literaria. Ahorita hay una verdad científica, y otra verdad filatélica o medicinal.

—Eso mismo me parece a mí —dijo otro envidioso y vendido, que hablaba con una mano en la cabeza como si fueran a darle un toletazo. Seguramente por hablar tanta basura ya le habían roto la chola unas cuantas veces.

Pero lo más jodido fue que todo el mundo empezó a tirarle a Mariano, y a decir cuanto le daba la gana. Que repetía palabras, eso equivalía a pobreza de vocabulario. Se veía que había que pulirlo, había que trabajarlo: había muchos había que hacían cacofonía...

Yo me puse de pie:

—Ustedes son una partida de sanacos y metódicos que se meten media hora hablando y no dicen ni jota. Parecen filatélicos envidiosos incapaces de reconocerle el mérito a Mariano.

—Chico —dijo el de la mano en la cabeza—, el que no quiera que lo critiquen que no vaya a un Taller Literario.

—¿Y tú?, que te pones la mano en la cabeza.

—¡Caballeros, por favor! —intervino Bella Persona—, así no se puede hacer nada.

La gente se calmó un poco y Bella Persona aprovechó para hablar en árabe: a él le parecía que había un intento de abordar la realidad desde el punto de vista de un narrador objetivo que husmeaba dentro del ser humano con cierta agudeza y con un incipiente sentido del humor, y que todo ello era un empeño muy loable y muy plausible; sin embargo, era evidente que aún el muchacho (o sea Mariano) no disponía de un dominio pleno de las herramientas del lenguaje, debido a su propia inmadurez e inexperiencia y a la falta de malicia en el oficio. No obstante, estaba seguro de que ese lenguaje podría madurar hasta el punto en que Mariano podría convertirse en un notable escritor. Si decía todo eso era porque del propio texto se desprendía claramente lo más importante para quien se iniciara en este camino: que la materia había surgido primero que la conciencia.

—Yo coincidí contigo —dijo otro del jurado, que hablaba suavemente, sospechosamente suave—. Además, creo que en el texto del muchacho hay una intención por la palabra —decía, moviendo los dedos como si

tuviera una fruta, algún mango madurito o un níspero en las manos—. Creo que eso es muy importante —seguía moviendo los dedos—: ese saboreo, ese regusto por la palabra.

En eso último quizás tuviera razón. Mariano es tan goloso que a lo mejor pensaba que las palabras eran mandarinas. Sin embargo, él estaba callado como si no escuchara, aunque se veía que sentía todo aquello, se veía clarito. Tenía además una sombra en los ojos que no era otra que la sombra de Paulina, tan ingrata y tan traidora. Las críticas seguían lloviendo sobre él y le llegaban, lo tocaban y lo conmovían, pero no se quejaba.

Ya había escampado completamente, pero la tarde seguía oscura y húmeda.

Por fin terminó el debate y Mariano y yo llegamos hasta el bar a recoger los equipajes sin cruzar media palabra. Mariano estaba cabizbajo, y tan triste con lo de Paulina como con las críticas. Estaba cabizbajo de dos tristezas, que es un estado firme de desplome general.

De pronto se nos acercó Bella Persona con unos tickets en la mano.

—Tomen, esto es para la comida... Además, faltaron unos compañeros y les conseguí una cabaña.

Yo iba a decirle que lo sentíamos mucho y que teníamos que irnos; sin embargo, estaba tan cansado con el recuerdo de la noche anterior en la Terminal de Santa Clara que de pensar en una cama estiradita, con su colchón de muelles suavcito, se me cerraban los ojos.

—Así aprovechan y van a la clausura esta noche —siguió Bella Persona y nos entregó los tickets.

En el restaurante, un trío interpretaba canciones antiguas de mujeres hermosas y tipos desgraciados, y la comida estuvo riquísima y musical. Uno de los talleristas pidió cerveza para nosotros y salí de allí medio mareado; sin embargo, me sentía tan mal con las críticas que le habían hecho a Mariano que no tenía deseos de hablar con nadie.

Nos bañamos y fuimos a la clausura. Subimos a una guagua y llegamos a la ciudad junto a un edificio lleno de cristales. Había un salón listo con su estrado y su micrófono, y una mesa engalanada frente a un montón de sillas.

Poco a poco fuimos ocupando asientos, mientras algunas Bellas Personas subían al estrado. Se hizo silencio y una mujer hizo la introducción.

Luego los jurados fueron concediendo premios, y los aplausos resonaban por todo el edificio. La gente se felicitaba y se abrazaba... Después fue llegando la calma otra vez y la presentadora anunció al compañero del Partido que iba a hacer el resumen.

El hombre leyó un papel donde los exhortaba a seguir escribiendo para ganar más batallas en el terreno de las ideas.

La gente aplaudió y el hombre siguió leyendo durante media hora. Finalmente felicitó a los talleristas y elogió la buena labor de los jurados.

Hubo cerveza y bocaditos, pero yo no tenía deseos de nada.

Llegamos a Los Caneyes después de las once, y desde que entré a la cabaña no pude seguir callando.

—Oye, Mariano.

—¿Qué?

—No le hagas caso... Yo...

—¿A quién?

—¡A quién va a ser! A toda esa mierda que te dijeron. ¡No te das cuenta de que son unos envidiosos! Verdad literaria, lo que hay que hacer es escribir lo que a uno le dé la gana, y olvidarse del oficio y el gusto y el regusto por la palabra y toda esa porquería que hablan las Bellas Personas.

Mariano Jesusón sonrió por primera vez, y yo pensé que ya se iba consolando y animando un poco, cuando de pronto me salió con que yo no tenía nivel autocrítico.

—Yo lo que no soy es comemierda.

—No asimilas la crítica, Rica. Yo estoy totalmente de acuerdo con lo que me han dicho. Es cierto que me falta experiencia, madurez, oficio... —y repitió toda la basura que le habían dicho los talleristas.

Aquello me puso encendido. Me dio tanta soberbia que agarré mi maletín para irme al diablo, pero miré hacia la cama y la vi tan cómoda que me olvidé del asunto y caí de sopetón sin quitarme los zapatos, por lo que estuve soñando que era caminante y atravesaba el Sahara y el Monte Everest, y cuando cruzaba Los Pirineos, como a la dos de la mañana, me desperté y me quité los zapatos.

CAPÍTULO II

VIAJAR EN TREN ES MÁS BARATO

Nos levantamos como a las nueve. Era domingo y tercer día desde nuestra salida. Desayunamos casi de últimos. El restaurante estaba silencioso, sin tríos ni pianistas. Afuera había varias guaguas escolares para llevar de regreso a los talleristas. Los invitados de La Habana, que eran cuatro, se iban en un Moskvich y no hubo espacio para nosotros.

Ya teníamos todo recogido y subimos a una guagua que iba para Remedios. Nos bajamos en Santa Clara a dos cuadras del parque, y debajo de unos árboles altísimos que crecen junto al arroyo que atraviesa la ciudad. Nos sentamos cómodamente, sin sueño ni hambre ni sed, y nos pusimos a hacer planes.

Luego de algunos puntos de vista diferentes, yo propuse ir hasta la Terminal de Ferrocarril y esta vez Mariano no se opuso; aunque yo sé que no estaba tan de acuerdo conmigo, sino que el pobre no tenía ánimos para discutir. Estaba cabizbajo y empezó a hablar lo estrictamente necesario. Tanto fue así que de buenas a primeras le dio por comerse los artículos y las preposiciones como si estuviera pasando un telegrama.

—Está bien. Vamos ferrocarril —dijo.



Echamos a andar. Atravesamos el parque, que a esa hora ya estaba lleno de viejitos sentados en los bancos recibiendo el sol de la mañana, y llegamos al ferrocarril justo en el momento en que un tren de carga se disponía a proseguir su viaje hacia La Habana y le dije a Mariano que no debíamos desaprovechar esa oportunidad.

—Está bien, subamos —dijo, y se preparó para abordar el último coche que parecía una casita, con su puerta y ventana de cristal.

Yo lo sujeté por el brazo con firmeza y le hice ver que aquello no era así como así.

—En el último coche casi siempre va un tipo con los ojos abiertos y un farol encendido...

Y nos adelantamos varios coches. Había uno medio abierto y subí de un salto. Luego cogí la maleta de Mariano Jesusón y por último le di la mano para que viera que yo era un buen socio.

Adentro todo estaba oscuro, pero al poco rato empezamos a distinguir mejor. Había varios bultos y cajas de cartón con direcciones, y dos colchonetas enrolladas, y un olor penetrante a pintura y a hierba seca.

En la parte de atrás había dos bultos de sacos de yute y nos acomodamos sobre ellos. La locomotora pitó dos veces y el tren inició la marcha. A través del hueco de la puerta veíamos desfilan la ciudad y calculé que pronto estaríamos en Guanabo. No hay nada tan especial como pensar en María Virginia mientras uno viaja en tren. Ella había vuelto a mi memoria con sus dientes pequeños y su manera comiquísima de ponerse brava, con los ojos rabiosos, pero con la boca a punto

de sonreír, y a mí también me dio risa, aunque era una risa triste y melancólica.

—¿De qué te ríes? —preguntó Mariano, que siempre está en Babia.

—De nada.

—Quien solo ríe, maldades acuerda.

—Será: el que solo se ríe, de sus maldades se acuerda.

—Anjá. ¿Cuál maldad acuerdas?

—Ninguna. ¡Chico, qué forma es esa de hablar, te has vuelto bobo, pareces un indio o qué!

Mariano Jesusón volvió a guardar silencio, y se dejó caer hacia atrás con las manos en la nuca totalmente despreocupado. Ya habíamos salido de la ciudad y a través del rectángulo de luz veíamos desfilan árboles de pinos y eucaliptos, y pequeñas montañas rocosas de poca vegetación. A veces algunas vacas y caballos cruzaban veloces por nuestro espacio de luz, que era como nuestro televisor.

—Oye, Rica —me dijo Mariano, luego de un rato de meditación—, ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—No voy a seguir escribiendo.

—¡Cómo!

—Sí... Todavía... Yo todavía no estoy preparado, ¿entiendes? Todo lo que he escrito está lleno de problemas.

—Eso te pasa por hacerle caso a las Bellas Personas.

—No, viejo... Estoy seguro de que en la mayoría de los casos tenían razón.

—Dame acá la agenda.

—¿Para qué? —Mariano me dio la agenda.

—Yo voy a seguir la historia, ya que tú eres un rajao y un vendido.

—¿Tú?

—Sí... Aunque espera... Mejor la hago desde el principio —le devolví la agenda—. Voy a comprar un block y escribir mi historia. Yo quería que tú escribieras tu historia y yo la mía, pero ya veo que eres un mierda.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Para tirarlas al mar en dos botellas, igual que hacían los náufragos, y de aquí a cien años o a doscientos seguramente alguien las encontraba... No es lo mismo una sola botella que dos, ¿no te parece?

—A mí no. Me parece una tontería más de las tantas que se te ocurren.

—¿Por qué?

—Porque sí... Estamos casi en el siglo veintiuno para comer tanta cativía.

—Estamos casi en el siglo veintiuno, pero tú sigues escribiendo como lo hacían en el siglo uno por lo menos.

—¿Por qué?

—Porque sí... Ahí dice: «Aquel día Mariano y Ricardo salieron a la Carretera Central...» Todo contado desde afuera. Así la historia es una porquería.

—¿Tú piensas que la debe contar un narrador protagonista o testigo para lograr más verosimilitud?

—Yo no sé cómo rayos se llama eso, pero la historia debe ser en primerísima persona, como todas las

grandes obras que se han escrito, que son en primera persona.

—¿Quién te dijo eso? Ahí tienes El Quijote...

—¿Qué Quijote?

—El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, está narrado en tercera persona.

—¿Y tú te disparaste eso?

—Claro.

—¡Qué clase de resistencia! Eso no lo pudo leer nadie en el aula.

—Porque ustedes son unos socotrocos. ¿Tú no sabes que El Quijote es la obra cumbre de la literatura española, y uno de los libros más vendidos del mundo?

¡Literatura universal! Mariano Jesúsón había empezado otra vez a hablar boberías. Cada vez se me parecía más a los críticos de cine, que califican de buena a la película mala, y, cuando dicen que es mala, la gente se mata en las colas por tal de verla. Yo no quise seguir discutiendo y me recosté a unas cajas de cartón hasta que al poco rato sentí que el tren se detenía en un pueblecito. No había tenido tiempo de mirar bien, cuando la puerta se abrió de golpe y el resplandor me encandiló la vista.

—¡Arriba, bajándose!

Era un tipo chiquito y flaco y en otra circunstancia le habría roto la cara, pero cuando uno no tiene la razón, es como si perdiera las fuerzas.

Mariano Jesúsón estaba en el quinto sueño y se despertó de un salto, con la maleta en la mano.

Nos bajamos y el tipo cerró la puerta de un tirón, como si la puerta tuviera alguna culpa. Luego se quedó

mirándonos atravesado, con aquella barbita de tres días y la ropa tiznada que parecía un fogonero.

El tren siguió su camino, y Mariano y yo quedamos en plena vía, solitarios, como dos pistoleros en la parte final de la película.

Estábamos en un pueblo que se llamaba Santo Domingo, y era realmente domingo. Mariano preguntó por la Terminal de Ómnibus, mientras yo aprovechaba para llegar a una tienda a comprar un block y dos o tres lapiceros, pero era domingo y todo estaba cerrado. Se lo dije a Mariano Jesusón, y, como él es un tipo precavido, abrió su maleta y me dio un lapicero y un paquete de hojas blancas.

Eran como las once de la mañana y no había ninguna señal de guaguas, por lo que nos fuimos para la salida. Un grupo numeroso de reclutas cogía botellas y nos situamos cerca de ellos. De Santo Domingo a Matanzas hicimos como ocho cambios de carro. Cada vez que los reclutas paraban uno, nosotros lo aprovechábamos.

Así estuvimos en Cascajal, Mordazo, Cervecería, Manacas, Colón, Los Arabos, Jovellanos... aunque no estoy seguro de si fue ese el orden.

Llegamos a Matanzas tardísimo en la noche y con un hambre desesperada, pero no podíamos gastar un quilo. La Terminal estaba repleta, sin un solo asiento disponible. Había un frío de madre a pesar de agosto, un frío que salía de la bahía inundando toda la ciudad, y decidimos ir hasta una parada de guaguas locales y nos tiramos sobre unos bancos de mampostería, dispuestos a pasar la noche.

Yo aproveché bien el tiempo teniendo en cuenta que no podía dormir con aquella combinación de hambre y frío, y decidí escribir los primeros capítulos de la historia. Ahora son como las cuatro de la madrugada. En este momento acabo de poner la historia al día. Para ello tomé algunos datos de la historia de Mariano Jesusón, mientras él permanecía a mi lado totalmente rendido con la cabeza apoyada sobre su maleta. He tratado de escribir lo más claro posible, olvidándome de los adjetivos y los sustantivos y de todas las estupideces que dicen las Bellas Personas, poniendo mi punto de vista tal y como pasa en las aventuras de Huck, y comenzando desde el principio, o sea, desde el momento en que me senté a escribir la carta a María Virginia hasta el mismísimo instante en que llegamos a esta parada, pasando por la abuela de Mariano Jesusón, por el habanista filatélico, los reclutas, las Bellas Personas, y todo lo que me ha parecido digno de poner en esta historia.

Ahora está amaneciendo. Me dispongo a seguir el viaje en espera de poderle agregar al libro todo lo que nos depara el día de hoy, día hermoso en que Virginita ha de recibir mi carta, y para lo cual ella tiene reservada la expresión más linda que uno pueda imaginarse.

CAPÍTULO 12

LA HISTORIA DE CAÑETE

Hace dos días que no escribo. Yo quería escribir lo más cerca posible de los hechos, pero he tardado dos días y estoy haciéndolo desde un hospital. Tal vez quieran saber por qué estoy aquí, medio abollado, escribiendo en estas condiciones, pero esa es la parte final. Para que la historia quede lógica, debo remontarme al día de ayer, en la parada de Matanzas, cuando Mariano Jesusón despertó del primer sueño y rápidamente llegamos a la Terminal.

Era el cuarto día desde nuestra salida. Yo me sentía débil, con hambre y sueño; pero estaba contento, con esa alegría de saberme próximo a la meta.

En la Terminal nos lavamos la cara y los ojos, que me ardían como brazas, y nos acercamos a la taquilla.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté a Mariano mirándolo atravesado, porque lo vi meterse las manos en los bolsillos muy decidido y seguro de sí mismo.

—Sacar los boletines —me dijo con una indiferencia total.

—¡Cómo! —lo sujeté por el hombro.

—Sí... —me replicó tranquilamente. Nunca había visto tan ecuánime a Mariano Jesusón.

—¿No te das cuenta de que hay que pagar, o tú eres sanaco?

—Sí..., ¿y qué?

—¿Que eres sanaco?

—No, que hay que pagar, ¿y qué?

—¡Cómo que y qué! ¡Qué rápido olvidas las promesas y los juramentos! Una sola noche a la intemperie ha bastado para doblegar tu decisión y convertirte en violador de tus más sagrados compromisos...

—Aguanta ahí... —Mariano Jesusón se rascó la cabeza y respiró profundo como si acopiara paciencia, pero todo eso lo hacía para ganar tiempo.

—¿Qué? ¡No te rasques más la cabeza!

—¿Por qué diablos? —siguió rascándose más fuerte.

—Porque te la puse en China y estás tratando de ganar tiempo. Dale, responde rápido y deja de hacerte el chivo con tontera.

—Mira, Rica... los dos hicimos un compromiso...

—Eso ya lo sé. No te hagas el filósofo diciendo cuatro cosas que todo el mundo sabe para después saltar con la mentira.

—¡Espérate, viejo, no me dejas hablar! Yo acepto que tú cumplas, y voy a ayudarte en lo que pueda.

—¡A mí no tienes que ayudarme! Límitate a cumplir tu parte y se acabó.

Mariano se sublevó de pronto.

—¡Cómo rayos voy a cumplir!

—¡Cumpliendo!

—¡Sí... tú quieres que yo siga mi juramento, mientras Paulina goza de lo lindo en brazos de otro! ¿Acaso

una persona así merece que yo me sacrifique, que siga sin gastar un quilo sabiendo que todo se acabó?

—En brazos de otro no, en cuerpo entero, en cuerpo y alma.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—¿Crees que deba seguir mi compromiso?

Yo iba a decirle que los compromisos hay que cumplirlos siempre, porque sobre todas las cosas es con uno mismo con el primero que hay que quedar bien, pero me di cuenta de que Mariano también tenía su poco de razón. Estaba triste y apesadumbrado.

—Tienes razón —le dije.

—En cuanto a ti, yo puedo sacar dos pasajes, uno para cada uno, y tú no violas tu promesa.

—Tienes razón.

—Y puedo llegar a una pizzería, y comprar dos pizzas calenticas, una para cada uno, y tú no violas tu promesa.

—Tienes razón.

—Y puedo comprar dos refrescos, uno para cada uno, y tú no violas tu promesa.

—Tienes razón.

—Y si me da la gana...

—Deja, Mariano, no pongas más ejemplos —le dije; era la primera vez que tenía tanta razón en lo que hablaba y seguramente iba a estar cinco días sin callarse.

Sacó dos pasajes para el tren de las once y media, y nos llegamos a la pizzería.

La pizzería resultó ser un Sírvese Usted, y lo único que había era pizza y cerveza clara del país. Para poder comprar cerveza, tenías que comprar pizza. Imagínate. Aquello estaba lleno de borrachos. En una mesa, dos o tres cantantes desafinados se cogían todo aquello para ellos solos; en otra, un grupo de borrachos tenía como veinte pizzas acumuladas encima de la mesa porque lo que querían era tomar cerveza; pero la gran mayoría no se cansaba de importunar a la gente que iba a almorzar preguntándole si no quería cerveza.

—¿Ustedes van a sacar cerveza? —nos preguntó uno en un lenguaje complicado de la nota que tenía. Seguramente pensó que nosotros éramos bitongos de esos que no se dan ni un trago.

—Yo sí —le dije—. Mi socio también —y le hice señas a Mariano para que las pidiera.

En realidad yo no quería cerveza, pero al ver al tipo tan avaricioso atrás de la cerveza, me entraron deseos de tomar cerveza, y le dije a Mariano que sacara las cuatro cervezas.

Ese fue el fallo: cuando Mariano Jesúsón iba por la mitad de la segunda, empezó a hablarme de Paulina, de lo ingrata que había sido, que todavía él no podía asegurar que la había olvidado, pues estaba tan cerca de él, la sentía tan próxima que no hallaba cómo escapar de aquel estado, y que la recordaría siempre, no como la vio en brazos de otro, sino como lucía aquella noche maravillosa en que fue suya, y que ese recuerdo nadie se lo podía quitar; en fin, que parecía un mejicano hablando de las mujeres que hacían desgraciados a los hombres...

Yo me comí la pizza y dejé que descargara todo lo que tenía por dentro. De pronto los ojos se le aguaron y hasta yo también empecé a sentir rabia por Paulina. Me tomé las cervezas y, para poder sacarlo de aquella situación, le dije que el tren estaba al llegar.

Nos pusimos de pie, dispuestos a irnos, cuando sentimos una voz:

—Dime, asere —y veo a un tipo que se acerca muy risueño de la mesa de los cantantes sin que yo acabara de saber de quién diablos se trataba.

—¿Qué pasa, asere? ¿No me conocen?

Y cuando volvió a reírse, descubrí que era el mismísimo Cañete.

—¿Qué haces aquí? No te conocía...

—¡Asere, al fin! ¡Al fin le vendí al verde! Ayer mismo el capitán me dio la baja. Estoy celebrando en grande. Hoy es el día más feliz de mi vida. El capitán me dio la baja. Vengan para acá... Tengo una nota, asere. Desde ayer estoy curda. Mira, esta gente son mis socios, mis hermanos... ¿Ya te dije que desde ayer estoy curda? El capitán...

—Te dio la baja.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo imagino.

—Así mismo: el capitán me dio la baja.

—Bueno, me alegro de que hayas terminado —le dije porque sentí necesidad de decir algo.

—Gracias, asere... Esto hay que celebrarlo. Desde ayer estoy en nota —me sirvió medio vaso de ron a mí y medio a Mariano Jesúsón.

—Felicidades —le dije otra vez.

—Yo lo siento —dijo Mariano.

—¿Que sientes qué?

—Que hayas salido... Estar en el Servicio es el más grande honor...

—Deja eso, fiñe... Oye —me dijo—, este tiene fiebre —y se empinó medio vaso de ron.

Estuvimos un rato allí. Cañete parecía realmente contento, pero con esas felicidades a medias que a veces tiene uno: los ojos le brillaban de una alegría extraña, como si aquel brillo tuviera alguna sombra triste. De ninguna manera nos dejaba ir. Tuvimos que mostrarle los boletines y hacerle ver que perderíamos el tren.

—¿Qué tren?

—El de La Habana.

A duras penas logramos salir, aunque el tren no se nos iba de ninguna forma. En lugar de a las once y media, se apareció como a las tres; y después de que habíamos viajado como una hora, se detuvo en un crucero de campo, de esos en los que no hay más que un camino, y esperamos como dos horas. Luego avanzamos otro rato más, cuando el tren paró de nuevo y empezó a dar marcha atrás y marcha atrás hasta que pasamos otra vez por el mismo crucero y faltó poco para llegar a Matanzas.

Fue en ese momento cuando siento que me abrazan y me vuelvo. Allí estaba Cañete.

—¡Asere, de madre...! —y nos brindó ron de una botella que sacó del bolsillo.

Mariano estaba medio dormido y dijo que no quería, pero yo me senté al lado de Cañete en el otro

asiento para hacerle la media porque me pareció que él quería decirme algo. Ya no se veía tan contento.

—Los he buscado por todo el tren, asere.

Él también se había montado en Matanzas.

El asunto fue que apenas me tomé el primer trago, Cañete empezó a hablar. Todo aquello era muy triste. Cañete, entre cuatro aseres y dos o tres maldiciones de lo más cómicas, me iba contando su vida, hablándome de cosas de su corazón.

De su vida que era una mierda.

De la beca.

De cuando conoció a Ileana en la beca.

De cuando robaban comida por la noche en la beca.

De cuando lo botaron de la beca.

De cuando se fue y perdió a su grupo y a sus amigos.

De cuando perdió a Ileana.

De cuando se hizo vagabundo y tiró a mierda la vida y empezó a emborracharse y a deambular de sitio en sitio.

De cuando lo cogió el verde.

De cuando se fugaba del verde tan solo por ver a Ileana, aunque fuera de lejos.

De cuando lo cogían fugado.

Del calabozo de su Unidad.

De cuando una vez vino con siete días de pase por estímulo, la única vez que se ganó un pase en el verde, pero ya Ileana no era la misma, y había buscado mejor compañía.

Todo eso me contó, y se tomaba unos tragos largos.

Y me dijo de sus padres divorciados, de su casa hecha leña, de que su vida no tenía ningún sentido.

Y me abrazó casi llorando, casi llorando los dos. Yo quería consolarlo, pero no hallaba qué decirle. Me dejó su dirección y se bajó en la primera parada. Lo vi alejarse diciéndome adiós, todavía con la botella de ron en su bolsillo. Y me quedé muy mal. Hubiera dado cualquier cosa por tal de ayudarlo, pero uno es tan inútil, tan poca cosa para esos momentos. En lugar de consolarlo me puse a pensar qué haría yo si encontraba a María Virginia con otro allá en la playa, como le pasó a Cañete, o a Mariano con Paulina, o al mismo Robe con Alicia...

Estaba muy mal y al fin pude quedarme dormido. Cuando Mariano me llamó, ya me sentía mejor, el sueño es una buena medicina, aunque no estaba del todo recuperado. Un hombre nos recomendó bajar en Campo Florido, pero no había flores por ningún sitio, sino más bien un pueblo antiguo, de esos que surgieron cuando el ferrocarril y luego se quedaron perdidos y olvidados por todo el país. Eso lo supe por la Terminal de trenes que era viejísima y alta, como las casas de los países fríos que salen en las películas.

Nos bajamos en Campo, cogimos una guagua, y a las seis y veinticuatro, hora de Cuba, estábamos arribando a Guanabo, como correspondía a dos tipos intrépidos y temerarios.

CAPÍTULO 13

LLEGAMOS A LA META, PERO...

Eran las seis y pico, pero el día aún estaba luminoso, y, por cada bocacalle que íbamos pasando, se veía la playa repleta de cabezas negras y rubias que sobresalían como pelotas flotando sobre el agua, y los bañistas que caminaban por la arena o se tendían a recibir los rayos del sol. Habíamos llegado a Guanabo a través de una carretera estrechísima que subía y subía hacia unas lomas, desde cuyas cimas contemplamos el panorama del mar que parecía estar elevado, mucho más alto que la tierra firme, como si estuviera dispuesto a invadirlo todo en el primer descuido. Un poco más acá, vimos el pueblo con sus chalets y sus residencias espaciadas y pintorescas. Finalmente fuimos descendiendo hasta que la guagua se internó por una avenida que se extendía paralela a la playa.

Bajamos con nuestros equipajes, pero en lugar de ir directo para casa de tío Juancín, decidimos primeramente buscar la casa cincuenta y entregar la carta a María Virginia. Era raro: ahora que estaba a punto de finalizar, no tenía el más mínimo apuro.

Empezamos buscando a tientas, sin rumbo, por cualquier calle, fijándonos en los números; pero cada vez que descubríamos una casa con el número cincuenta,

no tenía el caballito de mar a la entrada. Así andábamos, decepcionados y muertos de cansancio luego de cuatro días dando tumbos, cuando divisé una casa con un caballito de mar, y toqué a la puerta a pesar de que la casa era la número ciento ocho.

Nos atendió un viejo gordo, de espejuelos, como casi todos los viejos gordos, cuyos brazos estaban llenos de lunares carmelitas.

Me dijo que era un poco difícil hallar la casa cincuenta, pues esas casas de turismo estaban regadas por todo Guanabo, y me preguntó si no traía la dirección.

Dime tú: si yo hubiera traído la dirección, no tenía que preguntar tanto.

Le dije que no, y ya me iba a ir cuando al viejo, que estaba pensativo, se le alumbraron las ideas:

—¡Espera! No estoy seguro, pero me parece, me parece... que esa casa está en Brisas.

—¿En cuál Brisas?

Parece que todo el mundo tiene que saber cuáles Brisas, porque enseguida me dijo:

—¿Ustedes no son de aquí? En Brisas del Mar. Eso queda a tres kilómetros para allá, tienen que coger la cuatrocientos no sé cuánto.

Le dimos las gracias y seguimos.

—¿A dónde diablos vas ahora? —me preguntó Mariano.

—A Brisas...

—Pero el hombre dijo que no estaba seguro, acuérdate bien.

—El hombre no estará seguro, pero yo sí —dije. Porque dónde diablos podía estar María Virginia que no fuera en un sitio con ese nombre: Brisas del Mar, para que así yo pudiera contemplarla leyendo mi carta, mientras las brisas del mar batían su rostro y revolvían sus cabellos.

—¿Eh...? ¿Por qué estás tan seguro? —siguió Mariano.

—El viejo dijo que le parecía —le contesté.

—Por eso mismo...

—Chico, ¿cuándo tú has visto a un viejo gordo que diga: me parece, me parece... y que no sea verdad?

En aquel momento tuvimos buena suerte, pues un taxi frenó en seco para que dos muchachas en short y pulóver se bajaran una por cada puerta, como dos mellizas, al mismo tiempo, y yo aproveché para abordar al chofer:

—Oiga, ¿nos puede llevar a Brisas?

El chofer nos observó, frunció el ceño, se rascó la cabeza para ganar tiempo, igual que Mariano Jesúsón, y para que nosotros viéramos que era algo muy difícil, seguramente iba a comer o tenía algún compromiso ineludible; pero después accedió a llevarnos, aunque se veía que estaba haciendo un gran sacrificio.

El gordo nos había dicho que tres kilómetros, pero el taxi aquel empezó a doblar aquí y allá, a izquierda y derecha, pasando como tres puentecitos, hasta que por fin se detuvo y nos bajamos frente a un restaurante tipo cabaña, de mampostería, pero tipo cabaña, con el techo de guano como un sombrero y con yaguas en el caballete.

El viaje valía tres pesos, pero como ya estábamos en Guanabo donde finalizaba mi promesa de no gastar un quilo, me desquité y le di cinco pesos al taxista.

El restaurante se llamaba El Ranchón. Quedaba situado frente a la playa, que estaba azulita y desierta. Infinidad de pinos se extendían por toda la arena, un poco separados del agua. Al otro lado del Ranchón se diseminaban las casas, casi todas con su caballito de mar y bastante espaciadas entre sí. El barrio tenía dobles vías y avenidas y calles anchísimas con aceras y áreas verdes sembradas de matas de coco, así como paseos interiores en las dobles vías. Entre casa y casa había solares abandonados donde la yerba y los matojos crecían a más no poder. Era curioso ver casas tan lindas entre aquellos matorrales.

Le dimos casi la vuelta a la manzana buscando la casa cincuenta, hasta que doblamos una esquina y repentinamente topamos con la número cincuentiocho. Seguimos adelante y apareció la número sesenta. Retrocedimos y apareció la cincuentiséis y la cincuenticuatro, y ya no tuve duda cuando extendí la vista y vi una casa entre amarillo y carmelita, color canela, con un portal semirredondo y una escalera de caracol, para saber que aquella era la casa que buscábamos.

En aquel momento tuve que sentarme en el borde de la acera porque el corazón empezó a latirme aceleradamente, desenfrenado y moderno, como si de pronto me fuera a asfixiar.

Esa ocasión la aproveché para abrir mi maletín y extraer la carta del fondo. Todavía estaba planchadita,

con los nailons y el impermeable, tan intacta como acabada de hacer. La desenvolví y se la di a Mariano.

—¿Y eso? —me preguntó.

Yo ni me inmuté. Sabía que me iba a preguntar.

—Ahora, cuando llegemos a la casa, tú echas la carta por debajo de la puerta, tocas dos veces y sales corriendo.

—¿Y eso para qué? Dásela tú. ¿Acaso no vas a verla?

—Claro que sí, viejo, pero después.

Y tuve que explicarle que yo había hecho una promesa, para que no me hiciera más preguntas; pero lo que yo deseaba era ver a María Virginia, contemplar su rostro, la expresión de su rostro al recibir mi carta, exactamente con la brisa del mar bamboleándole el cerquillo y sus ojos brillantes como dos bichitos asustados; sin embargo, Mariano siguió preguntando:

—Una promesa... ¿a quién? ¿Tú crees en Dios?

—Claro que no, Mariano. En el socialismo nadie cree en Dios. ¿Tú no has dado eso de que creer en Dios es cosa de ignorantes y de gente supersticiosa?

—¿Y a quién le hiciste la promesa?

—A quién va a ser, a la Virgencita de la Caridad del Cobre, que es linda y cubana, que salvó a tres muchachos que se estaban ahogando en una tormenta en el mar.

Mariano Jesúsón no sabe nada de la Virgen y no pudo seguir preguntando. Cogió la carta a regañadientes, hablando bajito y rezongando. Yo escondí el maletín y me subí a un pino que crecía justamente

frente a la casa cincuenta y desde el cual tenía una visión muy panorámica.

Mariano echó la carta y dio los dos toques, pero no salió corriendo. Cogió su maleta y echó a andar como si nada. Yo me aferré al pino, agucé la vista y me concentré bien a disfrutar el espectáculo.

De pronto la puerta empezó a abrirse lentamente y casi me caigo del pino; sin embargo, cuando miro bien, veo a un tipo en camiseta, bajito y medio barrigón, que nada tenía que ver con el padre ni con ningún familiar de María Virginia, por lo que descendí del pino a toda velocidad, raspándome el pecho y la barriga y los brazos, y, sin darle tiempo a nada, llegué junto al hombre y le arrebaté la carta.

—¿Qué pasa? —preguntó el tipo, turbado ante mi ataque repentino. No sé por qué me pareció que yo lo había visto antes.

—Nada... ¿No está María Virginia?

—¿Quién?

—María Virginia Lope de Vega.

El hombre frunció el ceño. Mariano Jesúsón se había acercado al ver que yo me demoraba.

—¿Aquí no había una gente de Las Villas... una muchacha, María Virginia?

—Espera, creo que sí... ¡Micaela! —llamó hacia la casa.

Entonces, cuando vi a la mujer, me vine a dar cuenta de que era el mismísimo filatélico habanista. Miré hacia el garaje y allí estaba el cacharrón, todavía con el bote encima como si no hubieran llegado a la playa.

El hombre también nos había reconocido.

—Mira quiénes están aquí... —le dijo a su mujer—, los vejigos de la carretera... —se volvió—. Todavía sigues defendiendo al muerto ese de Muñoz. Eso es un out vestido de pelotero.

—Más muerto es Marquetti, que es un papalote y un alardoso.

—Ja, ja, ja —el tipo empezó a reírse de pronto—. ¿No oíste anoche... los dos jonrones de Muñoz... con las bases llenas? Es verdad que ese guajiro es un peloterazo.

Yo pensé que el tipo quería burlarse, pero lo miré fijo y parecía emocionado.

—No, y metió dos tubeyes, y le cogieron otro pegado a las cercas...

—Días buenos que tiene uno.

—Días buenos no, que Muñoz está pasado de liga.

—Sí... es verdad. Aunque Marquetti también es un fuera de liga.

—Sí, sí, pero qué va, como ese guajiro no hay otro.

—A Marquetti también hay que decirle usted. ¿Ya no se acuerda de los jonrones de Marquetti, de los juegos que ha decidido?

—Sí, está bien, pero no me discutas eso que tú naciste ayer.

—¿Y qué?, pero sé bastante de pelota. Y Marquetti es tan bueno como Muñoz.

—No diga eso donde lo oiga la gente.

—Lo digo donde me parezca.

—Usted es un vejigo...

—Y usted es un fanático discusión.

—¿Discusión yo?

Yo iba a seguir diciéndole verdades, ya que Mariano Jesúsón no estaba pellizcándome ni un carajo, pero entonces me acordé de María Virginia.

—Está bien, está bien... —y me contuve (por poco vuelvo a decirle que era un salvaje)—. Dígame, ¿no había aquí una familia de Las Villas?

Entonces la mujer se adelantó.

—Sí... Un matrimonio y una niña.

—Una muchacha.

—Bueno, sí, una muchacha. Ahora mismo casi entregaron; así que, si se apuran, todavía los cogen en la Empresa.

—¿En qué Empresa?

—En la Empresa Guanabo. Empresa Turística Guanabo. Allí vienen las guaguas a recoger a la gente.

Imagínate. Salí a millón sin hacerle caso a Mariano que me llamaba, hasta que advertí que había dejado el maletín. Efectivamente, llevábamos cuatro días de viaje, y, cuando salimos de Cabaiguán, hacía ya tres que María Virginia estaba aquí, de modo que se había cumplido la semana.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Mariano.

—No sé, viejo. Siempre estás preguntando qué voy a hacer.

—Mira, vamos hasta El Ranchón otra vez, a lo mejor están entrando taxis.

Fue una buena idea. Era un día estupendo y los taxis estaban a la orden.

—¿Para dónde van? —nos preguntó el taxista.

—Empresa Turística Guanabo —dije secamente, como los mafiosos de las películas, como un tipo multimillonario al cual no le preocupa el dinero.

Nos bajamos en una especie de casa, con una arboleda a ambos lados, y no hice más que pagarle al chofer cuando veo una guagua saliendo, una guagua brillante, una guagua blanca con listicas azules, y a María Virginia por una de las ventanillas con su rostro comiquísimo tostado por el sol.

Imagínate. Allí mismo solté el maletín, agarré la carta que estaba arriba y salí como una flecha. La guagua se alejaba, poniéndose menos blanca y menos azulita y menos brillante, pero yo apretaba más y más el paso. En aquel momento ella me descubrió, y se quedó paralizada, muda de asombro, mirándome fijo con los ojos sumamente abiertos de la emoción, alejándose cada vez más, y me di cuenta de que se escapaba irremediabilmente.

—¿Me quieres?! —le grité con toda la fuerza de mis pulmones.

—¡Sí! —gritó ella con toda la fuerza de los suyos.

Y aunque ya la guagua estaba perdiéndose de vista, aquel *sí* me dio más ímpetu, y me pareció ver sus lágrimas y su desesperación, y seguí corriendo más aprisa, sí señor, pensando que a lo mejor la guagua estaba al poncharse, cómo no, o se le rompía el motor y el tanque de la gasolina, y la transmisión se le hacía leña, o le entraba un dolor al chofer, un dolor de barriga, sí señor, o de cabeza, cómo no, hasta que de pronto sentí un ruido muy fuerte y no supe más de mí...

Cuando abrí los ojos en este hospital, me di más o menos cuenta de lo que había ocurrido. Pero no hice igual que los tipos esos que despiertan en un hospital y siempre hacen la misma pregunta: ¿dónde estoy?, con unas caras de moribundos que dan lástima y hasta ganas de reír. No hice nada de eso. En cuanto descubrí mi situación y vi a Mariano a mi lado con aquella cara de susto, cambié el tema y le pregunté por la carta. Me dijo que hoy iría a buscarla y que no me preocupara, y me contó que había sido una rastra de Carga por Camiones, pero que afortunadamente me encontraba bien, agregó, como si estuviera dentro de mí.

Yo rápidamente empecé a hacer lo que se recomienda en estos casos: revisar mi cuerpo de arriba abajo para que nadie fuera a hacerme un cuento. Cerré un ojo: bien; cerré el otro: bien; abrí la boca: bien; moví el brazo derecho: bien; moví el izquierdo...

—¿Mi brazo izquierdo? —pregunté a Mariano, mirándolo fijo para que no se hiciera el bobo ni se rascara la cabeza.

—Tienes un yeso. No hables más.

La cintura: bien; dedos del pie izquierdo: bien; dedos del pie derecho...

—¿Y mis dedos del pie derecho?

—Están bien. Fracturas en dos de ellos. Estate tranquilo.

De pronto me entró curiosidad por la hora.

—¿Qué hora es?

—Las doce de la noche —me dijo. Luego me contó el trabajo que había pasado para traerme aquí con los equipajes y todo, pero que por suerte pudo encontrar

dentro de mi maletín una libreta de direcciones con el teléfono de tío Juancín, y gracias a ello había llamado a su casa y lo había puesto al corriente. También llamó a Cabaiguán para que allá no se alarmaran, y que ahora yo debía dormir un poco hasta que llegaran los viejos.

—¿Y mi carta?

—No te preocupes... —y siguió hablando sandeces.

Yo seguí sus consejos: me dormí, y no escuché más nada a no ser la vocecita de María Virginia que venía de un sueño que no era el mío, porque yo miraba y miraba y no la veía por ningún sitio.

CAPÍTULO 14

SOY UN DESASTRE

Cuando desperté, ya eran como las siete. Estaba profundamente dormido, pero empecé a sentir que alguien me miraba. Ya eso me había ocurrido otras veces: en cuanto alguien me mira muy seguido, no sé por qué me doy cuenta y lo descubro. El asunto fue que me desperté y, efectivamente, allí estaba Mariano Jesusón que acababa de llegar. El pobre apenas había podido dormir.

—¿Todavía estás aquí?

—No, acabo de llegar.

Juancín y mi tía también habían llegado. Me besaron con mucho cariño, sin dejar de mirarme lastimeramente. Se veían preocupadísimos y nerviosos.

—Tus padres están al llegar.

Yo me acordé de los tabacos.

—Sí... Muy buenos... —me dijo.

Estuvieron otro rato más conmigo. Luego Juancín tenía que esperar a mis padres en la Terminal, y Yeya, mi tía, también debía salir un momento, por lo que otra vez quedamos Mariano Jesusón y yo.

Mariano estaba cabeceando contra la pared como si fuera un barco de velas, pero cuando los tíos míos

salieron, pareció espabilarse y me dijo que me traía una sorpresa.

—¡La carta!

—No, otra sorpresa.

Y me sorprendí. Era raro que Mariano Jesusón me trajera una sorpresa. Yo pensé que sería otro libro de Mark Twain: *Las aventuras de Jim el Solitario*, o algún modelo nuevo de barcos de vela, pero Mariano abrió una jabita y me mostró dos botellas vacías.

—¿Y eso?

—Para los libros. Anoche me decidí y terminé el mío.

—¿Sí?, qué bueno... ¿Y el mío?

—Hace falta que lo acabes ahora.

—¿Ahora?

—Sí —y me alcanzó las hojas y el lapicero.

Luego me acomodó en la cama. Le dio vueltas a una palanquita y la cama empezó a subir por la parte de la cabecera, hasta que llegué a un punto donde no estaba ni sentado ni acostado. Acto seguido me dio una *Bohemia* para apoyar, y me puse a escribir.

Ya había hecho varias hojas cuando me acordé de la carta.

—Oye, ¿y la carta?

Me dijo que lo sentía, que se había cansado de buscarla...

—Fui allá con una linterna y nada. De todas formas hoy voy a echar otro vistazo.

Aquello me puso mal; no obstante, seguí escribiendo. Afuera comenzaba el día y a través de la ventana veía un pedazo del mar que a esa hora era de un azul pálido y suave.



Estuve escribiendo durante un buen rato. Me tomé el desayuno y seguí escribiendo. Puse toda la parte final de nuestra entrada en Guanabo, el viaje a Brisas, el regreso, María Virginia en la ventanilla, y el desenlace con la rastra de Carga por Camiones.

Por eso decía que estaba en un hospital... por eso había demorado dos días en continuar la historia.

En ese punto Mariano Jesusón volvió a interrumpirme. Esta vez con un helado de fresa que sacó de no sé dónde, y hablamos un rato de los libros. Después cogí de nuevo el bolígrafo, y la historia ya está prácticamente al día.

Lo que más siento es que estos golpes carezcan de valor. He revisado minuciosamente mi cuerpo, y además de las fracturas en el brazo izquierdo y los dos dedos del pie derecho, solo tengo un pequeño

hematoma debajo de un ojo y veintiún puntos en un muslo; pronto me darán el alta. Me iré de aquí con estas heridas inútiles que no tienen el más mínimo sentido. No fui herido defendiendo a nadie, ni salvando a nadie de algún peligro. Yo quería ser por lo menos un torero como Palomo Linares, y llegar a la casa herido como un héroe que se jugó la vida en la Plaza de Toros, para que también a mí un día me tocara la Banda Municipal; aunque no estoy seguro de que en mi pueblo exista alguna Banda Municipal.

De pronto Mariano me interrumpe, mostrándome un papel.

—Un telegrama —me anuncia—. De María Virginia.

Y leo: «rica deseo mejores pronto te quiere mucho virginita», así desabrío, sin puntos ni coma ni mayúsculas.

—Pobre María Virginia —pienso en voz alta.

—¿Pobre por qué? —me pregunta Mariano que es capaz de hablar con los pensamientos de uno.

—Porque soy un desastre.

Y callo, porque siento deseos de llorar.

Mi familia llegará de un momento a otro. Estoy casi en el punto final. Esta no es una historia interesante. No hay crímenes ni asaltos, ni siquiera hay naufragios ni el más simple de los misterios.

Son las diez. La claridad del día inunda todo el hospital. Mariano me mira escribir. Sabe que estoy finalizando y no me quita la vista. El final se acerca. María Virginia me espera. Saber que a uno lo esperan es lindo. Cualquier viaje será lindo siempre y cuando haya alguien que te espere.

II

EL LIBRO DE MARIANO JESUSÓN

Yo también deseaba terminar mi libro, pero no tiene sentido hacer dos libros prácticamente iguales o muy parecidos, y decidí escribir esta especie de resumen.

Estoy en casa del tío de Rica, ajustando los últimos detalles. Son las nueve de la noche, a mi lado esperan dos botellas con sendos tapones de corcho; sin embargo, utilizaré una sola.

Hace rato que llegué del hospital. Traje el libro de Ricardo, pero no he podido ni leerlo. Él estaba un poco pesimista, casi sin deseos de hablar. Me puso algunas dificultades hasta que finalmente empezó a escribir y a sentirse mejor, sobre todo cuando recibió un telegrama de María Virginia.

Aunque no se veía entusiasmado con su libro. Me dijo que no era un libro cómico, ni siquiera interesante o misterioso, y que seguramente jamás se iba a conocer.

—Yo creo que sí —le dije.

—No estés tan seguro. A lo mejor se rompen las botellas.

—¿Por qué?

—Porque sí... Las olas pueden empujarlas contra las rocas.

—Está bien... En la vida ocurre igual, hay obstáculos como las rocas y, sin embargo, se vencen o se esquivan. Y recuerda que si bien hay olas que empujan todo contra los arrecifes, también las hay que arrastran los objetos mar adentro salvándolos de estrellarse.

—Eso, si no se presenta algún tiburón.

—Sí, pero cuando muera el tiburón o se pudra o se desintegre, saldrán los libros a la superficie.

—Pero puede venir otro... Hay muchos tipos de tiburones.

—Oye, Rica, ya tú quieres que me coma el tiburón. Habrá muchos tipos de tiburones, pero también hay muchos tipos de obras. Y la obra buena siempre perdura, muy a pesar de los tiburones.

—Eso, si el tiempo no la destruye antes. Ese es el peor de los tiburones.

—Despreocúpate, que siempre habrá obras que nunca mueren. Y si no, fijate cuántas obras tienen más de cien y de quinientos años y siguen tan frescas como el primer día.

—¿Y cuántas no habrán desaparecido? ¿Cuántas obras no fueron buenas durante un tiempo y luego quedaron?

—De todas formas, Rica, eso no lo determinamos nosotros, y vale la pena saber que hemos dejado algo a los demás.

Él no contestó. Había empezado a escribir el final de su libro y no quise interrumpirlo.

Después me preguntó por la carta de María Virginia.

Le dije que ni sombra de ella, pero ya estaba en mi poder y yo tenía mis planes.

No era la misma carta que yo le había hecho.

Él me había explicado más o menos cómo estaban sus relaciones con María Virginia y yo le hice una carta donde lamentaba su forma de actuar y le pedía disculpas a ella, pero luego él la pasó con su letra y le cambió todo el sentido. La carta también irá en la botella. Será el último testimonio de esta historia.

Así pues, termino mi resumen. Para mí este viaje también ha sido inolvidable. Pronto estará todo listo. El resto lo hará el mar, universal. ¡Marineros, alerta! Miren el azul. En cualquier momento puede aparecer una botella.

III
CARTA A MARÍA VIRGINIA

Querida María Virginia:

Un día como hoy no podría recordarte de otra forma que no fuera con la admiración, el cariño y el respeto de que te has hecho merecedora.

Es cierto que han ocurrido hechos desagradables, pero estoy seguro de que tú y yo, más firmes que nunca, sabremos vencer cuanto obstáculo se interponga en nuestro camino. Así convertiremos el revés en victoria y podremos acallar a los que aún piensan que no estamos como al principio, y que el júbilo y el entusiasmo desaparecen con el paso del tiempo.

También creo que fui un poco excesivo cuando te hablé de separarnos durante cinco años, y estoy decidido a rectificar los errores. Ahora, en lugar de cinco años sin hablarnos, haciéndoles creer a todos que estamos peleados a muerte, te propongo que solo sean cuatro años y medio, y tú, además de serme fiel y puntual, podrás elegir y escribirme una carta cuando lo desees, siempre y cuando sea muy cariñosa y que no transcurran más de veinte días sin hacerla. Yo, por mi parte, solo podré tener cuatro novias durante todo ese tiempo.

Estoy seguro de que aceptarás.

Estoy seguro de que no defraudarás la confianza depositada en ti, que serás más firme, más decidida y más desinteresada que nunca.

Estoy seguro de que darás grandes e incontables pruebas de abnegación, coraje y desprendimiento, que no te importarán los peligros y los sacrificios, que no habrá fuerza en el mundo capaz de doblegar tu voluntad y tu espíritu, y que, llegado el momento, no vacilarás en ofrendar hasta la última gota de sangre.

*Revolucionariamente,
Ricardo*

Índice

María Virginia, mi amor / 5

Uno / 7
Dos / 11
Tres / 16
Cuatro / 23
Cinco / 28
Seis / 33
Siete / 41
Ocho / 44
Nueve / 53
Diez / 57
Once / 64
Doce / 70
Trece / 74
Catorce / 85
Quince / 88

María Virginia está de vacaciones / 97

I El libro de Ricardo / 101
 Capítulo 1 La carta / 103
 Capítulo 2 Mi compañero de viaje / 113

Capítulo 3 A las mujeres no hay quién las entienda / 120

Capítulo 4 Salimos de viaje y Mariano Jesusón conoce a un filatélico / 127

Capítulo 5 Lo que nos ocurrió al efectuar el Lazo de Santa Clara / 139

Capítulo 6 Mariano Jesusón desaparece / 155

Capítulo 7 Nos bañamos en un río y conseguimos almuerzo / 169

Capítulo 8 Mariano y yo sostenemos una controversia / 178

Capítulo 9 El desengaño de Mariano Jesusón / 184

Capítulo 10 Un extraño encuentro en Los Caneyes / 195

Capítulo 11 Viajar en tren es más barato / 203

Capítulo 12 La historia de Cañete / 211

Capítulo 13 Llegamos a la meta, pero... / 219

Capítulo 14 Soy un desastre / 230

II El libro de Mariano Jesusón / 235

III Carta a María Virginia / 241

**LIBRERÍAS DEL PAÍS DONDE PUEDEN ADQUIRIRSE LOS LIBROS
PRODUCIDOS POR EL SISTEMA DE EDICIONES TERRITORIALES**

Pinar del Río

VIET NAM HEROICO
Calle Martí, No. 49, entre Gerardo Medina
y Recreo
48 758035*

Artemisa

PUNTO Y COMA
Ave 41, s/n, entre 56 y 58, San Antonio
de los Baños
47 383271

Mayabeque

LA EDAD DE ORO
Ave 47, No. 6423, entre 64 y 68,
San José de las Lajas
47862626

La Habana

ATENEO CERVANTES
Bernaza, No. 9, esq. a Obispo, Habana Vieja
862 2580

EL ATENEO

Línea, No. 1057, entre 12 y 14, Vedado
833 9609

Matanzas

LA CONCHA DE VENUS
Céspedes, No. 551, esq. Coronel Verdugo, Cárdenas
45 379496

Matanzas

VIET NAM
Calle Medio, s/n, esq. a Callejón Sacristía
Matanzas
45244782

Isla de la Juventud

FRANK PAÍS
Calle José Martí, s/n, esq. 22, Nueva Gerona
46 323268

Villa Clara

PEPE MEDINA
Colón, No. 402, entre Gloria y Mujica,
Santa Clara
42 205965

Cienfuegos

DIONISIO SAN ROMÁN
Ave 54, No. 3526, entre 35 y 37
43 525592

Sancti Spiritus

JULIO ANTONIO MELLA
Calle Independencia, No. 67, entre Callejón
del Cerro y Ave. de los Mártires
41 324716

Ciego de Ávila

JUAN ANTONIO MÁRQUEZ
Calle Independencia, No. 15, entre Simón Reyes y
José María Agramonte
33 222788

Camagüey

MARIANA GRAJALES
Calle República, No. 300, entre San Esteban
y Finlay
32 292390

VIET NAM

Calle República, No. 416, entre San Martín
y Correa
32 292189

Las Tunas

FULGENCIO OROZ
Calle Colón, No. 151, esq. Francisco Vega
31 371611

Holguín

ATENEO VILENA BOTEV
Calle Frexes, No. 151, esq. Máximo Gómez
24 427681

Granma

ATENEO SILVESTRE DE BALBOA
Calle General García, No. 9, entre Canducha
Figueredo y Antonio Maceo, Bayamo
23 424631

LA EDAD DE ORO

Calle José Martí, No. 242, esq. Antonio Maceo,
Manzanillo
23 573055

Santiago de Cuba

AMADO RAMÓN SÁNCHEZ
Calle José Antonio Saco, No. 256, entre Carnicería
y San Félix
22 624264

Guantánamo

ÑANCAHUASU
Calle Paseo, No. 555, entre Luz Caballero
y Carlos Manuel de Céspedes
21 328063

* Para llamar desde La Habana a otras provincias debe anteponer (0), para llamar desde cualquier provincia a La Habana (07) y para llamar entre provincias (01).

Este libro ha sido procesado en la Empresa Gráfica de Villa Clara
y el Taller Gráfico del Centro Provincial del Libro
y la Literatura, en Santa Clara, en el mes de mayo de 2018.
La edición consta de 5 000 ejemplares.